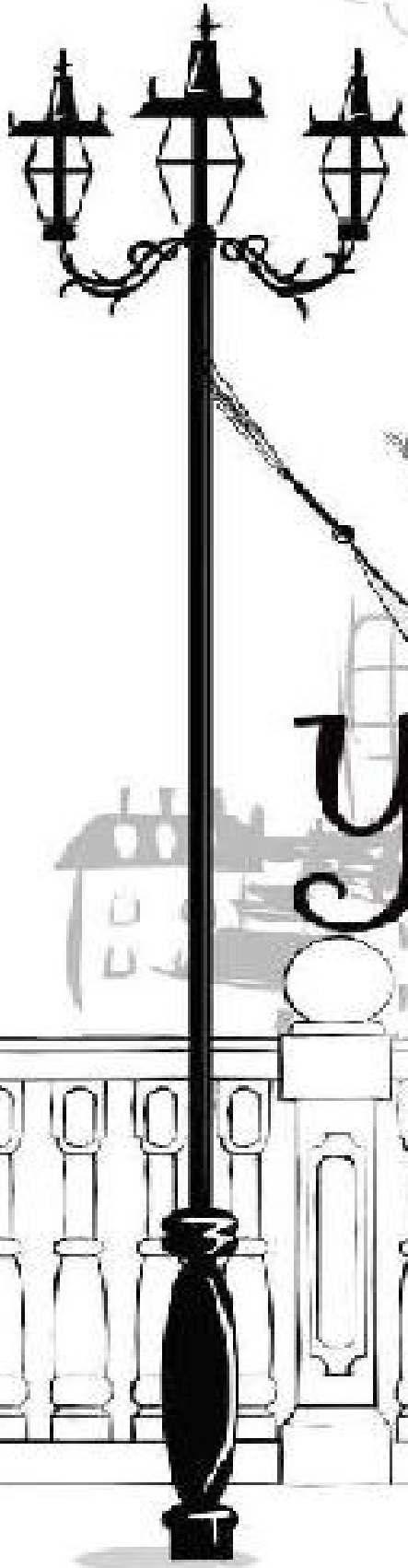


Entre
pleitos

y

Zapatos

ENEIDA WOLF



Entre pleitos y zapatos

Eneida Wolf

(Líos legales nº 1)

Índice

ENTRE PLEITOS Y ZAPATOS

SINOPSIS

PREFACIO

AMIGAS, BESOS Y JEFES

LOS EX SIEMPRE LLAMAN DOS VECES

09:30h, Asunto: Información privilegiada

Asunto: Información privilegiada

09:35h, Asunto: información inminente

Asunto: información inminente

09:40h, Asunto: Permuta

Asunto: Permuta

09:45h, Asunto: Tonterías

Asunto: Tonterías

08:00h, Asunto: Clientes

Asunto: Clientes

08:05h, Asunto: Desconcierto absoluto

Asunto: Desconcierto absoluto

08:10h, Asunto: Oferta laboral

Asunto: Oferta laboral

08:15h, Asunto: Acoso laboral

Asunto: Acoso laboral

08:25h, Asunto: Descaro absoluto

Asunto: Descaro absoluto

20:17h, Asunto: Recibida

Asunto: Recibida

20:21h, Asunto: Ausencia

Asunto: Ausencia

20:40h, Asunto: Tonterías

Asunto: Tonterías

MADRE SOLO HAY UNA

RECIEN CAZADA
LA RECONQUISTA

10:35h, Asunto: Cena

Asunto: Cena

10:40h, Asunto: Cena

Asunto: Cena

SINOPSIS

Cuando un desconocido, por muy atractivo y sexy que sea, te besa en el ascensor, lo lógico sería abofetearle, insultarle o huir. Pero, ¿y si fuera tu jefe en prácticas? ¿Y si... quisieras repetir? La abogada con más pares de zapatos y café en vena viene pisando fuerte.

Copyright © Eneida Wolf, 2019

ISBN: 9781790919673

PREFACIO

Cualquier persona normal, de esas que puedes encontrar en la calle, en la cola del supermercado o incluso en la sala de espera del médico, tiene problemas. Algunos lo negarán, otros exagerarán y te dirán que a montones. Pero muchos o pocos, todos los tenemos. Hay ciertas personas que viven de los problemas y otras que, sin quererlo ni beberlo, se tropiezan con ellos.

Yo no sé de qué clase soy, pero desde luego, tengo un problema muy grande y se le llama estupidez. No hay otro adjetivo que lo defina mejor.

Noto como el teléfono me vibra desde el bolsillo: es mi madre diciéndome que casi ha terminado su nuevo libro. Pueden parecer buenas noticias, pero no lo son, en absoluto. Y eso es debido a que la protagonista en la que se ha inspirado es, ni más ni menos, que yo.

Supongo que os preguntareis como puedo ser yo la protagonista de una novela romántica, de esas que pasas por delante de su estantería en la librería y miras con disimulo y que compras en secreto, de las que reniegas en público, pero quieres en la intimidad, esas que guardas en el cajón de la mesilla de noche y lees de vez en cuando para seguir creyendo en el amor. Irónico, ¿verdad? Porque yo no estoy hecha para el amor, lo supe la primera vez que me rompieron el corazón y lo sigo pensando.

Yo y mi estupidez nos hemos encargado de que esto siga siendo así por los siglos de los siglos. O años, no creo que vaya a durar tanto.

Carla, esto no cambia nada me digo a mí misma apagando el móvil. Salvo el hecho de que el fruto de mi desgracia estará comercializado.

No pienso leerla, por supuesto, si ya me sé el final. Lo sé demasiado bien, demonios si lo he vivido en mis propias carnes. Y encima tiene la desfachatez de decirme que me enviará un ejemplar. A veces mi madre puede llegar a ser un grano en el culo.

Las luces del despacho están casi apagadas, sólo quedo yo. Ya es tarde así que recojo los papeles y mi bolso. Camino hasta el lobby y, cuando aprieto el botón del ascensor para bajar, algo se remueve por dentro y una lágrima resbala por mi mejilla.

El amor es un asco, porque, por mucho que intentes evitarlo, por muchos esfuerzos que hagas, siempre acaba atrapándote. Y, si tienes un problema de estupidez, acabas metiendo la pata hasta el fondo y más allá.

Tendré que bajar por las escaleras otra vez.

AMIGAS, BESOS Y JEFES



Artículo 6.1 Código Civil: *La ignorancia de las leyes no excusa de su cumplimiento.*

Busco, con mi mal humor matutino, en las profundidades del armario mi camiseta favorita, aquella que me suele dar suerte, porque hoy voy a necesitarla. Exactamente dentro de media hora tengo el último examen de la carrera y quiero acabar con buen sabor de boca. Derecho internacional privado es un hueso duro de roer, pero no he estudiado como una loca y leído mil manuales para suspender.

Soy lista —al menos, no me considero tonta— pero no demasiado estudiosa, la mayor parte del tiempo siempre encuentro cosas que hacer mucho más interesantes que ponerme a estudiar. Es ley de vida, pero qué le vamos a hacer.

—Pensaba que tendría que ir al examen sin mi amuleto... — Suspiro aliviada al encontrarla.

No tardo ni un minuto en ponérmela.

—¿Aún guardas esta reliquia? ¿Cuántos años tiene? ¿Ocho, diez? Recuerdo el día del estreno, qué inocentes éramos —dice Cayetana desde la puerta.

Yo también lo recuerdo, fue uno de los mejores días de mi vida. Había conseguido entradas para el estreno de una película, no

recordaba qué número de la saga de *Fast & Furious* —me chiflan estas películas de acción, coches y tíos mazados—. A la salida fuimos a tomar algo por los alrededores y resultó que en ese bar promocionaban una nueva ginebra, así que nos regalaron camisetas, llaveros y otros accesorios.

Y allí, por casualidad, me crucé con mi cantante favorito de todos los tiempos, el número uno de mi lista, el top de los top. Seguramente no es quién pensáis, y con la emoción no pude ni decirle hola, cosa de la que me arrepiento profundamente. ¿Quién era el cantante? Pues Sergio Dalma, por supuesto.

—Esa camiseta me da suerte, aunque ponga Bulldog y pueda parecer borracha, o peor, esa clase de chica que se pone camisetas de propaganda, pero vale la pena. Con ella encontré a Sergio, y con ella aprobaré ese maldito examen.

Caye asiente dejándome como el caso perdido que soy. Tiene otras preocupaciones, como domar su cabello ondulado de recién levantada y acabar de arreglarse a tiempo.

Termino poniéndome unos zapatos de plataforma negros con los vaqueros de pata ancha y una chaqueta también negra con perlititas cosidas. Me lavo los dientes, peino mi cabello lacio y sedoso, marrón brillante, las lentillas en los ojos también marrones rasgados, y bajo a la cocina para tomarme un café. No puedo vivir sin café, es lo que necesito para funcionar por las mañanas. Por las tardes a veces también, la verdad.

Yo + café = persona normal.

Yo – café = deshecho de ser humano.

Cayetana Dantés y yo nos conocemos de toda la vida, desde antes del colegio. Nuestras madres se conocieron en el ginecólogo, se

hicieron amigas y luego nuestras canguros nos llevaban a un parque cercano de donde vivíamos. Ambas somos hijas de padres juristas así que nuestro sino siempre fue acabar estudiando derecho. Caye y yo vivimos en mi casa de Barcelona solas, por tres razones:

1. Mis padres se fueron a Madrid cuando nombraron a papá juez de la sala de lo civil de uno de los juzgados de allí y los suyos también al cambiar el bufete de abogados de Barcelona a Madrid.

2. La mejor universidad de derecho está en Barcelona.

3. (No tan relevante). Me encanta Barcelona, es la ciudad donde nací y no podría vivir en Madrid, echaría demasiado de menos el mar. Está bien, no es que lo vea cada día, pero estoy a un paso de subir a la costa o bajar a la Barceloneta y pasarme un fin de semana en la playa, poner mis pies en la arena, oler el agua salada... un sueño hecho realidad.

Cayetana desciende las escaleras como la diva que es, con unos tacones caquis y unos vaqueros pitillo y mi camiseta gris. Su cabello largo, ondulado y teñido de rubio, es impresionante; sus ojos son negros oscuros y tiene un par de tetas que a mí me gustaría tener, aunque no puedo quejarme. Sabe sacarse provecho al máximo y todos los chicos del curso han estado suspirando por ella desde que empezamos en primero.

Pero no, no es una chica fácil para nada pese a su carácter desenvuelto y la sensualidad que derrocha. No lo parece, pero es una romántica empedernida que espera a su príncipe azul. Si un chico no la pasa a recoger, la invita a un buen restaurante y le hace reír, no sirve. Y aún con todo eso, debe tener *feeling* con él, que, si no, tampoco.

—Vámonos ya, tengo ganas de hacer el examen y acabar de una vez. Además, ¡no puedo correr con estos tacones! —me apresura.

Vivimos solo a tres calles de la universidad por lo que siempre vamos andando, pero, aun así, acabábamos llegando tarde día sí y día también.

Después de dos horas y media de examen, estamos todos los del curso esperando a que el coordinador aparezca. Ha llegado lo más esperado del último curso, el mes de prácticas en un bufete. Siempre ha sido así en la universidad, asignan a cada alumno a un bufete que tiene convenio con ellos en alguna de las áreas de derecho. Aún no noto la sensibilidad de mi mano derecha, y Caye ya está mirando vuelos para irnos de vacaciones a Riviera Maya, cuando aparece el señor Pous con las hojas y empieza a repartirlas.

—¿No nos van a dejar escoger el área de prácticas? Soy nula en laboral —dice mi amiga sin levantar la mano.

—Señorita Dantés, levante la mano antes de hablar. Y no, no podrán escoger —contesta el señor Pous con su mala leche habitual.

Una ola de descontento se escucha por toda el aula. Con algo de suerte, me tocará derecho tributario, espero no haberla gastado toda en el examen. Sí, se me daba bien la planificación fiscal y en general, pagar menos al fisco. Pero que nadie se confunda, no hago la declaración de la renta gratis a nadie.

Van repartiendo las hojas individualmente a cada uno hasta que le toca a Caye.

—En Gil y asociados, área de derecho civil. Podría haber sido peor. Mi supervisor es un tal Marc McHeather. ¿Un guiri? Voy a buscarlo en *Linkedln*.

Es una red social profesional muy usada, ideal para cotillear. Es el *Facebook* de los profesionales, vaya.

—Yo solo espero que mi horario no sea de escándalo, quiero ir a las 8 de la tarde a mis clases de kick boxing.

—No puedo creerme que hayas ido y no me dijese nada. Yo también quería. ¿Sabes el culo que hace el boxing? Todas las modelos de *Victoria's Secret* lo hacen —se queja mientras ondea su cabello hacia atrás y algunos chicos sentados allí empiezan a babear.

—La próxima te aviso. Estarías en alguna de tus citas en busca del príncipe azul.

—Pues tú podrías salir más —me espeta.

La miró mal y evito el tema.

—No quiero hablar de eso.

¿Salir para qué? ¿Para ligar? No, gracias, prefiero tener la fiesta ya montada en casa. Todos los hombres son iguales, todos quieren lo mismo. He renunciado al amor de una vez por todas. El amor no es para mí, estoy demasiado segura de ello.

—En fin, ¿a ti qué te ha tocado? —pregunta echando una ojeada a mi hoja.

—Pues... ¿penal? —digo con incredulidad. Leo la hoja fastidiada, no puedo creer la mala suerte que tengo, yo odio el penal—. En Preston & Ford y mi supervisor es... un tal Alejandro Blanc.

Estoy empezando a pensar que en mi vida anterior he sido una muy mala persona porque mi racha de mala suerte parece no tener fin.

—Tenemos que planear las vacaciones y salir a celebrar el fin de exámenes. ¡Vamos mueve el culo!

Cuando toca la campana me veo arrastrada por el torbellino de

Cayetana hasta salir del edificio.

—Sigo traumatizada aún, tendré que estar un mes en derecho penal. Lo odio.

Vamos hasta la cafetería de la universidad y compramos unos sándwiches para comer.

—Yo aún sigo traumatizada con el último episodio de *Anatomía de Grey* —exclama ella.

—Oh, ¿por dónde vas?

—Acabo de empezar la nueva temporada. ¿Tú?

Sí, tenemos una verdadera obsesión con esa serie, y aunque estábamos empezando a odiarla por la cantidad de cambios que había, no podemos dejar de verla así como así.

—Derek está... —empiezo a decir, pero me cierra la boca con su mano.

—¡Calla que yo no lo he visto! No quiero que me hagas spoiler de nada, ya lo has hecho con más de la mitad de los libros y las películas que he visto.

—Eso es porque narro las cosas con mucho detalle, oírme hablar es como contar un libro en voz alta —digo con orgullo, y es verdad.

—Deja de echarte flores y acábate el sándwich, quiero salir de la universidad y oler la libertad.

—Poca libertad vas a oler, mañana por la mañana tenemos que estar en nuestros respectivos despachos a las nueve de la mañana —le digo, a lo que Caye me saca la lengua.

—Eres peor que la señorita Rottenmeier.

Doy un mordisco al sándwich pensando en que, ahora que he terminado la universidad, debo centrarme. Soy, oficialmente, una adulta, tendré que decidir qué hacer con mi vida.

Dios, no estoy preparada para ello.



Conduzco con el mini negro hasta donde está situado el bufete, en medio de la Diagonal. Preston & Ford en la planta número veinte, de veinte, en aquel edificio gris oscuro con enormes ventanales. Dejo el coche en uno de los aparcamientos y aprieto el botón del ascensor.

No estoy nerviosa, pero sí algo inquieta. Me gustaría que los abogados con los que me toque trabajar no sean unos esnobs sabelotodo, porque entonces tendré que filtrar mucho de lo que pienso a lo que realmente diré. Ya soy algo borde de normal, pero si alguien me cae mal, puedo llegar a ser muy cruel.

Pero a estas alturas de mi vida no pienso cambiar, no en eso. Mucho hago reprimiendo mis instintos más salvajes de no salir de fiesta hasta las tantas y beber gin-tonics. Oh, cómo me gusta un buen gin-tonic, con su eneldo y su rodaja de limón. Dejo fluir mis pensamientos sobre las bebidas alcohólicas y la responsabilidad de ser adulta, el sentido del deber y otras cosas que ocupan mi mente, cuando el ascensor se para en la planta baja y entra un hombre.

No debe tener más de treinta años, alto y con pectorales marcados. Sí, puede que lleve traje, pero la anchura de su pecho lo delata. El traje azul marino con la camisa blanca y la corbata a juego le queda muy bien. Es atractivo, de cabello negro ondulado abundante y con unos ojos verdes espectaculares. Me mira al entrar y puedo ver sorpresa en ellos.

Son las nueve menos tres minutos, ¿es la gente tan puntual? ¿Se

sorprende por eso? ¿O porque llego tarde? No sé en qué tonterías estoy pensando, hay veinte plantas, puede que trabaje en la emisora de radio del piso quinto.

—Buenos días —digo amablemente, no quiero empezar con mal pie el primer día, que luego el karma te lo hace pagar.

Nunca hay que tentar a la suerte, y lo digo yo que soy el colmo de la superstición. Eso y que está como un tren, y cuando un hombre me atrae suelo hablar, a veces hasta demasiado. Está bien, soy una maldita metralleta andante.

—Buenos días —contesta él. Guapo y educado. Oh, no puedo parar de parpadear, un tic que tengo cuando alguien atractivo se acerca a mí. Debe de estar pensando que se me ha metido una mota en el ojo—. ¿Nos hemos visto antes? —pregunta.

—No creo.

«Ja, me acordaría de ti, guaperas», eso es exactamente lo que pienso. Tengo que empezar a filtrar. ¿Por qué tengo la cabeza llena de basura?

—Yo creo que sí. —Se gira y me observa directamente, de arriba abajo y deleitándose.

Entonces yo hago lo mismo, no soy de las que desvía la mirada. En serio, no soy de las que cree en el amor a primera vista, pero creo que con ese hombre haría una excepción.

—Será que tengo una cara bastante corriente. —No sé que más decirle, la verdad.

Por Dios, ¿puede dejar de mirarme con esos ojos? Son como el maldito color de la hierba después de llover. Oh, oh, siento que mi parte de abajo reclama atención.

«Cállate Carla, no puedes excitarte con una mirada, ¿verdad?»,

pienso. Pero descubro que sí, de poder puedo, y lo estoy haciendo.

—Precisamente corriente no eres.

Menudas confianzas se está tomando. Pero su voz grave al decir eso, hace que me excite aún más. Estoy lidiando una batalla interior en ese instante, mi yo más serio me dice que deje de hablar, le ignore y punto. Mi yo libidinoso está *on fire*.

—¿Siempre dices esas cosas a las desconocidas?

No llego a poner el freno a tiempo para filtrar.

—Solo si son como tú.

Se acerca a mí. Solo unos pasos, pero estamos en un ascensor y yo acabo con la espalda pegada a la pared. Oh Dios, le estoy mirando los labios, esto no es buena señal. «Imponte, Carla, eres adulta, no una adolescente que se lía en los baños de una discoteca con el primero que le dice algo inteligente».

—En serio, ¿alguna vez te ha funcionado la frase? ¿Se tiran a tus brazos por tanta originalidad? —continúo, como mecanismo de defensa ante ese hombre demasiado atractivo como para no prestarle atención.

Me mira divertido. A más de uno que se lo hubiese dicho, se lo habría tomado mal, mi madre suele decir que tengo demasiada desfachatez.

—Lo cierto es que sí, todas lo hacen. Tienes ojos de cervatillo asustado, yo no muerdo, Bambi.

Genial, acaba de llamarme con el nombre de la película de Disney con la que más he llorado. Estuve traumatizada durante una semana cuando tenía siete años, y no es broma.

—Pues pareces exactamente el tipo de hombre que muerde y se come a las chicas como yo. —Oh, ¿acabo de decir eso?

Tengo que volver a ser mi yo serio y responsable, porque mi yo rebelde acaba de tomar el control de la situación.

— ¿Cómo tú? Creo que aún no había encontrado a ninguna como tú, Bambi.

Estoy a punto de responderle cuando noto que me agarra por la cintura atrayéndome y sus labios chocan con los míos. Se mueven deslizándose encima de los míos y tiritó, pero no de frío sino de placer. Aún en shock, los muevo por inercia. En realidad, no es por inercia sino por el calentón que llevo encima pero no pienso reconocerlo. Son suaves, se deslizan sobre los míos humedeciéndolos mientras cierro los ojos.

Jodido beso, me estoy perdiendo en él. Es demandante, profundo pero sutil.

Empieza a bajar las manos hasta llegar a mi trasero y lo aprieta con suavidad. Cuando mis partes bajas se emocionan demasiado, logro reaccionar y me aparto liberándome de su beso y de sus manos. Sin pensármelo dos veces, le estampo la palma de la mano en su mejilla con barba de dos días.

— ¿De qué vas? —le espeto, aún sin poder creerme lo que acaba de pasar.

— Te dije que siempre funcionaba. — Me mira divertido, como diciendo «te lo advertí».

Las puertas del ascensor se abren y salgo de allí escopeteada. No puedo creer que un desconocido, por muy bueno que esté, me haya besado en el ascensor. Y yo, loca de mí, por unos segundos, le he besado de vuelta.

«Por Dios, Carla, céntrate». Así no se puede ir por la vida, no señor.

—¿Desea algo? —pregunta la señora de recepción, ya que estoy allí plantada como un pasmarote, pensando en lo que me acaba de ocurrir.

Desde fuera, sin embargo, supongo que debe ser raro verme allí mirando al horizonte.

—Sí, soy Carla Fortuny. Empiezo las prácticas de la universidad hoy.

—Por supuesto. La primera puerta a la derecha.

Me apresuro a entrar. Un hombre de unos cincuenta años, con bigote blanco y cabello de igual color, está sentado en su despacho. Tiene los ojos pequeños y está leyendo varios papeles. Supongo que aquel hombre es Alejandro Blanc. Alza los ojos al notar mi presencia.

—¿Eres la chica que viene de prácticas? —pregunta.

—Así es —asiento, dándole la mano.

—Soy Héctor Planas, el socio de penal del bufete. Bien, pues ahora solo falta Alejandro. Él ha sido nombrado tu supervisor, es un excelente abogado. Aprenderás muchísimo con él.

—Muchas gracias por recibirme —respondo, siendo encantadora.

Me siento en una de las sillas libres a esperar a que mi supervisor llegue. Al menos he llegado antes que él.

Entonces entra el tal Alejandro.

No puede ser.

Se me cae el alma a los pies. ¡Es el capullo del ascensor! Es abogado. Veinte malditas plantas en un edificio y tenía que ser él. Noto como se me enrojecen las mejillas y me pongo colorada. Él al entrar, veo cómo pone la mirada sobre mí, y sonrío.

¿De qué demonios se ríe?

—Siento llegar tarde, una chica en el ascensor se ha puesto algo

pesada —suelta.

En serio, no se puede ser más capullo. Mi cara en ese momento dice «serás mentiroso», con los ojos echando fuego.

—Ella es Carla Fortuny, serás su supervisor. Buena suerte chicos —dice solamente el tal Héctor.

Voy a morir.

—Bien Carla, será mejor que pasemos a mi despacho —dice Alejandro, alias el capullo del bufete.

Alejandro se lo está pasando en grande, lo veo por la sonrisilla que lleva puesta. Si es una broma o una novatada, no me hace la menor gracia. Resignada, me levanto y lo sigo hasta el extremo derecho del despacho, abre una de las puertas y entramos.

¿Qué he hecho yo para merecer esto? Creo que debí ser un asesino de bebés en otra vida.

Soy consciente de que va a ser mi supervisor y que está como el queso. Soy una fanática del queso, me gustan todos, incluido el roquefort. Y que me ha besado y yo, lógicamente, le he dado una bofetada. No muy fuerte, porque no le ha quedado ni marca en la mejilla.

Cierra la puerta y hace que me siente en una de las butacas. Su despacho es bonito, de madera con una mesa de roble con el ordenador y un montón de papeleo. Las estanterías están llenas de códigos mercantiles, civiles y penales, y hay dos butacas de piel negras delante de la mesa.

—Eres un idiota —le suelto antes de que él hable.

Tenía que hacerlo, no he podido morderme la lengua.

—¿Ya me estás insultando? —dice riéndose.

—Tu explicación gratuita del ascensor ha sido digna de un idiota.

—Solo quería ver tu reacción. Está bien, deberíamos dejar todo esto atrás. —Está con los brazos cruzados de pie frente a mí.

Me levanto para estar a su altura, odio sentirme con inferioridad.

—Oh, bien.

Ahora tendré que ser una buena chica y olvidarme. Pero es que es tan atractivo, con ese pelazo azabache, que no puedo dejar de pensar en ello mientras lo observo. Ni en el beso, todo sea dicho.

—Pero deberías reconocer que te ha gustado —susurra entonces.

—¿No has dicho que lo olvidemos? —reclamo.

Yo alucino con este hombre.

—Tienes razón. Además, tendremos que trabajar mano a mano.

Sus palabras suenan razonables, pero juraría que me está mirando como si quisiera arrancarme las bragas. Tanga, llevo tanga, uno precioso de *Intimissimi*, naranja mandarina de encaje.

—Bien. ¿Qué hago? —Sí, eso es lo mejor, ir directa al grano.

—¿Sabes lo que es el *in dubio pro reo*, no?

—Soy de último curso, no de primero —sueno algo demasiado borde—. Ante la duda, a favor del reo.

En mi cabeza ha sonado mejor, más profesional.

—Con un sí habría bastado. Veo que eres de armas tomar y tienes mala leche. Me gustas, Bambi. —Frunzo el ceño al escucharlo.

—¿Me estás analizando? Continúa con la explicación o si no, no haber preguntado.

No sé qué hacer, si estrujarle la cabeza o comérmela a besos. Dilemas, todo el mundo los tiene.

—Bambi, voy a ahorrarme las clases teóricas contigo e iremos directamente a la parte práctica. ¿Qué te parece?

Internamente me pone mucho que diga esas cosas. Hey, seamos

sinceros, después de lo que ha pasado no puedo no verle la parte erótica a todo.

— Como tú veas — respondo intentando parecer indiferente.

— Tengo un caso perfecto para ti. Si veo que sabes manejarte bien, entonces podrás participar en un caso que tengo muy interesante.

Cruzo las piernas al sentarme y asiento con la cabeza.

— ¿Cuál es el caso?

— Robo con intimidación del artículo 242 del Código Penal. Nuestro cliente, supuestamente, entró en una tienda, con una bufanda y un gorro, apuntó con un arma e hizo vaciar la caja registradora.

— ¿Más testigos además del dependiente?

— Una señora que compraba tomates, mayor.

— ¿Cámaras?

— Ninguna.

— ¿Coartada?

— Estaba en su casa, pero no puede demostrarlo. Hicieron una rueda de reconocimiento con tres o cuatro personas, ya sabes como funcionan estas cosas, los que están fichados que viven en la zona. El dependiente lo señaló a él, alegando que lo conocía porque frecuentaba la tienda, pero se contradice porque al principio de la declaración alega que “no vio quién fue”.

— Podemos alegar *animo spurio*. — Pienso con rapidez.

Tengo que reconocer que me estoy poniendo algo chula cuando el derecho penal se me da de pena.

— Me gusta como piensas. Te envió el atestado policial y redactas la contrademanda. ¿Quieres salir a cenar?

Ya estamos, de verdad, ¿quién es este hombre? Ah, mierda, la maldita canción de la telenovela *Pasión de Gavilanes*, empieza a sonar

en mi cabeza. Me obligo a concentrarme en su boca, cosa que tampoco ayuda demasiado porque mi yo libidinoso empieza a hacer de las tuyas.

—Voy a redactarlo. Paso, pero gracias.

—Aquí tienes tu portátil, puedes usar el pequeño despacho que está junto al mío, está vacío. Cuando acabes, me lo envías y podrás irte.

Fácil, ¿eh? Dicho y hecho, me pongo a ello. La verdad es que no tardo demasiado, tengo un caso de la universidad parecido y la contrademanda en el mail, así que me inspiro en ella.

Mi primera jornada laboral acaba, se lo envío y me voy sin decir nada. No quiero arriesgarme a que haya un beso 2.0 del que puede que no me recobre jamás.

Llego a casa inmersa en mis pensamientos. Se suponía que un despacho de abogados era un lugar serio donde contrataban a gente seria. ¿De dónde ha salido ese hombre que va besando a chicas en el ascensor?

Antes de cruzar la puerta me llama Elisa, es mi prima favorita (y la única) y vive en Nueva York. Nos parecemos mucho físicamente, es mayor y está en el área legal de una de las grandes empresas de cosmética.

—*¿Cómo va todo, pequeña saltamontes?*

Se oye una música de fondo extraña que no sé identificar.

—¡Elisa! Pues no sé, estoy con las prácticas, nos han asignado distintos bufetes.

—*¿Con quién te ha tocado?* —pregunta con efusividad.

—Me ha tocado penal, yo odio el penal. En Preston & Ford.

— *¿En Preston & Ford? Menuda suerte. ¿Y por qué esa voz?* — Me conoce muy bien.

— *¿Conoces a un tal Alejandro Blanc?*

— *Por supuesto, todo el mundo lo conoce. Dicen que será el socio mas joven de todos los tiempos, es un tiburón. ¿Trabajas con él? Iba a mi clase, es un buen chaval.*

— *Sí. ¿Algo mas que deba saber?*

— *Tenía fama de guaperas, pero creo que empezó a salir con alguien en tercero, aunque no creo que sigan. ¿Hay algo que quieras decirme sobre él?*

— *Que es un idiota. Te llamo luego que acabo de llegar a casa y aún tengo que hacer la cena.*

— *Está bien, cariño. Y si pasa algo con él, llámame enseguida.*

Un tiburón, genial. ¿Se supone que debo sentirme mejor porque un cerebritito con garra me haya besado? Si me contratasen, lo del ascensor sería acoso laboral u algo parecido. En serio, este tío se lo tiene muy creído. No digo que no pueda, con esa cara y ese cuerpo, cualquiera, pero algo de modestia no le iría mal.

— *¿Carla?*

Oír la voz de Cayetana hace que me dé cuenta de que estoy parada en medio del pasillo pensando en mis locuras.

— *Hey Caye. — Me acerco al comedor, y veo que ha pedido pizzas —. Tengo un hambre... — Cojo un trozo con mucho queso mientras expreso mi hambruna.*

— *¿Qué tal ha ido? ¿Está guay el ambiente? ¿Algún guaperas?*

No sé si debo contárselo, porque Cayetana está realmente pesada con que debo rehacer mi vida. A diferencia de mí, ella no ha aceptado que no estoy hecha para el amor.

— *Ha sido muy surrealista, lo juro —le digo tragando el trozo—.*

He entrado en el ascensor y un tío ha intentado ligar conmigo descaradamente, y me ha besado.

Casi se atraganta al oír aquello, tosiendo. Luego sonrío de esa forma traviesa, lo hace siempre que va a decir algo muy censurable.

—Oh, amiga. Sabía que algún día te correrías por un tío nada más verle. —Y, tal y como digo, pone su sonrisa mas perversa al decir eso.

—No ha estado tan bien el beso, ¿eh?. Pero eso no es lo peor. Ah, y que conste que le he abofeteado. Ha resultado ser mi supervisor, Alejandro Blanc.

En aquel punto Caye empieza a partirse de la risa y abre el ordenador para buscarlo por *LinkedIn*.

—Está muy cañón, Carla —dice viendo su fotografía.

—¿Y tú qué tal? ¿McHeather es un viejo aburrido?

—Uy, con la iglesia hemos topado. Marc es un tipo que se cree George Clooney en aquella película que interpreta a un abogado matrimonialista. Tiene veintitantos y no quiere tener novia, solo ligues, aunque creo que me ha mentido y llega a los treinta. Lo he calado enseguida. Y cómo no, las clientas lo adoran —narra efusivamente.

—Te ha tirado la caña.

—Más bien la red. Pero como he dicho, lo he calado enseguida. Aunque mañana tenemos la primera reunión con el cliente del caso, y adivina, es un tío. No podrá esparcir sus encantos.

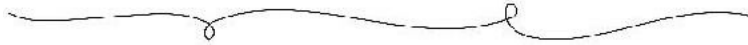
—Qué miedo me das —le digo.

Cayetana Dantés en pie de guerra realmente puede dar miedo, mucho.

Acabo poniéndome el pijama y viendo *Suits* con Cayetana mientras devoramos la pizza.

Plan a corto plazo:

- Graduarme.
- Irme de viaje a las Bahamas (bueno, a cualquier sitio me vale).
- Perder de vista al idiota de Alejandro Blanc.



Para mi segundo día de trabajo me veo tentada de ponerme un *outfit* más recatado, pero deshecho la idea de mi mente por dos razones:

1. No voy a cambiar mi armario porque a un idiota le guste.
2. Ir distinta solo hará que se ría de mí y suelte algún comentario aún más inapropiado.

Hay una tercera razón, y es que, muy en el fondo, me gusta sentirme deseada por un Adonis abogado, pero eso no voy a ponerlo. ¿A quién no le gustaría sentirse deseada por Alejandro Blanc? Creo que voy a desarrollar una relación de amor-odio hacia mi supervisor.

Cayetana ya está desayunando cuando bajo.

—¿Por qué sonríes así? Son las ocho y media de la mañana — cuestiono. Me irrita le gente alegre por las mañanas.

—McHottie es idiota, pero hoy se la voy a devolver. Por eso sonrío.

—¿McHottie es McHeather? ¿Ahora lo llamas así?

—Tiene múltiples apodos, Clooney era el inicial, pero McHottie es divertido, no puedo negar que el chico está de buen ver, y McCachondo cuando coquetea conmigo. —Se lleva a la boca una cucharada de cereales mientras me suelta eso.

—Uf, yo necesito un café, pero tú creo que necesitas una valeriana

para calmar esos instintos —respondo mientras doy un sorbo a mi humeante café matutino.

—Me tomo unas cuantas al día para poder soportarlo, no te creas. Si no funciona, quizá me pase a otro tipo de hierbas más fuertes.

—¡Caye! Ni se te ocurra, eso mata las neuronas y las necesitas para pararle los pies. McHottie no puede ganar.

—En eso estoy de acuerdo.

—Por cierto, ¿y esa falda gris? Nunca te la había visto.

—Es nueva.

Cuando entro en el ascensor del edificio no puedo evitar sonrojarme. Alejandro Blanc puede ser un salido, pero es un salido muy sensual que besa demasiado bien. Se abre el ascensor y lo veo.

Otra vez él, no puedo creerlo. Últimamente tengo esa sensación de incredulidad con demasiada frecuencia. Pongo los ojos como platos y alzo una ceja en señal de desaprobación ante la situación. Cuando me mira, solamente se ríe marcándosele los hoyuelos. Joder, que tiene hoyuelos encima. Esta vez no se mueve de donde se ha quedado, justo delante de mí.

—Vaya, Bambi, parece que estamos destinados a encontrarnos aquí.

—O sabes a qué hora llego y vas apretando el botón del ascensor hasta que aparezco yo.

Está bien, ¿cómo puede ser que su mirada sea tan erótica? Sus ojos verdes cristalinos brillan con expresividad, como una bola de discoteca. ¿Quevedo o Eminem? Más bien estoy siendo lo segundo.

—Ya te gustaría, Bambi. Estás deseando repetir lo de ayer.

—Creo que paso, gracias.

¿Si lo deseo? Mi parte irracional, sí, con ganas. ¿Voy a decirlo? No.

Al cabo de dos segundos, el ascensor literalmente se mueve igual que si cayese, dando un ajetreo. Se para de golpe, de un modo parecido a las escenas de Matrix. Siento pánico, debemos estar casi en la décima planta, y de golpe empieza a fallarme la respiración.

—¿Carla? —Alejandro me mira preocupado.

—Oh, Dios mío. Vamos a morir, se cae el ascensor y moriremos aplastados por la gravedad. Lo sabes, ¿verdad?

A veces puedo ser algo exagerada, pero estoy en un jodido ascensor y se ha parado en medio de la nada. Los espacios reducidos no son mi lugar favorito.

—Respira hondo, ¿de acuerdo? Mírame —dice, cogiéndome el rostro con ambas manos y poniendo su mirada en la mía.

Está tan cerca que puedo ver hasta una diminuta cicatriz que asoma en su barbilla.

—No quiero morir sin terminar la carrera, han sido demasiadas horas de estudio para nada —confieso.

Tampoco son mi punto fuerte las situaciones de estrés, pues son las ocasiones en las que la censura mental no funciona, entonces digo lo primero que se me pasa por la cabeza y empieza la diarrea verbal.

—No vamos a morir, ¿me oyes? Solo se ha parado el ascensor. ¿Puedo hacer algo para que te relajes? —dice con calma.

Menuda pregunta. Lo único que se me ocurre en ese instante es algo que bajo ninguna circunstancia voy a volver a repetir, y aunque parece extraño creo que le echo una mirada de esas que lo dicen todo; una de esas miradas en las que relajas tus facciones y abres ligeramente la boca como queriendo decir algo, o más bien insinuándolo.

—Yo...

Las palabras no fluyen, pero porque estoy demasiado nerviosa.

Así que, de un momento al otro, me encuentro su boca contra la mía y me besa de nuevo, pero no en plan *chill out*, sino salvajemente; incluso mi espalda choca contra la pared del ascensor ante tanta pasión.

Su boca es lo único en lo que puedo pensar. ¿Y qué hago? Pues me dejo besar, estoy al borde de un ataque de pánico, puede que dentro de unos instantes muera de una forma cruel y dolorosa. Me sostiene por la cintura firmemente con una mano, y con la otra empieza a explorar mi trasero, perfectamente definido bajo mi falda de tubo negra. Se me escapa un gemido cuando hace algo con su lengua, rozándola con la mía. Mierda, estoy jadeando.

El traqueteo del ascensor me devuelve a la realidad y me separo de sus labios, azorada. No sé cuánto tiempo ha durado el morreo, porque he perdido el sentido del tiempo y del espacio y ya sea de paso, el de la realidad. Bajo la mirada, completamente avergonzada. No creo que pueda volver a mirarle directamente a los ojos nunca más; pero de reojo entreveo su sonrisa que me tienta a volver a hacerlo. Gracias a la providencia, se abren las puertas del ascensor y salgo de allí volando hasta llegar a recepción, donde le pido a la secretaria la dirección del baño.

«Inspira, expira, vuelve a inspirar y vuelve a expirar», me digo. Creo que ha sido la experiencia extrasensorial más maravillosa que he tenido en mi corta vida. Lo he vuelto a hacer, he vuelto a besarme con el mismo tío en el mismo ascensor. Al mirarme en el espejo me percató de que estoy totalmente despeinada, el moño deshecho y no llevo carmín en los labios. Suerte que no se me ha ocurrido pintármelos de rojo pasión. Me quito el *gloss* sobrante de mis labios

carnosos y decido ir con el cabello al aire.

«Tranquila, has tenido un ataque de pánico, a cualquiera podría haberle pasado».

Salgo del baño y entro a su despacho intentando parecer tranquila y profesional. Él ya está sentado en su mesa, revisando papeles.

— ¿Estás mejor? — pregunta cuando me ve atravesar la puerta.

— Sí, gracias.

¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Fingir que no ha pasado nada? Será lo mejor.

— Lo prometido es deuda. Ayer hiciste un buen trabajo, así que estás dentro del caso — dice mientras me siento en una de las sillas.

— ¿Qué caso? — Saco mi libreta del bolso dispuesta a apuntar todo lo que diga.

— Pues el caso más sonado después de todos los de corrupción, por supuesto. ¿Has oído hablar de la muerte de Rita Moreno?

Sé a qué caso se refiere. Adolfo Moreno, hombre de cuarenta años, casado con Rita Moreno. Ambos tenían una multinacional de bebidas azucaradas de distribución. Una noche, Rita no volvió a casa, y al día siguiente la encontraron muerta en un descampado. ¿Sospechosos? Su marido, por supuesto.

— ¿Representamos a Adolfo Moreno?

— El mismo. Hay dos problemas: en el cuerpo de Rita están sus huellas, y él no tiene coartada. Por eso te pregunté ayer si sabías qué significaba *in dubio pro reo*, pues así jugaremos nosotros. La fiscalía solo tiene pruebas circunstanciales por lo que sabemos, así que nos basaremos en eso.

Me lo pienso durante unos instantes. Ese hombre está ya condenado por la prensa, todos lo tachan de asesino. Y si tienen

pruebas circunstanciales, puede que el juez llegue a una mejor conclusión que nosotros.

—Deberíamos tener un caso más sólido y elaborado. Hacer eso sería como sentarse y esperar a que la otra parte la cague. Me has pedido sinceridad, ¿no? Pues eso es lo que pienso. *Advocatorum error litigatoribus non noceat.*

Me mira sorprendido ante mi iniciativa.

—¿Qué propones? Como dices, no quiero que mi cliente se vea perjudicado por no actuar.

—Buscar al menos algo que indique su inocencia, aunque también sea circunstancial.

—Me gusta, lo compro. Entonces prepárate para trabajar, Bambi. Quiero que busques jurisprudencia de casos similares.

Desde luego, trabajando con Alejandro no voy a aburrirme, y siempre puedo ser salvada por él.

Tras salir después de una larga jornada laboral, decido ir hasta la supuesta casa del Sr. Moreno, que no queda lejos del barrio donde vivo. Al llegar, me topo con una imponente casa rodeada de un muro infranqueable de piedra. Hago algunas fotos por los alrededores.

No pretendo ser Kalinda en *The Good Wife* (es la investigadora del bufete en una serie de abogados) pero está visto que el plan inicial es demasiado técnico, y a veces hay que pasar a la acción. La casa está en medio de un barrio residencial, no hay ningún edificio cercano con cámaras... Un segundo, ¡en la entrada hay una! Escondida, pero la hay; y no lo mencionaban en el informe de los abogados ni en el atestado policial. Mañana voy a tener que hablar con Alejandro.

Al llegar a casa veo que Caye me ha dejado un mensaje diciendo que tiene una cena de trabajo. No sé qué se trae entre manos, pero

tengo curiosidad por averiguarlo. Caye no es de las que se preocupan; es más, su lema en la vida es *Hakuna Matata*. No suele tomarse las cosas en serio, por eso me extraña que el trabajo la tenga tan absorbida. A no ser que sea algo que tenga ver con ese tal Marc McHeather.

Mi amiga jamás de los jamases se ha enamorado, y mira que se ha esforzado. Siempre se aburre de todos los chicos, se cansa de ellos. Por eso es experta en rupturas. Su primera fue en primaria: tenía un novio de la clase llamado Pol (se daban la mano y jugaban juntos en el patio, no os penséis), hasta que apareció Cristian y quiso jugar con Caye, y como era mejor en los juegos, Caye tuvo que cortar con Pol, quien se enfadó con ella y la empujó al suelo. Desde entonces, Caye ha tenido muy claro que con las rupturas no se juega.

En cambio, yo sí me había enamorado, loca y perdidamente. ¿De quién? De Eric. Mi padre y el suyo estudiaron juntos, primero Derecho y luego Judicaturas. Aunque él era mayor, jugábamos juntos de pequeños y solía decirme que yo era como su hermana pequeña. En la adolescencia ya nos veíamos menos, pero entonces pasó lo inevitable; chico mayor atractivo, amable, de ojos grisáceos y con una moto, ¿cómo una chica de quince como yo no iba enamorarse de él?

Era mi amor platónico, por supuesto. Lo idealicé y lo puse en un pedestal con la etiqueta de inalcanzable. Todo cambió cuando empecé la universidad. Ya no era una niña, había cambiado. A los diecisiete me había puesto a dieta y había empezado a hacer ejercicio, así que mi cuerpo de adolescente con algunos kilos de más pasó a ser estilizado y con curvas. Tenía un cutis impecable y unas facciones hermosas. Eric estaba en último curso y yo seguía perdiendo el culo por él; y él lo sabía. Pasó lo inevitable, empezamos a quedar para enrollarnos y

luego la cosa pasó a mayores. Yo ya me veía los viernes con sus padres, mis padres y nosotros como pareja, hasta que el curso terminó y me dijo que lo nuestro también.

¿Lo peor de todo? Que venía, volvíamos, y se iba otra vez. Se fue a vivir a Madrid, pero cada vez que volvía a Barcelona quedaba conmigo, y se me hacía imposible olvidarlo. Y así hasta ahora. Por suerte hace ya medio año que no aparece. Quién sabe, a lo mejor se ha olvidado de mí.

No sé si lo he superado, porque no le he vuelto a ver. Pero la verdad, no es que quiera comprobarlo.

Por eso no deseo, ni quiero, volver a enamorarme. He pasado un calvario con el primero, no quiero imaginar si la segunda vez me pasa lo mismo. No voy a arriesgarme, el amor no es para mí. Tampoco quiero empezar nada sin ataduras porque soy de las que se encariñan demasiado rápido y cuando menos me lo espere Cupido me lanzará una flecha de las suyas y voy a volver a sufrir. No pienso caer en ninguna red, ni siquiera en la de Alejandro Blanc, por mucho que se empeñe el destino en ello.

Lista de cosas pendientes:

1. Conseguir esas sandalias tan ideales de *Gucci*.
2. Alejar a Caye del mal camino (es decir, de McHottie).
3. No enamorarme de Alejandro Blanc.

Las prioridades son claras, pero también difíciles. Sobre todo, los zapatos, están agotados desde hace semanas.



—Esta mañana he revisado el caso.

Con la respiración aún agitada, estoy delante de Alejandro intentando mantener la compostura. ¿La razón? El ascensor, por supuesto. Como cada mañana, he subido tranquilamente hasta que en la planta baja ha aparecido él. Lejos de dedicarme un “buenos días” como todo hijo de vecino, directamente me ha agasajado sin motivo alguno.

—Estás arrebatadora con este vestido verde, Bambi —me ha dicho con sus manos puestas en mi cadera.

—Relájate, hoy no me he tomado el café y estoy de mal humor —le he advertido.

—Tendré que ponerte de buen humor entonces. —Y sin comerlo ni beberlo me ha plantado un beso.

Esta vez ha sido breve, sin recrearse, tanto que no me ha dado tiempo a reaccionar.

—¿Por qué lo haces? Me revienta, te lo digo en serio. —Estaba enfadada, con los puños cerrados y muy cerca de él.

Pero también excitada, y eso es lo que más me enfada.

—No disimules conmigo, te encanta. Vamos Bambi, tenemos un caso que ganar.

Como si aquello no hubiera pasado, hemos salido de allí y de camino le ha pedido a una de las secretarias dos cafés. Aquello ha mejorado mi humor, pero aún estoy hiperventilando. Aparentemente enfadarme con él tampoco es una opción porque sigue atrayéndome.

—Bambi, deberías dejarte siempre el cabello suelto. —Vuelve a la carga otra vez, cómo no—. ¿Has descubierto algo?

—Puede. Mira estas fotografías, son de la casa del Sr. Moreno. —Le muestro mi teléfono—. Justo en la entrada hay una cámara de

seguridad, es la única entrada que hay y el muro es de tres metros y medio. En el atestado no se menciona la cámara. Puede que el hombre saliera de la casa, tal y como dice. Según él tiene una coartada, pero no puede decirnos cuál. Pues bien, solo hay que demostrar que salió de la casa, dónde fue sería irrelevante.

Se queda pensativo durante unos instantes, y coge su teléfono. Habla con una tal Agnes, echándole una bronca importante. Agnes creo que era una de las secretarias, pero no lo sé con seguridad, creo haberlo visto pasando por delante de un cubículo justo al lado de su despacho. Pregunta también por el investigador y entonces, ordena que lo despidan.

Genial, acabo de arruinarle la vida a alguien por hacer su trabajo.

—¿De dónde has salido, bambi? Acabas de convertirte en mi persona favorita —pregunta después de colgar el teléfono.

—Creí que ya lo era desde ayer —se me escapa.

—El puesto seguía siendo para mi madre, hasta ahora.

Vaya, un niño de mamá.

—Hum —se me escapa de nuevo.

—Bromeaba. Vamos a repasar el atestado y yo voy a pedir las cintas de esa cámara de seguridad.

Las horas siguientes pasan muy rápido; repasamos el atestado página por página, me enseña algunos truquillos para las futuras apelaciones y también me muestra la lista de posibles testigos que tendríamos que preparar la semana siguiente.

—Ahora, déjame llevarte a cenar, Bambi. Será una cena de trabajo, lo prometo.

—¿Una cena de trabajo? —Arrugo la nariz, no estoy del todo convencida, pero como llegue a casa y Caye haya salido otra vez, voy

a ponerme de mala leche.

—Sí, claro. Ahora te considero como una compañera, y no contrato a nadie sin saber algo de ellos. Solo sé que eres una gran besadora y que le tienes pánico a las cosas que no controlas. —Se mete el móvil en el bolsillo y prácticamente me arrastra hasta el ascensor.

—Está bien. Pero nada de besarme ahora —me resigno.

—Lo prometo.

El recorrido hacia abajo en el ascensor es raro. Y digo raro porque de reojo veo como se está partiendo de risa y yo acabo haciendo lo mismo. ¿Por qué? No tengo ni idea, pero su risa es contagiosa, muy contagiosa, como la de Will Smith, pero sin ser escandalosa.

Me lleva a un restaurante cercano, *Chez Cocó*, muy francés, donde hacen todo tipo de pollos y nos colocan en una mesa en el pequeño jardín interior. Todo muy ideal para una cita.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —pregunta mientras ordenamos la comanda.

—Sí, algunas veces —confieso—. Me gusta comer bien, aunque no le hago ascos a la pizza.

—Yo igual. Dime Bambi, ¿por qué derecho?

Pongo los ojos en blanco, esa es la típica pregunta aburrida que te hacen todos los desconocidos a los que les dices que eres abogada.

—¿En serio?

—Oh, vamos, te he dicho cena de trabajo, es lo primero que les pregunto a mis posibles Minions.

No sé si es que tengo demasiada cera en los oídos. ¿Ha dicho Minions? ¿Esos no son aquellos personajes de dibujos animados amarillos, bajitos y chillones?

—No me digas que los llamas así a la cara. —Alzo una ceja, estoy

alucinando.

¿Hola? Ese hombre no tiene ni decencia ni moral.

—Oh, claro que sí. Y yo soy Gru, hago maldades para que la gente no vaya a la cárcel. Es broma, no lo hago, pero me gusta pensar en ellos como Minions.

Tiene una sonrisa demasiado perfecta, y está citando películas. Sí, películas, mi debilidad. Es lo que más me gusta hacer en este mundo, ver películas.

—Yo los llamaría Stormtroopers. Ya sabes, son los...

—Soldados del imperio, lo sé. No te tenía como una fan de *Star Wars*, Bambi. Acabas de ganar un punto en la hoja de contratación — bromea, o eso espero—. Aún no has respondido a mi pregunta.

—Porque me gustan las causas perdidas, y solo puedo ganarlas estudiando derecho.

No voy a decirle que lo hice por mi padre el juez. No me gusta que la gente lo sepa, es una manía que tengo. La gente te mira con otros ojos, a veces mejor o a veces peor, pero diferente.

—Frase ambigua, no quieres decírmelo —deduce él.

—Pues no. ¿Ahora también eres de recursos humanos?

—Puede. —Nos traen un *poulette rotí* y una botella de vino blanco mientras dice aquello con naturalidad.

—¿Y tú, por qué derecho? —Estoy girando la tortilla.

Yo también sé jugar a este juego.

—Tradición familiar, desde que el abuelo de mi abuelo y este a su vez era abogado, todos lo hemos sido. Pensé en romper la tradición y ser actor, pero desistí.

—¿Por qué actor?

—No es que no fuera lo suficientemente guapo, yo lo sé, tú lo

sabes y también el resto del mundo. —Su nivel de egocentrismo es demasiado alto, pero una parte de mí no puede culparlo, sí que lo es, y eso, sumado a ser uno de los mejores abogados de la ciudad, da como resultado a Alejandro Blanc—. Fue porque me aburría estar actuando todo el día. Y a mí me gusta ser yo mismo.

—Te entiendo, yo quería ser una Spice Girl de niña.

—¿Y qué salió mal?

—Que no sabía cantar.

Es la realidad, no sé cantar. Lo hago fatal, y no es por falsa modestia.

—A ver, ¿cómo era? *If you wanna be my lover...* —entona.

Por suerte, somos la única mesa ocupada en el jardín y no me muero de vergüenza ajena.

—No me hagas cantar o lloverá.

—Vamos, una frase —me suplica.

—Lo hago peor que Cameron Díaz, lo juro.

—Dios Bambi, ¿te has visto todas las películas de la historia del cine? Esto es como hablar conmigo mismo, pero en versión femenina —eso último lo ha dicho en voz alta.

—No todas, pero sí muchas. Por favor, no me preguntes cuál es mi favorita porque no puedo responder a eso.

—No iba a hacerlo, es como preguntar con qué Weasley te quedarías.

—Bill, sin dudarlo. —Sonríe ante mi rápida respuesta.

Soy una chica que tiene las cosas muy claras, no sé si lo ha notado.

—¿Cómo? Acabas de descender al puesto de mi segunda persona favorita. Los gemelos, sin duda alguna.

Yo también los adoraba ¿Quién no lloró a moco tendido con la

muerte de Fred? Después de debatir la no necesaria o necesaria muerte de este último, pedimos los postres. Nos hemos terminado casi toda la botella de vino, y hace tiempo que no me divertía así con alguien que no fueran mis amigas. Y así termina la cena de... ¿trabajo?

—¿Alejandro?

En realidad, no sé muy bien qué decir.

Esta cena veo que no ha sido una buena idea, y ahora me estoy dando cuenta mientras estamos a punto de terminar. Porque una cosa es que te atraiga alguien por su físico y la otra es que en el plano intelectual empiece a interesarte. No, definitivamente esto no ha sido una buena idea.

—Dime, Bambi. Sé que son más de las doce, pero no te preocupes si mañana llegas tarde, puedo excusarte, soy tu jefe.

—No me preocupa. No lo hacía cuando iba a clase...

—Lo sé, he visto tu expediente. Ya sabes lo que dicen, la gente lista de verdad suele hacer algo más que estudiar. —Miro sus ojos, me estoy perdiendo en ellos—. Pero eres muy lista en fiscal, se te dan bien los números.

—Eso parece.

Nos terminamos el postre. Hago el ademán de pagar, pero no me deja, alegando que era una cena de trabajo y que él es un perfecto caballero. Me pregunta también si me acompaña a casa, pero tengo el coche al lado y mañana lo necesito para venir al despacho. No le hubiese dejado de todos modos.

—Entonces nos vemos mañana, Bambi. Me ha gustado cenar contigo.

—A mi también —respondo en un susurro.

Me estoy sintiendo culpable. Mentira, no lo hago, pero al menos

eso es lo que debería sentir, aunque no lo estoy sintiendo en absoluto. Hace solo dos días que lo conozco y ya me está rompiendo todos los esquemas. Me giro y doy un paso hacia delante cuando noto que un brazo tira de mí, impidiéndome avanzar.

—Se me olvidaba darte un beso de buenas noches.

Y sí, me besa. Pero este beso es dulce, tierno, no como en el ascensor. Noto su sabor, es parecido a algo cítrico, como la naranja, y huele demasiado bien. Tras besarlo de vuelta durante un instante, me echo para atrás, como siempre acabo haciendo.

—Yo... no quiero tener nada con nadie —le confieso.

Es mejor ser sincera desde un inicio. Durante unos instantes parece sorprendido, pero luego se ríe, sin preocuparse, y se inclina hasta llegar a mi oído.

—Bambi, no me preocupa. Puedo oler lo húmeda que te has puesto. —Esto último me lo dice bajito, susurrándomelo al oído.

Indignada, y sí, con la piel de gallina, me separo de él.

—Eres un perverso, ¿lo sabías? Buenas noches. —Entonces sí que me voy.

Lo cierto es que no sé cómo llego intacta y sin ningún rasguño en el coche, porque he estado hiperventilando durante todo el trayecto. Ha sido la mejor primera cita de toda mi vida, y ni siquiera era una cita.

«Hola, Carla, ¿recuerdas que habías jurado y perjurado que jamás de los jamases volverías a involucrarte con nadie?». No, no me acuerdo porque estoy pensando en lo cachonda que me ha puesto su beso y sus palabras susurradas al oído. Entro en casa y como alma que lleva el diablo, subo hasta mi habitación. Casi muero del susto cuando entro y allí está Caye.

—¡Dios! ¿Qué estás haciendo aquí? —exclamo, llevándome una mano al pecho.

—Buscándote. Pensaba que estabas en el baño. ¿Dónde te habías metido? —empieza a interrogarme.

—He tenido una cena de trabajo. No han sido nada originales, mira que preguntar, ¿por qué derecho? —Rescato la única frase que puedo decir, porque la de los Minions, como que no.

Caye cruza los brazos y niega con la cabeza.

—Y por eso te tiemblan las piernas y estás nerviosa.

Suspiro, sabiendo que no puedo engañarla.

—Es el tipo del ascensor, me ha vuelto a besar. Es demasiado persistente y está demasiado bueno. Pero no va a volver a pasar, no señor —digo intentando convencerme a mí misma.

—Sucia mentirosa.

Y dicho esto sale de la habitación. Odio mentir a mis amigas, pero decirle que siento una atracción irresistible por alguien es como admitir que mi vida es una verdadera farsa, mis normas ridículas y que no tengo ningún tipo de fuerza de voluntad. Y no estoy preparada para eso.



Viernes, no puedo creerlo, ¡por fin!

Me apetece tumbarme en el sofá por la noche, con una copa de vino y algo de sushi viendo alguna película de Audrey Hepburn. Pero como dijo Calderón de la Barca, los sueños, sueños son, porque por lo visto no voy a tener mi noche soñada, pues Cayetana, mi mejor amiga y a veces pesada insoportable, está insistiendo esta mañana en acudir a cierto evento.

—Tienes que venir, Carla. Te lo suplico, no puedes dejarme sola con Clooney.

Aún me estoy vistiendo y Cayetana ya me pide favores. El día no puede empezar mejor.

—¿Para qué quieres ir tú a ese after work?

En la azotea de un hotel han organizado algunos abogados, de menos de treinta, una reunión social y McHottie la ha invitado. No sé qué se traen entre manos, una especie de tira y afloja, pero solo deseo que no acabe en algo drástico.

—Porque tengo que ir y demostrarle a McHottie que soy una chica muy ocupada, que tengo muchos admiradores y que no voy a caer en sus redes.

Me comentó el otro día que McHeather es de padre escocés y madre barcelonesa. Su apellido realmente da mucho juego.

—Así que te gusta —resumo.

Caye nunca admitiría eso si no es su príncipe azul soñado, y McHeather por lo que me ha contado, es más bien un mujeriego. Acabo poniéndome una falda negra lisa y una blusa beis de encaje y los tacones del mismo color. Adoro los zapatos, son mi debilidad desde siempre. Compré un armario solo para ponerlos, no me caben en ningún otro sitio.

—Da lo mismo si me gusta o no. Esto es la guerra, Carla. Y te necesito para ganarla. —Suspiro, pensando en que a Caye cada día se le va más la chaveta.

Desgraciadamente, hoy tenemos que acudir a una clase especial sobre mediación y arbitraje. La asistencia es obligatoria y estamos exentos de ir al despacho. Caye y yo nos sentamos en la tercera fila, esperando a que el profesor entre por la puerta y terminar con estas

tonterías, pero cuando lo hace casi me da un patatús.

—Joder, Caye, que es él. —Me quedo paralizada.

—No me jodas —susurra ella.

—Te lo juro —le aseguro.

—Míster pornoascensor ahora será el profesor... uy, eso puede ser divertido —murmura Caye mientras que a mí casi me da un soponcio cuando Alejandro entra por la puerta.

Me van a dar los siete males, las plagas de Egipto comparadas con esto no son nada. Puede que, ahora mismo, mi cara tenga toda la gama de colores cálidos de la paleta.

—Shhh, ¡qué puede oírte! —la riño nerviosa.

Avanza hasta la mesa principal y echa una ojeada a la clase cuando nuestras miradas se cruzan. Yo no creía en todas esas chorradas sobre que el corazón se te para o esas famosas mariposas en el estómago, hasta que empiezo a sentirlas.

Malditas mariposas.

—A ver, señorita Fortuny, recíteme el artículo sesenta y nueve del código civil —dice Caye en voz baja.

La fulmino con la mirada hasta que oigo hablar a Alejandro.

—Hola, chicos. Voy a presentarme, soy Alejandro Blanc, de Preston & Ford, y voy a haceros esta clase sobre arbitraje. Empecemos; el arbitraje es un método alternativo para la resolución de conflictos...

No puedo escuchar ni la mitad de la clase. Solo con observarle me distraigo, hablando es muy carismático, ya lo había visto delante de los clientes, pero frente a una clase, se crece. Mueve las manos, hace gestos, y suelta algún chiste de vez en cuando ganándose al público. Puedo apreciar cómo casi todas las chicas de la clase lo miran con ojitos.

¿Las hubiera besado a todas en el ascensor? ¿Soy la única a la que ha besado o ha habido más? Admitámoslo, es de los que ligan con facilidad. Un segundo, ¿me estoy poniendo celosa? Yo nunca he sido celosa, nunca.

Por fin suena la campana, ahora Alejandro se irá y yo podré respirar tranquila, o no, porque se está acercando hasta llegar a mi fila.

—Hoy tenemos algo de prisa, hay novedades. Comes conmigo y te cuento. —Parece que no es un ofrecimiento, sino una orden

Como si fuera mi jefe. No es mi jefe, ¿verdad? No trabajo solo para él, soy solo una estudiante en prácticas obligatorias, ni siquiera me pagan.

Mientras me como la cabeza con las jerarquías, Adriana se acerca a él con su mejor pose. Normalmente esta chica me trae sin cuidado, no soy de las que odia a la gente así porque sí, y tampoco de las que coge manía a alguien con facilidad, pero sé que ella y yo nunca podríamos ser amigas. ¿Por qué? Por el simple hecho de que es una falsa. De esas chicas que solo hablan contigo cuando quieren algo o cuando les interesa, encima lo hacen como si te estuviesen haciendo un favor, y no son amables.

Con un gesto se aparta el cabello rubio platino teñido y se baja la camiseta para marcar escote cuando le habla a Alejandro. Un segundo, ¿está coqueteando con él? Estoy indignada, no porque Alejandro me importe, que no es el caso, si no por cuestión de dignidad.

—Perdone, hay algo que no me ha quedado muy claro, ¿entonces en la mediación no hay laudo? —Entonces se gira, dirigiéndose a mí —. Oh, ¿estás esperando a preguntarle? Lo mío es largo así que empieza tú.

Es una arpía, en definitiva, y mi mirada no lo disimula en absoluto. Estoy a punto de decirle que el laudo es del arbitraje solamente, por eso se llama laudo arbitral, y que se deje de chorradas —teniendo en cuenta que no he podido escuchar casi nada, no está nada mal—, cuando Alejandro interviene:

—Perdona, pero tengo mucha prisa. Las preguntas me las puedes mandar por mail, ¿sí? Gracias. —Me guiña un ojo y gira la cabeza para que nos vayamos.

Reaccionando, recojo mis cosas, me despido de Caye y lo sigo fuera del edificio, hasta donde tiene aparcado su coche, quedándome con las ganas de ver la reacción de Adriana.

—Vamos, Bambi, me apetece un italiano. ¿Conoces el Bimba's? — Abro la puerta de su coche negro y me meto dentro.

—Por supuesto. —Aún estoy en shock por el zasca que él le ha dado a Adriana—. Entonces, ¿qué novedades hay?

—¿Sabes que hemos accedido a las cámaras de seguridad?

Sonrío, estaba segura de que mis dotes detectivescas servirían de algo.

—¿Y? —lo apremio a que continúe.

—En la noche del asesinato, el coche del Sr. Moreno estuvo fuera desde las 12:30h hasta las 03:10h. No pudo cometer el crimen.

—Pero, ¿dónde estaba él?

—Eso mismo le hemos preguntado esta mañana, y resulta que tenía una partida de póker y apuestan de forma ilegal. De todas formas, no se le ve dentro del coche por lo que podría ser otra persona el que entra y sale.

—Pero es su coche, y es una prueba circunstancial. Es algo. Hey, ¿cuál es el segundo coche?

—He dejado lo mejor para el final. Ese coche entró después que el Audi de Moreno entrase, y salió también antes de que volviera. Un agente de tráfico me ha hecho un favor y... resulta que es un coche robado, un Chevrolet negro desaparecido la misma noche. Se encontró en un desguace poco después.

—¡Es genial! Está muy claro que el conductor del coche es el asesino.

—Claro para ti, pero no para el juez.

—Creo que es hora de investigar las finanzas. La gente suele matar por dos razones; amor o dinero. Descartemos primero el dinero.

—Estás subestimando al amor, Bambi —responde, guiñándome un ojo.

—No lo hago, solo que es mas fácil para mi encontrar algo en las cuentas que empezar a jugar a los detectives.

Conduce rápido, pero tengo una sensación de seguridad extraña. Lo observo de reojo y sin preguntarle, enciendo la música. Lo primero que se oye es la radio, no conozco la canción así que empiezo a probar varios canales hasta que escucho la voz de Sergio. Cómo me gusta este hombre..., así que la dejo puesta.

—Tengo un CD puesto, puedes ponerlo —me dice.

—No, gracias. Esta me gusta. —Intento que no se me note demasiado mi preferencia musical hacia tal ídolo.

—Bambi, no me digas que eres una *groupie* de Sergio Dalma —dice mientras se le marcan los hoyuelos en las mejillas.

Pero por mucha debilidad que tenga por los hoyuelos, empequeñezco los ojos molestándome. Juro que, si fuera Cíclope, el de X-Men que tiene rayos láser en los ojos, lo hubiese dejado igual que un pollo frito.

—Sergio Dalma no tiene *groupies*, sino fans. Es un artista reputado. —Lo miro de reojo y me da la sensación de que mi voz ofendida le divierte—. Por favor. Es como decir que Pavarotti tiene *groupies*, no tiene ningún sentido.

—¿Me estás comparando a Pavarotti con Sergio Dalma?

Después de aparcar, nos bajamos del coche y andamos hasta el restaurante.

—No musicalmente, pero sí en el público. Se asemeja más a este que a Justin Bieber, no lo niegues.

Su brazo roza mi hombro cuando abre la puerta del restaurante. Me gusta ese contacto, esa confianza, me gusta demasiado.

El restaurante está tranquilo, la gente de las oficinas que rodean esta parte de la Avenida Diagonal aún no ha salido.

—Además de ser una fan incondicional de Sergio Dalma, ¿qué música escuchas? —pregunta mientras escruta la carta con detenimiento.

—Me gusta el pop-rock, ya sabes, Arctic Monkeys, Muse, The Killers... ¿y tú aparte de ser un fan de Mocedades? —bromeo sin abrir la carta. Ya sé lo que quiero, siempre pido lo mismo en este restaurante.

—Eso es una grave acusación, Bambi. Yo soy fan de los Beatles de toda la vida, y The Smiths. Lo malo de estas bandas es que no sacan nuevas canciones, así que tengo que conformarme con el reguetón.

No, no me imagino al gran Alejandro Blanc dándolo todo con Juan Magan en la discoteca. Anotan la comanda mientras él se me queda mirando fijamente.

—¿Tengo monos en la cara? —exclamo algo incómoda ante la intensidad de su mirada.

—No Bambi, tú siempre despiertas este tipo de miradas. Vienes a menudo, ¿no? Y los raviolis de burrata al pesto con tomates secos deben estar que te mueres. Mecachis, debería haberlos pedido yo también.

—Creo que eres el único con menos de sesenta años que utiliza esa palabra. Y luego dices que no te gusta Mocedades. Tienes los grandes éxitos de Julio Iglesias en tu casa seguro —bromeo.

—¿Mechachis? Bambi, estás fuera de honda, se vuelve a llevar, como los pantalones acampanados.

Tengo que reconocerlo, Alejandro es gracioso no, lo siguiente. Y esa es otra cosa por la cual me vuelve completamente loca. Los raviolis están de muerte, como siempre, y dice que su rissotto también lo está.

—¿Has tenido alguna novia? Seguro que en la universidad tenías una cada semana —indago.

En realidad, sé muy poco de él.

—No, ese era Marc McHeather. Aunque no sé si su fama llegó a tu curso.

¿Conoce a McHeather? Tengo que decírselo a Cayetana cuanto antes.

—Pero no desvíes el tema —insisto.

—No lo hago, estaba haciendo un inciso. Pues no, no era un rompecorazones, Bambi. Tuve solo una novia durante los dos últimos cursos. —Me da la sensación de que no le gusta hablar del tema.

—¿Y qué pasó? —hago la pregunta peliaguda.

—Pasó que le ofrecieron un trabajo estupendo en Madrid, se fue y me dejó. Son cosas que pasan.

Por su voz percibo que le duele, aún tiene esa espinita que te deja

el primer amor. Quién iba a decirlo, en el fondo Alejandro Blanc es un romántico empedernido.

—Las relaciones a distancia son complicadas, no suelen funcionar.

—Lo sé. ¿Has estado en alguna?

—¿Yo? Qué va. Tuve mi primer novio a los 18 años, era un año mayor y ya iba a la universidad. Era un chico malo, ese del que siempre nos acabamos enamorando las chicas cuando tenemos cierta edad.

Se llamaba Roberto, estudiaba algún tipo de ingeniería y pinchaba cada noche en alguna discoteca. Tenía una moto cuya marca y cilindrada no recuerdo, me venía a buscar al colegio y me sentía como una rebelde sin causa. Menudos tiempos aquellos.

—¿Y qué fue del chico malo? —pregunta.

—Lo pillé besándose con otra una noche, era una universitaria. Acabé muy enfadada con él, pero después de dos años me lo volví a encontrar de fiesta e hicimos las paces. Estuve todo el primer año de universidad entrando gratis en todas las discos en las que pinchaba. No fue un verdadero amor, sino una locura adolescente, ya me entiendes.

—Pero qué cara más dura. Yo tenía que ponerme traje, zapatos impolutos y ponerles buena cara a los porteros —se enfada, divertido.

Cuando terminamos de comer vamos directos al despacho. Entramos en el edificio y él aprieta el botón del ascensor. Puedo percibir esa tensión que hay entre él y yo, y sé que él también la percibe. Es el primer día que no llevo unos tacones altos y me doy cuenta de que me saca una cabeza y media sin los quince centímetros habituales, pese a mi casi metro setenta.

Mi respiración se vuelve agitada, acompasada a los latidos de mi

corazón cada vez más rápidos. Las puertas se abren y me cede el paso. Él entra detrás, pudiendo sentir su olor, esa mezcla de colonia y de naranja, me pregunto a qué sabrán sus labios. No, no me lo imagino porque ya lo sé, y la verdad, quiero volver a degustarlos, pero mantengo mi mirada en el suelo y mi cuerpo inmóvil, no muevo ni un solo músculo.

—Bambi.

Pronuncia ese infame apodo mientras con dos dedos de la mano alza mi barbilla, teniendo yo entonces una amplia visión de él. Sus dedos suben hasta la mejilla para luego tocar mis labios. Parece que una corriente invisible se pasea por mi cuerpo a sus anchas, dejándome totalmente inmóvil.

Se acerca y sus labios tocan los míos con un beso a cámara lenta. Todo el vello de mi cuerpo se me eriza, me gustan demasiado estos besos.

Tengo que parar esta locura antes de que sea tarde y me vea metiéndole mano en este mismo ascensor. Con enorme dificultad, lo reconozco, me aparto.

—Bambi, no —hablo con voz frustrada—. No puedes ir besando a la gente en el ascensor, Alejandro. No es ético y eres abogado, y por si fuera poco eres mi superior en el caso y ahora mi profesor, así que no es ético al cubo. Desde ahora, tendremos una relación estrictamente profesional, señor Blanc.

Llegamos a la décima planta, no abre la boca así que los dos caminamos paralelamente hasta llegar a su despacho, donde después de cerrar la puerta, me acorrala delante de una estantería. Oh, Jesús, liarme con él entre el Código Penal y el Código de Comercio suena a gloria divina.

—Pero yo solo te beso a ti, Bambi. ¿Es eso lo que te preocupa? — dice sonriendo.

— ¿Pero me has escuchado?

En secreto, me alegro de que solo lo haga conmigo, pero no puedo decaer en mi decisión, no tan pronto. No ha pasado ni un minuto siquiera.

—Está bien, pero no voy a llamarte de *usted*, en el despacho nadie lo hace. Toma, aquí está toda la documentación. Puedes utilizar la sala de juntas que hay a la derecha.

No parece enfadado. ¿Alguna vez se enfada Alejandro Blanc?

—Vale, cuando termine te digo algo.

Salgo a paso ligero, porque si permanezco con él en el despacho durante tres minutos más, mi convicción se va al garete.

Mi yo serio 1, mi yo libertino 0.



No sé qué hora es, pero hace rato que ha oscurecido. Me he pasado toda la tarde leyendo documentos, haciendo números, repasando las cuentas y nada. Tanto la declaración de la renta del Sr. Moreno como de la Sra. Moreno están limpias, y como suele ser, tributan solo, aparte de su vivienda habitual y una casa en la Costa Brava, por ciertas acciones de una sociedad patrimonial, de la cual tengo también la documentación.

En esta sociedad patrimonial es donde están las acciones de su compañía, 50 para él y 50 para ella. Lo tenían todo en regla, no habían tenido ni una inspección. De pronto, me ilumino, ¿dónde irán a parar las acciones del 50% de la compañía ahora que la Sra. Moreno ha fallecido? ¡El testamento! Tengo que buscar si hay testamento, mañana

llamaré al registro de últimas voluntades para averiguarlo.

—¿Aún sigues aquí, Bambi? —Alejandro entra en la sala de juntas, sorprendido.

—¿Qué hora es? —le pregunto, la verdad es que se me ha ido el santo al cielo.

—Hora de divertirse, es viernes y tenemos que ir a un after work.

Leches, se me había olvidado por completo. Al final acabé prometiéndole a Cayetana que iría.

—Está bien, pero solo porque le he prometido a mi amiga que iría —específico.

—Siento curiosidad por tus amigas, Bambi. ¿Son como tú?

—No, y solo vendrá una. Es más guapa, más divertida y más lista. Es cierto, Cayetana es un diez y yo rozo el ocho y medio.

—Yo solo tengo ojos para ti, Bambi. El hotel está cerca de aquí, iremos andando. ¿Tienes aguante con el alcohol?

«Es probable que más que tú», no puedo evitar pensar, pero no digo nada, no deseo entrar en un juego donde acabe casi inconsciente y perdiendo el control. No, que yo pierda el control no es bueno.

—Un poco —digo finalmente.

—Entonces es que tienes un hígado de acero.

Alzo la mirada para encontrarme con la suya, esa misma que me hace tiritar.

—¿Por qué no tienes novia? —decido preguntarle antes de entrar en el hotel.

—¿Quién dice que no tengo? —su respuesta me incomoda, y me desato la chaqueta que llevo puesta, una simple rebeca negra.

—Tu forma de ligar conmigo —contesto, siendo sutil.

No tiene pinta de tenerla, no puede tenerla. Vale, estoy deseando

que no la tenga, aunque debería darme igual.

—Tienes razón, no tengo. Pero porque no salgo con cualquiera, Bambi. Estaba esperando encontrar a alguien que me cite a Quevedo.

—Al oír aquello y subir al ascensor, me hace sonreír.

Mierda, ¿por qué tiene que ser tan jodidamente perfecto?

—Oh —digo solamente, en vez de decir que sé a que versos se refiere.

Me los había aprendido de memoria hacía un siglo, porque también son mis favoritos.

—No sabes disimular, Bambi, tu sonrisa te ha delatado.

Me quedo atrapada entre su cuerpo y la pared del ascensor. Apoya uno de sus brazos en ella y me mira suplicante. Bufo, para después acabar cediendo. Total, son cuatro palabras, cualquiera puede habérselas aprendido en el colegio.

—Alma a quien todo un dios prisión ha sido, venas que humor a tonto fuego han dado, medulas que han gloriosamente ardido. Su cuerpo dejará, no su cuidado. Serán ceniza, más tendrá sentido. Polvo serán... —susurro las palabras, las arrastro y cuando lo hago, me doy cuenta de que sus ojos se van oscureciendo al mismo tiempo, y aquel verde hierva se convierte en el color del mar cuando las nubes llegan, como en una tarde de invierno.

—...mas polvo enamorado.

Tras finalizar el poema, sus labios rozan los míos. No llega a ser un beso, sino una fracción de segundo donde parece que su alma quisiera encontrarse con la mía. Juro que jamás de los jamases había sentido lo mismo. En aquel roce saltan chispas, fuegos artificiales. Un maldito fuego que arrasa conmigo.

Las puertas del ascensor se abren antes de que pueda decir nada y

la azotea se vislumbra ante nosotros. Hay sofás y gente sentada en ellos, también de pie, y suena una suave música de fondo relajante.

—¡Carla! —Oigo mi nombre con el sonido de la voz de Cayetana y me giro.

Lleva puesto el vestido negro, mi vestido negro. Por supuesto, le sienta mejor que a mí. Con el cabello recogido, algo raro, y con una copa de vino en la mano, se acerca hasta donde estamos. Aún sigo algo desconcertada, porque esa fracción de segundo me ha dejado totalmente anonadada.

—Cayetana, te presento a Alejandro Blanc, trabajo en el caso de penal con él. Alejandro, esta es Cayetana, una de mis mejores amigas. También estudiamos juntas.

—Un placer —dicen los dos, dándose la mano.

Espero y deseo que mi amiga no diga nada imprudente, como suele hacer.

—Encantada. Carla me ha hablado de ti, todo cosas buenas. Sé que nos acabamos de conocer pero, ¿podrías hacerme un favor? Sé que te gusta Carli pero tengo una especie de competición con un tipo, y quiero que vea que intentas coquetear conmigo.

—¡Caye! —protesto.

La cara de Alejandro es de sorpresa, pero se ríe. Dios mío, ¿por qué tengo una amiga que no sabe disimular?

—No hay problema, ¿puedo besarte la mano? —dice, y se la lleva a sus labios.

Madre del amor hermoso, menudo espectáculo. No sé quién es peor, o Caye o Alejandro.

—Por supuesto. Muchas gracias —dice mi amiga parpadeando a diez veces por segundo.

— ¿No se tratará de Marc McHeather?

Aquí ha dado en el blanco.

— ¿Le conoces? Nosotras lo apodamos el Clooney de civil, y no porque esté igual de bueno que él, precisamente —empieza Caye a contarle.

— Es por el parecido con su personaje en aquella película que hizo con Catherine Zeta-Jones, ¿verdad?

Puedo decir con contundencia, y está totalmente comprobado, que sí, me pone demasiado que adivine todas mis alegorías a las películas.

— ¡Exacto! Me encanta este chico, es igual que tú. Bueno, y a ti. —
Me sonrojo.

¿Lo ha dicho delante de Alejandro? ¿Por qué? ¿Por qué?

— Caye, por favor —la riño con tono autoritario.

No quería ser la responsable de que se produzca un homicidio. Su homicidio.

— No te la creas, Alejandro. Está tan loca como yo, o lo estaba hasta que empezó a censurarse en público y a jugar a ser la chica perfecta.

— Me he dado cuenta, Cayetana. Por cierto, ¿lo de las películas viene de serie?

— Por supuesto, nos conocemos desde los cinco años. Allí está McCachondo o McHottie, os dejó chicos. —Y se dirige a mí—: Avísame cuando quieras irte.

Cayetana con dos copas de más no tiene pelos en la lengua. Aun así, es una de mis mejores amigas, y la quiero. Por eso ignoro su comportamiento, también porque en el fondo, tiene razón. Yo soy igualita a ella, incluso peor.

— ¿Bambi? —Vuelvo a la realidad al oír cómo Alejandro me llama.

— Perdona, estaba absorta.

—Tengo que irme. ¿Quieres quedarte o te llevo a casa?

Irse, ahora. Vaya, qué desilusión. Pero mejor, no quiero hacer nada de lo que luego pueda arrepentirme.

—Tengo que quedarme y controlar a Caye. ¿Tan pronto te vas?

No sé si es porque se ha sentido incomodado o por lo que ha pasado en el ascensor o por otra cosa. Lo cierto es que no parece nervioso.

—Sí, tengo trabajo. Es un caso que quiero repasar y el lunes tengo el juicio. Pásalo bien, en otra ocasión descubriremos tu aguante con la bebida, no creas que me olvido. —Me besa en la mejilla, y se va.

No sé cuanto rato estoy aquí parada, mirando a la nada y sintiendo aún su roce en mi mejilla. No sé tampoco si ha sido ese encuentro en el ascensor tan íntimo, donde le he recitado mi poema favorito, esa mirada suya... pero empiezo a sentir algo. No puede estar pasándome, no puede empezar a gustarme alguien tan de verdad.

—¿Carla? No sabía que vendrías. Podríamos haber avisado a Eric, seguro que habría cogido el tren hasta aquí.

Las palabras de un chico hacen que vuelva a la realidad. No lo recuerdo, pero está claro que es un amigo de Eric. Mierda, seguro que le comenta cualquier cosa, sabía que no tendría que haber venido. Maldigo interiormente mientras sonrío.

—Ha sido improvisado. ¿Cómo te va?

—Muy bien. Ven, te presentaré a algunos compañeros.

Dos horas más tarde llego a casa con Cayetana acostada en la parte trasera del coche. Con cuidado, hago que se levante.

—Me lo he pasado de miedo. Y no, no estoy tan borracha —me informa.

No habla a trompicones ni pierde el equilibrio, así que no.

—Lo sé. ¿Ha pasado algo interesante?

—Lo que tenía planeado —dice, esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

Abro la puerta de casa y luego después de entrar, la cierro con el pestillo.

—Alejandro se ha ido, cuando has desaparecido. No sé.

—¿Sinceramente? Le gustas —dice con convicción.

La meto dentro de la cama y luego voy hasta mi habitación. Intento dormirme, pensando en que a veces soy estúpida.

La palabra confusión es poca para decir lo que en este momento siento. Pero no puedo tirar todo este esfuerzo por la borda porque una tentación pase frente a mi puerta, o mejor dicho, entre en mi ascensor. Me he convertido en una chica respetable, una digna futura abogada. Aunque en realidad, ¿a quién leches le importa eso?

Pero no es nada de eso. La realidad es que es miedo, sí. Sé que en cualquier momento, Eric aparecerá por mi puerta, seguro que su amigo le comenta algo sobre mí, lo sé. Y entonces se acordará de que estoy aquí y volverá. Siempre vuelve. Siempre termina recordándome que jamás va a dejarme en paz.

LOS EX SIEMPRE LLAMAN DOS VECES



Artículo 1.265 del Código Civil: *Será nulo el consentimiento prestado por error, violencia, intimidación o dolo.*

A la mañana siguiente bajo a la cocina y, sorprendentemente, Caye ya está despierta. Es sorprendente porque siempre llega tarde, no sé cómo lo hace, pero es así.

—Buenos días *femme fatale*. ¿Con cuantos números de teléfono te quedaste ayer? —pregunto mientras enciendo la cafetera.

—No los he contado. Lo importante es que McHeather lo ha visto. Pero tú te aburraste como una ostra en el fondo del mar —dice haciendo una mueca.

—Lo sé, pero no paraban de hablar de derecho, y aunque sé que era un *after work* de abogados... no sé, hablar de cine sería mucho más entretenido. Por cierto, ¿quieres café?

—Sí, por favor.

Tiene bastantes ojeras y ambas llevamos puesto el pijama.

—Voy al centro comercial. Necesito distraerme, ver aparadores bonitos y airearme. Y también necesito ropa.

A ver, necesito no es la palabra, si no quiero. Pero me encanta ir de compras y además tengo que abrazar una nueva realidad que se

antepone ante mí, ¿caer en la tentación o resistirme a ella? Pues mejor decidir con nuevos modelitos. Y de paso, distraerme.

—Me apunto.

La regla número uno para ir de compras es la comodidad, y la segunda, el estilo. Así que después de enfundarnos unos vaqueros, un jersey delgado y unas zapatillas, nos dirigimos hasta el centro comercial más cercano.

—En serio, ¿qué te ocurre con ese tal McHeather? —intento sonsacarle mientras paseamos por la primera planta del centro comercial.

—Me pasa que tiene un ego más grande que Australia, y me molesta porque tengo que trabajar con él —responde incómoda.

—¿Y por eso te esfuerzas en hacerle ver que ligas más que él?

Es una pregunta retórica, pero quiero que se dé cuenta de lo ridículo que es en realidad. Caye es Caye, liga más que cualquiera. Que yo seguro que sí.

—Más o menos. Me fastidia porque se cree irresistible, piensa que yo voy a ser una más de sus conquistas, pero no. Yo soy especial.

—Ya entiendo, te gusta. Pero no vas a sucumbir a sus encantos porque es un Casanova, así que dices que no te gusta e intentas ponerle celoso.

Por fin he dado en el clavo. Mi amiga es muy lista cuando quiere algo.

—Por supuesto que no voy a sucumbir. Primero voy a hacer que se enamore de mí y luego *arrivederci*.

—Buen plan, cuenta con mi ayuda. Pero primero tienes que presentármelo, tengo que darle el visto bueno y lo sabes.

Cuando entramos en el ascensor para subir a la planta de arriba,

no puedo evitar esbozar una sonrisa. Pero luego pienso seriamente en que no, no es gracioso. Lo gracioso sería entrar y que él estuviese dentro, en el centro comercial.

—¿Y ahora de qué te ríes? —pregunta Cayetana viéndome.

A lo mejor estoy sufriendo locura transitoria porque me estoy riendo sola en un ascensor.

—Yo solo...

A ver, ¿cómo se lo digo?

—Ah, ya entiendo. Estás recordando tus episodios pornoascensor.

Justo cuando dice esa palabra, las puertas se abren y las dos abuelas que van a subir, dan media vuelta. Caye y yo nos miramos y empezamos a partirnos de risa.

—Has asustado a las pobres abuelas, Caye —le recrimino.

—Pues porque Míster pornoascensor no estaba aquí, que entonces sí se habrían asustado.

—Es probable.

Es más que probable, pero lo omito.

Las compras acaban siendo fructíferas, me desmeleno y, como siempre, termino en todas las tiendas de zapatos suspirando por un par, y llevándomelos a casa. Cada una tiene sus debilidades, ¿no? A fin de cuentas, mejor comprar zapatos que ir teniendo pensamientos impuros con cierta persona en el ascensor.



Son la nueve de la mañana, domingo, y lo primero que veo al abrir el teléfono es un email. De pronto me siento como Meg Ryan en *Tienes un email*. Pero luego pienso que la comparación es absurda, me parezco a Meg en el blanco de los ojos.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

09:30h

Asunto: Información privilegiada

Querida señorita Fortuny, ayer me quedé algo inquieto. ¿Se está guardando algún tipo de información privilegiada? Si es así, ¿no esperará a que le suplique? Porque no voy a hacerlo.

*Atentamente,
Alejandro.*

¿Información privilegiada? ¿De qué me está hablando?

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

09:35h

Asunto: información inminente

Estimado señor Blanc, no sé cómo puede pensar eso de mí, no pienso hacerle chantaje alguno. Pero tengo que hacer ciertas averiguaciones antes de arrojar resultados definitivos. Sin embargo, le adelantaré que no estamos ante ningún delito económico.

*PD: Su alumna favorita ha preguntado por usted, profesor (y no soy yo).
¿Vendrá a darnos alguna clase más?*

Atentamente,

Carla

Eso de la alumna favorita me ha salido del alma, lo admito.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

09:40h

Asunto: Permuta

¿Qué le parece si realizamos un pequeño intercambio? Usted me da la información (la que tenga) y yo le doy uno de esos besos de tornillo que tanto le gustan en el ascensor. ¿Es un trato?

PD: No volveré por su aula, no se preocupe por su posible competencia.

Atentamente,

Alejandro

Acaba de escribir eso en un mail. ¿Y cómo leches ha conseguido mi dirección? Ya sé, estaba en mi currículum. ¿Competencia? Por favor, Adriana no es competencia ni en un universo paralelo. No sé por qué me esfuerzo en ser seria y responsable cuando a él le importa un comino lo que pudiese decirle, y acaba haciendo lo que le da la real gana. Es frustrante, muy frustrante.

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

09:45h

Asunto: Tonterías

Tal permuta no se llevará a cabo, no se preocupe. Es usted un caradura.

PD: Tal competencia es inexistente.

Atentamente

Carla

No responde en todo el día. Bien. O mal. Yo que sé.



Vuelvo a estar en el ascensor, sí, lunes por la mañana. Me coloco bien la falda de piel negra, la blusa de topos blancos y el moño. Los botines negros estilizan y le dan un toque más informal al *look*. Como cada día, el ascensor se para en la planta baja, pero esta vez no solo sube Alejandro si no cinco personas más.

Me saluda y se queda a mi lado, detrás del todo del ascensor. Nadie dice nada, estamos en completo silencio. Siento como algo toca mi espalda, y de reojo veo que es su mano. Me acaricia con suavidad, desde el omóplato recorriendo toda la columna vertebral hasta la lumbar. Me estoy derritiendo, claro, pero a la vez mi yo severo lo observa con las cejas fruncidas y le envía una mirada asesina. Al final, las puertas del ascensor se abren en una planta inferior a la nuestra y la gente sale.

—Eres lo peor —me quejo medio enfadada.

En realidad, estoy más enfadada conmigo misma que con él. Podría haberle apartado la mano, podría haberlo hecho y no. La realidad es que me cuesta horrores evitar todo contacto con él, es como estar sufriendo constantemente. Sí, esa es la palabra, sufrimiento porque me excita demasiado y no debería. Es igual que tener un trozo de chocolate constantemente delante y llevar dos días sin comer.

—Lo sé, Bambi.

Su rostro sonrío mientras sus ojos me miran con intensidad. Es demasiado guapo y está demasiado atractivo con su traje gris y ese cabello negro azabache que contrasta con el tono de piel de almendra tostada. Se me antoja una mezcla de Henry Cavill, Tom Welling y Brandon Routh. Espera, ¿no son todos los actores que han hecho de *Superman* más recientemente? Tengo un problema mental con *Superman* y compararlo con él no hace más que agravar el atolladero.

—¿No vas a darme alguna tregua? —pregunto esperanzada.

—Ni hablar. —Me acaricia el rostro, pero en vez de dirigir sus labios hasta los míos, deposita un dulce beso en mi mejilla. La respiración se me entrecorta—. Eres preciosa, ¿lo sabías? Aunque lo intentes esconder detrás de esas gafas de empollona, no puedes evitarlo.

—Mis gafas no son de empollona, son de *Tom Ford* —protesto.

Lo cierto es que ese cumplido, junto con la forma en la que me observa, me desarma por completo y mis partes bajas empiezan a estar preocupantemente libidinosas. Mi yo gata salvaje está saliendo a la luz.

—Vamos, tenemos una reunión con la hija de la fallecida Sra. Moreno.

Y yo cachonda perdida, qué calamidad.

A paso ligero entramos en la misma sala de juntas donde había estado el viernes. Está sentado ya Héctor Planas, con su inconfundible bigote blanco. Parece algo nervioso, su cabello engominado hacia atrás le molesta, pues se pasa la mano por encima continuamente y le sudan las manos. En menos de un minuto entra una mujer, no tendrá más de 30 años, menuda, con el cabello rubio corto hasta los hombros.

Su vestido floreado me llama la atención, es una monada. Es un *Marc Jacobs*, temporada de primavera del año pasado, estoy segura de ello. Atractiva, con unos grandes ojos color miel y los pómulos alzados. ¿Se pondrá *botox*? Madre mía, lleva un bolso de *Prada* rosa bebé monísimo. Se sienta a mi lado y no puedo evitar comentárselo, es superior a mis fuerzas.

—Lleva un bolso ideal —digo en un susurro.

Me mira sorprendida, parece confundida.

—Gracias, me gusta que mi abogada tenga gustos parecidos a los míos.

Técnicamente yo no soy su abogada, y en realidad los demás tampoco porque, siendo realistas, representamos al marido de su difunta madre, pero prefiero no discutir así que me callo.

—Señorita Moreno, primero de todo sentimos su pérdida.

El socio, Héctor, es quien llevaba la batuta en esta entrevista.

—Gracias, muy amables.

—Vamos a empezar con lo que hizo el día en que se cometió el crimen.

—Verá, me levanté hacia las diez y me fui al gimnasio, como cada mañana. Hice dos clases, una de *body pump* y la otra de zumba. Siempre hay que hacer un poco de cardio.

—Yo hago kick-boxing.

Leches, tendría que haber cerrado la boca. Ahora todos me miran raro, como para no hacerlo.

—Oh, me han dicho que hace un culo estupendo. ¿Y es divertido?

—Es genial. —Al menos Rita Moreno junior me entiende.

—¿Y después? —incide Héctor.

—Luego me fui a comer con Elena y Cat. Por la tarde me pasé por el despacho, estábamos haciendo un anuncio y necesitaban mi aprobación. Luego cené con unos amigos que habían venido de Londres y estuvimos hasta las tantas tomando copas en *Ajoblanco*, un sitio de la calle Tuset. Llegué a casa más o menos a las cinco de la madrugada. Oigan, esto ya se lo conté a la policía. Yo quiero saber quién mató a mi madre. Por teléfono me han dicho que mi padrastro tiene coartada, entonces, ¿quién ha sido? ¿Y por qué?

En su defensa diré que realmente parece afectada.

—Hemos estado indagando sobre la situación económica, en principio todo parece en orden y el móvil no parece ser el dinero —interviene Alejandro. Abro los ojos y le hago un gesto para llamar su atención. Tengo el maldito testamento de la Sra. Moreno dentro de mi bolso, así que lo saco enseguida—. Aunque puede que hayamos encontrado algo —añade al verme, y me cede la palabra.

—Su madre dejó un testamento antes de morir. Lo hizo justo un mes antes de ser asesinada. Los beneficiarios son, básicamente, usted y un tal José Ramírez. ¿Sabe quién es?

—¿José? No es posible. —Le cedo la copia del testamento ante su incredulidad—. No puede ser —repite.

—Disculpe, ¿quién es ese tal José?

Héctor se nota que está algo perdido, en realidad todos lo estamos bastante.

—¡Es mi novio! Exnovio, ahora. Disculpen, pero tengo que realizar una ruptura. Y tú, chica *Prada*, estás contratada —dicho esto, sale del despacho casi corriendo, dejándome patidifusa.

A mí y al resto de la mesa, por lo que puedo notar en sus miradas incipientes.

Ante esta nueva información, Héctor y otros abogados empiezan a analizar el testamento y a hacer llamadas. Yo solo los observo, sin saber muy bien qué hacer. Alejandro entonces me coge del brazo y me lleva a su despacho. No me esperaba tal reacción. Dios, creo que va a regañarme, porque cierra la puerta y se acerca con actitud seria.

—Bambi, eres terrible. —Estoy esperando una mala reacción, pero entonces allí está su sonrisa—. Te doy el resto de la tarde libre. Has hecho un muy buen trabajo.

—¿Gracias? —Raro. De reojo, veo que encima de su mesa hay una copia exacta del testamento—. Oye, tú ya lo tenías. ¿Has hecho el paripé?

—No, pero estaba investigando por mí mismo quien era ese tal José. Aunque ahora ya lo sé. Sospecho que era algo más que el novio de su hija para la Sra. Moreno.

—¿Su amante? Qué fuerte, esto es mejor que un culebrón Madre mía, y a mí que no me gustaba penal. Si es lo mejor que existe en derecho.

—Cómo te gustan estas cosas. Ahora lárgate antes de que te esclavice y te ponga a revisar informes.

Me lo quedo mirando unos instantes, perspicazmente. Es un idiota, pero un idiota legal.

—No sé si te lo había dicho ya, pero me gusta trabajar contigo.

Soy consciente del momento de debilidad que estoy viviendo, pero

he de decírselo.

—Entonces, ¿me dirás el apodo que me habéis puesto tú y tu amiga?

No puedo evitar ponerme algo colorada. Dios mío, ni hablar. Míster Pornoascensor, ni hablar.

—Nunca te lo diré —admito.

—Entonces es mejor de lo que pensaba. Algún día vas a confesármelo, Bambi.

Salgo de su despacho antes de que la cosa pase a mayores. Porque, conociéndome, pasaría.



De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

08:00h

Asunto: Clientes

Querida señorita Fortuny, ¿pretende robarme a mis clientes una vez acabe la carrera? Sepa que no lo permitiré, y que antes pondré todo mi empeño en contratarla.

Suyo,

Alejandro.

Enviado desde mi Iphone

Salir del gimnasio por la mañana y de camino a casa leer un email de Alejandro, realmente, te alegra el día. No debería, pero lo hace.

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

08:05h

Asunto: Desconcierto absoluto

Querido señor Blanc, no sé de donde ha sacado esa idea tan absurda. Si quisiera robarle los clientes tendría que montar un bufete del que carezco y que no tengo ninguna intención de abrir en un futuro. También quiero aclararle que no estoy interesada en su oferta de trabajo, pero gracias.

Rotundamente NO suya,

Carla.

Enviado desde mi Iphone.

Creo que la gente piensa que soy algo lela, yendo por la calle y riéndome como una boba. «Tierra llamando a Carla», me digo, esto no puede seguir así. Lo de los mails se está volviendo una mala costumbre.

No voy a negar que sus conversaciones son demasiado interesantes como para no estar disfrutando, me gusta que alguien con un nivel cultural parecido al mío interactúe conmigo de una forma u otra, eso estimula mi cerebro y lo hace entretenido. Lo que no me gusta tanto es que a la vez estimule otro tipo de atracción hacia mí, quizás esto es lo que en realidad temo, que una persona despierte en mí este tipo de sensaciones, que me guste no de una forma meramente sexual —si así fuera todo se resolvería con un polvo—, sino intelectual. Sé que en algún momento todo me pasará factura, pero como he dicho, estoy disfrutando demasiado.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

08:10h

Asunto: Oferta laboral

Me gustaría saber qué es lo que no le gusta de un sitio tan respetado y con tan buenos juristas como mi bufete. ¿No estará pecando de orgullosa y se le habrán subido los humos por haber estado brillante ayer? Creo que aún tengo muchas cosas que enseñarle en ámbitos muy variados.

PD: El rotundamente no tiene efecto para mí, pronto lo seré. Mi mayor virtud es la persistencia, Carla.

Alejandro.

Enviado desde mi Iphone

Me está provocando, y yo me estoy dejando provocar. No soy de piedra, por si no había quedado transparente en todos los episodios que han ocurrido en los ascensores. Pero Alejandro Blanc sabe dónde apretar el botón exacto para hacerme exasperar. *Mea culpa* por no cerrar la maldita boca cuando debo.

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

08:15h

Asunto: Acoso laboral

La respuesta es demasiado obvia, no creo que la política del bufete sea tan "amistosa", hasta el punto de instar a los abogados a besarse en los ascensores. Si, por cualquier causa, quisiera incorporarme en su bufete, dichos episodios deberían parar. Estoy segura de que dadas las circunstancias ya no está tan interesado en mi contratación. Y no, mi brillante actuación de hoy no se me ha subido a la cabeza, soy consciente de mis limitaciones al igual que de mis capacidades.

PD: Será usted persistente, pero yo soy tauro y por si carece de conocimientos sobre el horóscopo, son las personas más tozudas que existen.

Carla.

Enviado desde mi Iphone

Puede que me haya pasado.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

08:20h

Asunto: Reglamento interno

Me temo que el ascensor no está en los límites del "despacho" por lo que, en este caso, no viene a cuento su propuesta para eliminar dichos episodios. De todas maneras, no quisiera manchar su impoluta reputación y quedará en nuestra estricta confianza en el supuesto de que quisiera trabajar aquí. De todas formas, sin herir su orgullo, no trabajaría conmigo hasta que estuviera

a la altura, por supuesto.

PD: Teniendo en cuenta que yo también soy de ese mismo signo del zodiaco (tauro), como le he dicho, la persistencia está asegurada.

PD2: Ahora deje de enviarme mails provocadores y céntrese en sus clases.

Alejandro.

Enviado desde mi Iphone

¿Acaba de poner mails provocadores? ¿Yo le estoy enviando emails provocadores? Menudo caradura. Son completamente profesionales. Lo serían si el contenido fuera profesional, por supuesto.

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

08:25h

Asunto: Descaro absoluto

Debo decirle que esta mañana no tengo ninguna clase y que acabo de salir del gimnasio, por lo que estoy en plena libertad para hacer lo que me dé la gana. Aun estando en clase, sería usted el culpable de hacerme desatender, pues ha sido usted el primero en enviarme cierto mail.

Aclarado el primer punto, vayamos a su PD2; déjeme decirle que es usted el hombre con más descaro que he conocido. ¿Provocadores? No hay nada de provocación en mis letras a diferencia de en las tuyas. Créame, lo sabría si yo le estuviera provocando, pero no voy a hacerlo.

PD: Atienda usted a sus clientes y deje de flirtear conmigo.

Enviado desde mi Iphone

No me contesta. Han pasado los 5 minutos de rigor y no lo ha hecho. Tampoco durante los 10 siguientes, ni los 20. Cómo si me importase. Mentira, me importa, no, en realidad, me molesta. Cabría la posibilidad de que se hubiese tomado demasiado en serio mis palabras, o que en realidad estuviese preocupado. Intento no pensar en ello hasta que llego a casa. Total, en unos minutos voy a verlo, no es que le eche de menos ni nada, ¿eh?

Me siento estúpida al llegar al despacho y ver que no está. Me había dejado trabajo, tenía un juicio en Bilbao y estaría allí el resto de la semana. Mi yo serio piensa que es mejor, así no estará distrayéndome, pero mi yo loco y masoquista quiere que esté aquí.

A veces pienso que soy bipolar, y que un día me levantaré con

varias personalidades múltiples. Espero que no sean agresivas, y no acabar como el de la peli de *Múltiple*, secuestrando a gente y cambiando de persona cada día. Por suerte Caye me anima para que vayamos a cenar fuera, en el *Vintage*, situado en la calle Aribau.

—¿Sabes lo que más odio de mi hermano? Que no tiene que dar explicaciones, se va el mes que viene a Tailandia y nada. Yo quiero irme a Riviera Maya y ya me preguntan vida y milagros. ¿Crees que es justo?

—Ni por asomo. Al menos tus padres se preocupan, los míos hace una semana que no me llaman.

Mis padres son esa especie de pareja que dura toda la vida y no sabes exactamente por qué. Son totalmente polos opuestos; papá es responsable y estudioso, mientras que mamá es alocada y bohemia. Se conocieron en el primer juzgado donde lo destinaron, en un juicio. Mamá había demandado a un periódico local porque le habían robado los cuentos que ella había enviado y los habían publicado sin su consentimiento y sin pagarle nada. Después de eso se casaron y me tuvieron a mí. Ahora supongo que ya os imaginaréis el porqué de mis enormes contradicciones, en mí conviven dos caracteres verdaderamente opuestos, aunque siempre acabe ganando mi yo alocado.

—¿Tu madre no estaba a punto de publicar otra novela? Sabes que la adoro, quiero verla.

—Sí, la están editando.

Sus novelas son románticas, al menos su gran mayoría. De pequeña me chiflaba leerlas, hasta que me dijo que siempre se inspiraba en mi padre para describir al protagonista. Creedme, cuando tienes esa imagen en la cabeza es imposible disfrutarla.

—McHottie ha cambiado de táctica, ahora está en plan conquista romántica. He llegado y en la mesa tenía un ramo de margaritas.

—¿Margaritas? —Hago una mueca—. No entiendo el significado.

—Yo tampoco, pero ya sabes como me pongo con las flores y la alergia, así que se las he dado a la recepcionista.

—¿Seguro que ha sido él?

—En la tarjeta ponía sus iniciales. Mañana me encontraré una caja de bombones y el próximo día me pedirá una cita.

—Vale, ¿y tu plan?

—Seré encantadora, va a enamorarse de mi y luego adiós muy buenas. Ya es hora de que alguien le dé una lección.

No se qué tiene en mente aparte de lo que me dijo, pero su mirada de “voy a hacer maldades” me preocupa.

—¿Sabes qué? No necesitamos a ningún hombre en nuestras vidas. Que le den a McHottie y a *Pornoascensor*. —Alzo mi copa de vino.

—Así se habla —responde ella alzando la suya.



Es un gin-tonic. Puedo oler la fragancia de la lima que desprende, ese sabor me está llamando y bebo. Hacía mucho que no bebía ese néctar de los dioses. Aquí estoy, en una fiesta, bebiendo y sintiendo cosas, algo que había jurado no volver a hacer. ¿Qué cómo he acabado aquí, con mi vestido negro de gata salvaje, unos tacones de quince centímetros de *Jimmy Choo*, bailando como si no hubiese un mañana? La culpa es de Alejandro Blanc, como siempre. En realidad, esta vez es compartida con mi querida mejor amiga, Cayetana Dantés.

Esa misma tarde de viernes había salido del despacho algo

amargada, primero porque no es lo mismo trabajar con alguien que sola, y segundo porque buscar información contable de José Ramírez cuando ese hombre parece ser que no existía, empezaba a ser muy irritante.

— ¿Eres Carla?

Un chico se asomó por el despacho, el de Alejandro, que yo había invadido durante estos días que estaba ausente. Parecía solo un poco más joven que yo, menudo y pelirrojo.

— Sí, soy yo. ¿Pasa algo?

— No, solo tengo que entregarte esto. Es la invitación a una fiesta, suelen celebrarla antes de verano un grupo de bufetes de la ciudad — dijo entregándome un sobre blanco con mi nombre.

— Vaya, gracias.

— Nos veremos allí — dijo, y se fue tan rápido como había entrado.

Abrí el sobre, era una invitación formal, la etiqueta era de cóctel y podías llevar acompañante.

Algo cansada volví a casa, donde Caye se subía por las paredes. Estaba sentada en el sofá, viendo *Notting Hill*, la película que probablemente hizo que yo creyera en el amor antes de sufrir mi gran desengaño. En serio, no hay nada mejor que la declaración que le hace Julia Roberts: «Solo soy una chica, delante de un chico pidiendo que la quiera». ¿Quién no adora ese momento? Al parecer, Caye, que maldecía sin piedad.

— ¿No estarás así por Clooney?

— No. Sí. Tiene una cita esta noche con una abogada del departamento de laboral. — Le dolió reconocerlo—. Pero tengo que ir a esa fiesta.

— ¿A qué fiesta te refieres? — me dirigí a Caye.

—A una a la que no me han invitado... ¡y a ti sí! —exclamó viendo el sobre que tenía en la mano—. Perfecto, así no tendré que pedir ningún favor a Pol del bufete, casi tengo que pasar el mocho cada vez que paso por delante de su despacho.

—Pero Caye, yo no quiero ir —me quejé.

—Me da igual.

Tener amigas para esto. Entonces me llegó un email.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

20:15h

Asunto: Invitación

¿Le ha llegado la invitación a la fiesta?

Alejandro.

Había estado tres días enteros sin decirme nada, y ahora eso. No iba a quedarme atrás, por supuesto, en el fondo quería verle. ¿Masoquismo? Puede, pero no iba a auto-psicoanalizarme.

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

20:17h

Asunto: Recibida

*Me ha llegado. Supongo que le veré allí.
Carla.*

Decidí ser breve pero concisa.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

20:19h

Asunto: Ausencia

*No quiero romperle el corazón, pero no es probable que acuda.
Alejandro.*

Aquel hombre era exasperante, ¿para qué me escribía si no iba a venir?

Por supuesto, no le preguntaría el porqué.

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

20:21h

Asunto: Ausencia

*Entonces nos veremos el lunes, que pase un buen fin de semana.
Carla.*

Si algo no pensaba hacer, era insistir. ¿Qué no venía? Pues de acuerdo, que le fuese bien.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

20:25h

Asunto: Dilema moral

¿Debería preocuparme?

Suyo,

Alejandro.

Su mail me desconcertó un poco. Si se refería a que yo acudiría a aquella estúpida fiesta mientras él tenía muy claro que no, no acababa de cogerlo. Me acabé de maquillar; rímel en las pestañas y un toque ahumado en los ojos, con una base ligera con polvos bronceadores y el Diva de Mac, un tono oscuro color vino que me chiflaba. Me había puesto el vestido homicida, tal y como lo llamaba Caye, y ella llevaba el suyo, por supuesto.

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

20:30h

Asunto: ¿?

¿A qué se refiere?

Sigo sin ser suya,

Carla.

Que le quedase claro que Carla Fortuny podía ser divertida cuando quería.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

20:35h

Asunto: Aclaración

Por no acompañarla a la fiesta, señorita. De hecho, puede que me pase para ver si todo anda bien. Al fin y al cabo, soy un caballero y usted una dama, no puede andar sola sin protección.

Alejandro.

Indiferencia.

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

20:40h

Asunto: Tonterías

No necesito la protección de nadie, y menos de usted. De hecho, me iría bien tener a un gorila conmigo en el ascensor. Y si quiere venir, hágalo, es un país libre.

Carla.

Por supuesto que quería que acudiera, pero no iba a darle el gusto de decírselo. Si quería venir que lo hiciera bajo su propio pie y responsabilidad, sin excusas tontas de damas en apuros.

Y así es como he terminado aquí, en una fiesta en el hotel W en la última planta, con vistas al mar y sin saber muy bien qué hacer. Cayetana también está bebiendo, observando cómo McHottie flirtea con dos abogadas de su edad, una de ellas al parecer, su cita.

—¿Crees que son guapas? —me pregunta en voz baja.

La miro de arriba abajo después de hacerme esa absurda pregunta. El vestido homicida negro y ceñido le marca sus curvas de rally, dejando al aire las piernas que tiene de Alessandra Ambrosio, y con un escote de infarto, además que su cabello ondulado rubio ceniza hace que sus facciones destaquen siendo completamente perfectas y sus ojos color miel brillen.

—Por favor. Si fuera lesbiana, sabes que estaría enamorada de ti.

Con esa respuesta parece haber recuperado su confianza.

Mi móvil vibra, y cómo no, es el mensaje que había estado

esperando todos los días desde el maldito *after work*.

Eric: ¿Te diviertes sin mi pequeña?

Inspiro y expiro.

Carla: Hola Eric, cuánto tiempo.

Eric: Voy a tener que ir a cuidarte, no puedo dejarte sola tanto tiempo, te desmadras...

No le contesto, sería peor. Dios mío, hace demasiado desde la última vez y no sé si voy a poder soportarlo. Me había reconstruido pedazo a pedazo y no sé si tengo fuerzas para hacerlo de nuevo. Pero esta noche no quiero pensar en ello. Esta noche voy a divertirme, sí señor, y Eric no podrá impedírmelo.

Cuando voy a por la segunda copa, observo cómo Alejandro aparece entre la multitud, con unos pantalones azul marino y una americana del mismo color y la camisa blanca. Si de traje está guapo, vestido así es como un modelo salido de un anuncio de perfumes.

—Madre mía, Bambi, ¿por qué estás tan eufórica? No será por mi humilde presencia —dice al verme.

—Me gustan los gin-tonics —contesto intentando no prestarle demasiada atención.

—Suerte que he venido, no habrías aguantado mucho.

—¿Cómo? —No entiendo a qué se refiere.

—Con este vestido eres un caramelo, y todos los tíos son niños de cinco años —responde—. ¿Ese con quien está hablando tu amiga es Clooney?

—Ajá.

Marc McHeather es el típico guaperas pelirrojo de ojos claros con barba corta, cabello algo ondulado que lo hace parecer más joven de lo que es, y con una nariz recta con personalidad.

Nos acercamos a ellos y la cara de mi amiga cambia radicalmente a «oh dios mío no digas nada fuera de lugar», como si yo fuese igual que ella. Espera, sí que lo soy. McHottie se percata de mi presencia. Puedo cobrarle una bonita vendetta, pero no lo hago, Caye es mucho más rencorosa que yo.

—¿Eres la amiga de Caye? La que está aún más loca, pero lo disimula mejor —aclara, como si Caye tuviese más amigas locas que yo.

Menuda presentación. Tomo otro trago para ver si llego a desvanecerme, pero no pasa nada.

—La misma. Soy Carla —digo dándole dos besos.

A cámara lenta, veo cómo él y Alejandro se saludan muy amigablemente. Recuerdo que se conocían, lo dijo en el restaurante. Y vuelve a dirigirse a mí.

—¡Eres Bambi! —exclama de golpe, y a mí casi me da un patatús—. El mundo es un puto pañuelo —se dirige a Alejandro—. ¿Cómo estás, tío?

¿Por qué soy conocida por ese maldito apodo? Esto es demasiado.

—¿Os conocéis? —Caye empalidece, recordando todo lo que le dijo a Alejandro en el *after work*.

—Somos amigos de la universidad —aclara McHottie.

Ya no sé como llamarlo, si Clooney o McHottie. En este momento mi amiga y yo nos miramos alucinadas, y nos terminamos la copa de un trago.

—¿Otra? —pregunta en un susurro, mientras ellos dos hablan sobre gente que no conocemos, entre otras cosas.

—Por favor, ya.

Nos dirigimos directas a la barra, aún en estado de shock.

—Esto es una locura. ¿Por qué tienen que ser amigos? —me quejo a la providencia.

—No lo sé.

—¿Está sonando nuestra canción?

Lo es, así que nos vamos directas a la pista de baile con Caye.

Me encanta. *Ain't no mountain high enough* es un clásico que nos poníamos de pequeñas, y tenemos coreografía incluida. Supongo que nos creíamos algo así como Jennifer López cuando parecíamos más dos patos mareados, pero nos daba igual. Cuando termina la canción, me termino mi ¿cuarto, quinto? Gin-tonic y empiezo a notar los efectos del alcohol. Entonces unas manos me agarran por la cintura y me hacen girar sobre mí misma.

—¿Me concedes este baile? —pregunta Alejandro cuando prácticamente ya estamos bailando.

—Depende. ¿Cómo se llama la película de Marlon Brandon cuyo personaje odia a la hermana de su mujer?

—*Un tranvía llamado deseo*. ¿Y la de Bette Davis que interpreta a una mujer mayor inválida que odia a su hermana?

—*Qué fue de Baby Jane*. ¿Tienes hermanos? —Quizá sucumbir a la tentación no sea tan malo.

—Soy hijo único. Por eso leía tantos libros y veía tantas películas. Supongo que como tú —adivina—. ¿Qué quieres de la vida, Carla?

Está sonando *Say something* y me agarra con fuerza.

—De la vida... no lo sé. Ser libre, supongo. Todos tenemos

obligaciones, jaulas. No físicas, pero sí que están en nuestras cabezas.

Su mano en mi cintura hace que me estremezca de placer. Me hace vibrar, sacudirme y sentir eso tan anhelado y tan profundo.

—No deberías tenerlas. Lo tienes todo, puedes conseguir lo que te propongas.

Su visión de mí es tan cándida que me enternece.

Su olor me embriaga y el corazón empieza a latirme con fuerza. Estamos cada vez más cerca, tanto que también puedo percibir sus latidos constantes y enérgicos. La intensidad de su mirada me pone la piel de gallina, o puede que sea su contacto, o yo que sé.

¿Alguna vez os ha pasado que, de golpe y porrazo, os dais cuenta de que la vida ya no sería la misma sin una persona? Pues a mí me pasa algo parecido, en este momento. Yo no sería la misma si él no hubiese llegado.

No quiero que termine, no quiero despegarme de él, de sentir su calor corporal...

Oh dios mío, no puede ser. No puedo quererle, no de esa manera. Una cosa es la atracción física y otra muy distinta tener sentimientos por una persona, por él concretamente. Y lo veo, él aprieta sus labios con sutileza, y luego expira con profundidad, como si estuviese pensando demasiado y se hubiese olvidado de sacar el aire que había acorralado en los pulmones.

—Joder. —Esa es la palabra que me sale después de darme cuenta de que estoy hasta las trancas por él.

—Eres demasiado guapa, Carla Fortuny —dice, antes de soltarme cuando acaba la canción y desaparecer de mi campo de visión.

¿Qué significa eso?

No tiene ningún sentido, ninguno. Sin pensármelo dos veces, voy

hasta la barra y me pido otra copa. Voy a darme a la bebida hasta que se me pase este estúpido enamoramiento y venga Eric para llevarme hasta el mismísimo infierno.

Mando a la mierda a dos hombres que empiezan a hablarme y me levanto con el firme propósito de irme. Estoy algo mareada así que pierdo el equilibrio. Sé que voy a encontrarme con el suelo, pero no. En vez del frío pavimento, aterrizo en los brazos de Alejandro.

— ¿De dónde has salido? — digo con voz gangosa.

— Te tengo, Bambi. ¿Cuántas copas llevas? — pregunta divertido.

— Seis — respondo mostrándole el número cinco.

— Te llevo a casa. ¿Dónde vives?

— En Narnia. Oh, no, mejor en Rohan. — Vale, citar a ciudades del Señor de los Anillos no es bueno—. Antes tengo que ir al servicio.

Me deja en la puerta porque, evidentemente, no puede pasar conmigo. Estoy demasiado mareada, así que vomito. Salgo del baño y en la pica me enjuago la boca y repaso el maquillaje con el pulso de una niña de diez años. El resultado no es el esperado así que, cogiendo papel de váter, me lo saco todo.

Al salir veo que me está esperando. Qué guapo está, madre del amor hermoso. Y entonces me desmayo.

Abro los ojos al notar luz, y también cómo unos brazos me están sujetando, literalmente. Esos mismos brazos abren una puerta y entramos. Me baja al despertarme, tocando los pies en el suelo.

— Es tu casa — logro decir, aunque es una pregunta no pongo la entonación correcta.

El mareo que llevo es elevado.

— Así es, hogar dulce hogar. Puedes dormir en el cuarto de invitados. — Entra en una de las habitaciones y vuelve hasta donde yo

estoy—. Toma. —Me alarga una camiseta blanca, grande. Supongo que suya.

El alcohol libera mi yo libidinoso y salvaje, así que no cojo la camiseta y tampoco entro en la habitación que me ha señalado. En vez de eso, me doy la vuelta.

—¿Podrías... la cremallera? No llego — Señalo mi espalda.

Sus ojos se oscurecen al oírme decir eso, pero no se mueve. Doy unos pasos hacia delante en la habitación donde había entrado él con anterioridad. Por la decoración masculina y por los objetos personales, deduzco que es la de Alejandro. Él me sigue, oigo sus pasos detrás.

—Esta no es la habitación de invitados —me comunica, como si yo no lo supiera.

Me muerdo el labio, esperando que su mano se pose en mi espalda para desabrochar la cremallera y quitarme el maldito vestido.

Y lo hace, rozándome la piel de la espalda cuando empieza a descender la cremallera. Su tacto me quema, empezando a desatarme. Deposita un suave beso detrás del cuello, la piel se me eriza. Me bajo el vestido yo misma, que cae al suelo y lo aparto con los tacones. Puedo oír su respiración entrecortada, y me doy la vuelta para tenerlo de frente.

Termino de quitarme el sujetador y, por supuesto, el tanga. Nunca he sido muy pudorosa, y borracha menos aún.

—¿Qué? —digo al ver que no reacciona.

—Estás desnuda en mi habitación, Bambi. —Su voz se vuelve más grave, más oscura, más provocativa, si es que eso es posible.

—No lo estoy, llevo zapatos.

Se acerca hasta que sus labios se encuentran en las comisuras de los míos. Cierro los ojos porque quiero besarlos, quiero que sus manos

recorran todo mi cuerpo, notar su cuerpo junto al mío. Su aliento me embriaga y lo sujeto por la nuca. Él salva la distancia que hay y se pega con suavidad. Los mueve poco a poco, notando como pasa la mano derecha por mi espalda desnuda, hasta llegar a mi trasero.

Siento que tengo que hacer algo con mis manos, así que empiezo a desabrochar los mil botones que tiene su camisa, hasta que por fin llego al último y se la puedo quitar. No sé qué leches hace con la lengua que no puedo describir y jadeo, estoy volviéndome loca, necesito que apague esa necesidad. Su beso se vuelve más profundo, más hambriento, descubriendo todos y cada uno de los rincones de mi cavidad, estrujando mis labios. Puedo ver la excitación en sus ojos, que se han vuelto de un verde oscuro y me miran con deseo.

Me pego a él, a su cuerpo, apreciando cómo sus músculos se tensan. Deslizo mis manos hasta llegar al botón de sus pantalones azul marino, y se los desabrocho con impaciencia. Los gemidos, caricias y besos me hacen estremecer de placer y al notar su mano encima de mi vientre, me preparo para que baje. Eso hace, deslizándose hasta mi hendidura y recorriéndola dándome placer.

Completamente húmeda estoy. Desde que lo he visto entrar en la fiesta. Dejo que mi lengua recorra su cuello, y él se estremece, hasta la mandíbula. Al empezar a acariciarme el clítoris con el dedo, echo el cuello hacia atrás y suspiro. Leches, no puedo creer que esté pasando.

Abro la boca para decir algo, pero uno de sus besos de tornillo me calla. Entonces va guiándome por la oscuridad, con suavidad hacia donde está situada la cama, sin dejar de besarme, y yo dejo que me recueste en ella. Él hace lo mismo, a mi lado. Me acaricia el cabello lacio y me besa la frente. Yo bajo mi mano hasta sus calzoncillos, pero me detiene.

—No quiero hacer nada de lo que te arrepientas, Bambi. Vamos, duerme.

Estoy demasiado débil y borracha para protestar. Sí, me está dejando a dos velas con el calentón. Enseguida me duermo entre sus brazos.



La resaca que tengo esta mañana es monumental. Me doy cuenta cuando tomo conciencia de que estoy viva y en una cama ajena. El dolor de cabeza es agudo y persistente. Entonces al sentir un escalofrío, me doy cuenta de que debajo de las sábanas no me cubre más que... nada, y que un cuerpo extraño está a mi lado.

Oh, no, no. Haz memoria Carla. Alejandro... sí, ya recuerdo, me llevó a su casa, me desnudé, le desnudé... cómo me gustaban sus caricias... y no, no pasó nada.

Recuerdo sus palabras y la frustración que me produjeron. Leches, estoy en su casa, en su cama. Si ahora se despertase, ¿me haría el desayuno? ¿Estaría tan encantador con el pijama igual que sin ropa? ¿Tendría la voluntad suficiente para no terminar lo que empezamos anoche? No, definitivamente esto último no.

Tengo que salir de aquí lo mas rápido que pueda, y en silencio.

Poco a poco me deslizo hasta el extremo de la cama y salgo intentando moverme lo menos posible. Me arrastro por el suelo hasta llegar a donde dejé la ropa interior, el vestido, los zapatos y el bolso. Con la destreza de un Jedi y la elasticidad de un gato logro vestirme en silencio. *Done, baby, done.*

Doy un último vistazo hacia Alejandro que sigue durmiendo profundamente. Adorable, me veo tentada de darle un beso, pero no,

le despertaría, porque la vida real no es como en las películas que pasa un huracán y la gente no se despierta, y entonces metería la pata hasta el fondo.

Que a mi me guste hasta tal extremo no quiere decir que sea recíproco. Vamos, es el juego más divertido del mundo, le encanta intentar seducirme, hasta que lo consiga y entonces adiós muy buenas.

Estoy jodida en extremo. Al salir de su casa me doy cuenta de que vive tan solo a tres calles de mí, así que camino hasta mi casa sin prisa alguna. Por lo visto, Caye tampoco ha dormido aquí. ¿Dónde se ha metido? Esto no pasaba desde los primeros años de universidad.

Tengo una llamada entrante de ella.

— ¿Dónde estás? Necesito que me vengas a buscar ahora mismo.

Cayetana, por el timbre de su voz, noto que está algo nerviosa.

— Ahora mismo voy. ¿Ropa y gafas de sol?

— Por favor.

Me pongo unos vaqueros con una camiseta con el lema *Bad girl bad habits* —nunca mejor dicho— y unas cangrejeras marrones claras, me lavo la cara y los dientes y me dispongo a buscar a Caye a la dirección que acaba de mandarme. Enseguida la localizo, debajo de un árbol haciendo ver que habla por teléfono. Al ver el coche sube corriendo.

— Tengo una resaca monumental —dice hablando flojo.

— Menudas ojeras. Toma, te he cogido unos vaqueros, una camiseta y los botines. Y por supuesto, las gafas.

Sus gafas de sol tamaño XXL, parecidas a las mías, son las gafas de sol imprescindibles ante resacas inminentes. Nos las solíamos poner cuando el sábado salíamos a desayunar para apaciguar la maldita resaca de la noche anterior. Yo hacía mucho tiempo que no las usaba, y Cayetana creo que también. Se cambia de ropa en el asiento trasero

del coche con facilidad, tiene práctica.

—¿Le *cinq*? —Es una cafetería cercana. Me encanta porque tiene una pequeña terraza con cinco mesas medio escondidas.

—Perfecto. Ya sabes lo que dicen, noches de desenfreno... —me pide.

Le doy una pastilla de ibuprofeno. Nos sentamos fuera, en una de las mesas para que nos toque el aire. Pedimos cruasanes y bocadillos y mucho café y agua, necesito hidratarme.

—Hacia años que no bebía tanto —confieso.

Había olvidado sus consecuencias, y no son agradables.

—Yo igual. Es que fue tan surrealista la noche, cada vez iba peor. Y esta mañana, cuando me he levantado en la cama con McHottie, casi me da algo.

—A mí también. Caye, esto es una mierda. ¿Por qué tiene que ser tan perfecto y yo tan débil? No puedo hacer esto.

Con las gafas no veo qué cara pone, pero puedo imaginármela, y es de circunstancias porque me conozco sus gestos de memoria. Desde que sé que me gusta Alejandro con mayúsculas, siento que mi yo histérico ha ido en aumento.

—Esto ya lo sabía yo. Pero es que es tu tipo al cien por cien. Algo descarado, con labia, inteligente, ojos verdes... tu prototipo desde que teníamos cinco años y dibujabas así a tu príncipe azul.

—Los príncipes azules no existen, créeme, *Disney* ha hecho mucho daño. No lo sé. No quiero empezar algo que no llegue a ningún sitio, enamorarme y luego adiós muy buenas.

—Hombre, le he visto mirarte y le gustas, eso está muy claro. ¿Te acuerdas de algo de lo de ayer?

—Me acuerdo de todo, y no pasó nada. —Suspiro aliviada—. Me

dijo literalmente que no quería que hiciese algo que luego pudiera lamentar. ¿Qué significa eso?

—Pues que ibas como una cuba, eso significa. Ahí lo tienes, cariño. Si jugara contigo no lo habría dudado, pero eso demuestra que no lo hace. ¿Lo besaste?

—Hice más que eso. Me quedé desnuda —confieso avergonzada.

—¿Y aun así te dijo eso? Oye, ¿por qué no me habré cruzado con él antes yo que tú? Es el prototipo de hombre ideal. Algún defecto tiene que tener.

Me quedo pensando en lo que acaba de decir Caye. Pero me cuesta sangre, sudor y lágrimas, confiar en la gente y esta vez no será una excepción.

—¿Y tú? McHottie reconozco que tiene un buen polvo, pero es un maldito encantador de serpientes.

—Oh, me quedé frita en su coche así que imagínate. Al menos tuvo la decencia de llevarme hasta una cama y quitarme los zapatos. Esta mañana he salido corriendo antes de que despertara. De todas maneras, ha sido divertido y todo eso, pero no creo que vaya más allá.

—¿Y eso? —respondo haciendo una mueca.

Mi amiga solo se rinde cuando un chico le aburre o no le interesa.

—Solo quiere ganar. Y ganar implica caer en sus redes, y yo solo caeré si me gusta de verdad. La palabra *playboy* la inventaron para referirse a él. Así que no, he terminado con este juego.

Así es como solemos hacer nuestros particulares desayunos en *Tiffany's*, solo que nos cambiamos de ropa y no vamos a *Tiffany's* sino a una cafetería. Aun así, la esencia de Audrey con las gafas de sol sigue intacta.

Algo que pienso, y que no le he dicho a mi amiga, es que tengo

otro gran problema de nombre Eric. Por supuesto que ella no tiene ni idea de la relación tormentosa que me unía a él. Solo lo básico, que nos conocemos desde que somos pequeños, que jugaba en su piscina todos los veranos y que sus padres y los míos son muy amigos. Que ha sido mi amor platónico desde siempre, que es mayor, y que por esa razón siempre me ha tratado como a una hermana pequeña.

Pero no podía romper lazos así como así, primero porque no teníamos una relación y segundo, porque al menos dos veces al año, por compromisos familiares, me lo cruzo. Aunque ahora todo será distinto, porque ahora ya no estoy enamorada de él, o eso deseo.



Alejandro: ¿Estás haciendo algo?

Carla: Nada importante. ¿Tú?

Alejandro: Voy a ver una película y a cenar pizza. ¿Quieres venir?

Carla: Vale, pero no te hagas ilusiones.

Alejandro: No me atrevería. Anda, baja la calle que la pizza se enfría.

¿Cómo leches sabe dónde vivo? Supongo que también por el currículum. ¿Ir o no ir? Esa es la cuestión. En el fondo me muero por ir, pero si lo hago no respondo de mi yo salvaje.

Carla: Ok.

Puede que al final sí vaya a caer en la tentación, aunque intentaré no hacerlo.

— ¿Adónde vas? — pregunta Caye cuando me levanto del sofá.

—A cenar, ya sabes con quien —respondo.

—No hagas nada que yo no haría —dice.

¿Y qué no haría ella? Porque últimamente me tiene muy confundida.

Lista de cosas que hacer a corto plazo:

1. Llamar a mamá.
2. Buscarle a Caye un dios griego para que se olvide de McHottie.
3. Pensar en mi futuro.

No sé si hago bien en dejarme llevar. Total, solo es ir a cenar y ver una película. En su casa. A solas. Pero no tiene por qué pasar nada, solo tengo que mantener el control.

Alejandro abre la puerta con una camiseta blanca de algodón y un pantalón gris de chándal. Mantengo la compostura pese a que en el fondo estoy babeando.

«¿Dónde tienes el mocho?», pienso.

—Hola, Bambi. ¿Te gusta la pizza de quesos? Pasa.

Así lo hago, camino hasta el interior donde tiene puesta la televisión, enorme, se nota que le gusta el cine porque es como entrar en una sala de museo donde te enseñan el típico vídeo introductorio. Amplio, con un sofá en el centro y una mesilla. Las paredes están llenas de estanterías con películas. Es mi paraíso terrenal.

—Es mi favorita —respondo cogiendo un trozo y llevándomelo a la boca—. Me encanta tu salón.

—Sabía que te gustaría.

Dejo la chaqueta y el bolso en uno de los sillones cercanos al sofá.

—Antes de nada, quería pedirte disculpas por lo de ayer. Hacía

mucho que no bebía y... perdí el control. Nunca pierdo el control, normalmente... —Consciente de que es una contradicción lo que acabo de decir, paro de hablar.

—No es malo, mientras no sea una costumbre. ¿Qué quieres ver?
—responde cambiando de tema.

—¿Tienes *Jeux d'enfants*? Me encanta esa película. —La diviso en una de las estanterías, así que la cojo.

—No es la típica historia, a mi también me gusta
Me la quita de las manos y la pone en el aparato. Nos sentamos en el sofá mordisqueando los respectivos trozos.

—Cuéntame tu historia, Alejandro.

Está bien, no sé por qué he dicho eso, pero quiero saber más cosas de él. Entonces se gira y me observa con sus deliciosos ojos verdes. Si fuese un helado, estaría derretido por el suelo.

—No hay mucho que contar, soy una persona... normal —no lo dice demasiado convencido, con cierta duda en la voz.

—Discrepo, alguien normal no va besando a gente desconocida en el ascensor. En serio, ¿por qué lo hiciste? Es algo que me he estado preguntando.

Su risa me deja ver aquellos dientes tan perfectos. Estoy empezando a sentir los efectos que tiene estar con él más de lo debido.

—A ver, Bambi. Eres bonita, pero no pienses que te besé por eso. Es normal que intentara ligar contigo en el ascensor, lo que no esperé para nada fue tu reacción. —Coge una servilleta y me quita del labio un resto de queso que tengo.

—Mi madre suele decir que tengo la lengua demasiado larga, cuando no me la muerdo —le contesto sin pudor alguno.

—A eso me refiero. ¿Se tiran a tus brazos por tanta originalidad? Es lo que dijiste, y también, pareces exactamente el tipo de chico que muerde y se come a las chicas como yo, o algo parecido.

No puedo evitar sonrojarme al oírlo. ¿Dije eso? Sí, sí lo hice.

—¿Cómo puedes acordarte?

—Entonces lo supe, tenía que hacer algo para que me recordases, para dejarte huella. Si no, te olvidarías de mí o sería el tío del ascensor “poco original”. Ese que en las películas no se queda con la chica.

—¿Y por eso me besaste?

—Es lo mejor que se me ocurrió. Es una historia genial, no puedes negarlo. Algún día alguien escribirá sobre nosotros y harán una película de esto. Podremos contárselo a nuestros hijos. Julia Roberts y Catherine Zeta Jones se pelearán por hacer tu papel.

Entonces lo veo, ese brillo en la mirada. No está jugando conmigo, cosa que sería bastante alentadora si no fuera porque el problema soy yo. ¿Y si Eric viene y yo vuelvo a sus brazos como todas las demás veces?

—No sé si ha sido una buena idea venir —confieso de golpe, después de un silencio que me ha parecido eterno.

Él me mira confundido y me coge de la mano.

—¿Qué te pasó para que estés tan aterrada? Estamos aquí, charlando, y algo pasa por tu cabeza, alertándote.

Es una pregunta a la cual me gustaría responder, pero no puedo.

—Confiar en la persona equivocada —logro decir con un hilo de voz.

Parece relajarse, a saber lo que se habría imaginado.

—Soy de aquellos a los que llaman ilusos, y no voy a parar hasta que confíes en mí, igual que no he parado de perseguirte desde que te

conocí. ¿Soy un pesado? Sí, puede que sí. —Eso me arranca una sonrisa—. Supongo que soy producto de las películas *Disney*.

¿Es posible que tenga delante al único espécimen de chico perfecto que queda? Al menos para mí. Como no pienso hablarle de mis demonios, decido cambiar de tema.

—¿Por qué vives solo en esta casa tan grande y familiar? —Esa es otra de mis múltiples preguntas.

—Era la casa de mi madre. Murió el primer año que entré en la universidad —responde apoyando la cabeza en el sofá.

—Lo siento mucho, debió de ser duro

No ha sido una pregunta acertada.

—Lo fue, pero hacía mucho que estaba enferma, no vino de nuevo.

—¿Y tu padre?

—Él y mi madre se divorciaron cuando apenas era un bebé, ahora está viviendo en Alicante. Pero no nos llevamos demasiado bien, ¿sabes? Cree que estoy desperdiciando mi vida siendo abogado y no estudiando para ser juez como él. Y encima cogió el sarampión ya de mayor y no pudo tener hijos con su segunda mujer, así que cada vez que puede me da el coñazo.

Me sorprende oírlo, no tenía ni idea de que su padre también fuera juez. Me quito los zapatos y decido acurrucarme a su lado, apoyando la cabeza en su pecho. Me gusta estar con él. Me gusta demasiado.

—Gracias.

Su cuerpo desprende un calor al que podría acostumbrarme fácilmente. Con su mano me saca una pequeña pinza que llevo para recogerme el cabello y pasa su mano sobre él, acicalándolo.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por lo de ayer. —Él sabe a lo que me refiero. Sin dudarlo me hubiera lanzado a sus brazos y sin duda hubiese acabado llorando como una magdalena después. Hay cicatrices que no se ven y que tardan mucho más en desaparecer—. Por contarme cosas tan personales.

—Tengo que confesarte dos cosas, Bambi. La primera es que soy un acérrimo fan de *Star Wars* y en nuestra primera cita, cuando nombraste a los soldados del imperio, supe que tenía delante a alguien que no solo tenía un cuerpo de infarto, sino que también estaría dispuesta a hacer maratones de mi saga favorita.

—No fue una cita, fue una cena de trabajo. Y mi cuerpo es tremendamente normal —le interrumpo, no con mala intención sino por no romper la costumbre.

—Aquello fue una cita con todas las de la ley, Bambi. Otra cosa es que tú no quieras reconocerlo. —Hace una pausa y se queda callado.

—¿Y la segunda? —pregunto, pese a sospechar que será mucho más importante, como cuando te dan primero la buena noticia y luego la mala.

—Que me fui del *after work* porque me di cuenta de que me gustabas demasiado. Me fui aterrado porque yo ya no podía vivir sin ti, y tú me rechazabas constantemente. Si lo hubieses hecho después de lo que había sentido al recitarme el poema, me hubieses roto el corazón.

Su sinceridad me abruma. Y esa parte de mí que creía muerta y enterrada dice con una vocecita que yo también sentí eso ese día. Alejandro me está describiendo sus sentimientos, abriendo su corazón de par en par. Diciéndome cómo se siente respecto a mí y me siento tan mala persona que no sé qué decir ni qué hacer, salvo abrazarle.

Porque, ¿sabéis qué? Yo le quiero, desde hace bastante.

—Eres idiota si piensas que solo tú te sientes así, Alejandro Blanc.

—Desparramo un par de lágrimas. Me aparto enseguida al darme cuenta de que le estoy mojando el cuello y el cabello. Son de tristeza y de alegría, un poco de todo y más.

Alcanza con la mano mi rostro y seca algunas de las lágrimas.

—Entonces, soy un idiota con suerte.



El juicio acaba de empezar, y para mi suerte o desgracia, soy una mera espectadora. Héctor, el socio, es quien habla ante el juez y Alejandro lo asiste como segundo abogado. La admisión de las pruebas ha ido bien, lástima que la fiscalía también viene muy bien preparada.

Lo que no nos esperábamos es que José, el ex novio de la hija de la Sra. Moreno y posible amante de esta, se hubiera puesto en contacto con ellos y seguramente haya hecho algún trato a cambio de información, que por supuesto, no nos beneficiará en absoluto. Como, por ejemplo, que discutiesen frecuentemente y que ella tuviera pensado divorciarse, teniendo como régimen matrimonial el de gananciales.

Es decir, que tendrían que dividir todos los bienes que tenían ambos en dos, cuando la mayoría de las viviendas las había adquirido el Sr. Moreno. En medio del juicio me llega otro mensaje de Eric y salgo de allí.

Eric: ¿Tienes ganas de verme? Dime que sí.

Carla: Por supuesto que no.

¡Por supuesto que no! Medio año eso es lo que llevo sin verle. Medio año sin tenerlo pegado a mí, como de costumbre. ¿Cómo pude estar tan ciega? Había estado enamorada de un gilipollas, con todas las letras, toda mi adolescencia. Supongo que os preguntaréis por qué me altera tanto, pero yo le quería, me usó y luego adiós muy buenas. Supongo que sí, fui una ilusa.

Pero aquí no termina la cosa, porque volvió. Sí, volvió diciendo que podríamos intentarlo. Luego otra vez lo mismo. Yo no soy de piedra y estaba enamorada por lo que en el fondo me decía a mí misma que un día, al final, acabaría quedándose. Pero no.

Nunca se alejaba lo suficiente para poder superarlo. Hasta que un año atrás se trasladó a Madrid, y juré que nunca más volvería a enamorarme, que me alejaría de los tíos para siempre y que me olvidaría de una vez por todas de Eric. Parecía que la cosa estaba funcionando. Parecía, pero tampoco.

Sumida en mis pensamientos me doy cuenta de que fuera de la sala hay alguien también ahí, hablando por teléfono sobre el juicio, y no es de la prensa. Pongo el oído y escucho un nombre, Mariona Espriu. Quiere que la investiguen, es una información que ha dado José. Hago memoria y no, Mariona Espriu no está en la lista de testigos, lo sé porque la he repasado mil veces. ¿Quién será esa mujer?

—¿Carla? Ah, estás aquí. La vista ha terminado, nos ha citado mañana a la misma hora. —Alejandro se quita la toga cuando llega a mi lado.

—He oído algo, no sé si será importante pero no debería haberlo oído... —le susurro—. ¿Quién es Mariona Espriu? José les ha dado ese

nombre a los de la fiscalía, pero ellos aún no saben quién es.

—No tengo ni idea. Le diré al investigador que lo averigüe. Te diría de ir a tomar algo, pero tengo que prepararme el juicio para mañana.

—¿Te ayudo? No tengo nada más que hacer. Puedo ser tu *Erin Brokovich*. —Sonrío. Estoy intentando, desde la otra noche, ser positiva, abierta y nada de meterle cortes.

—Me encantaría.

Porque la otra noche mientras Marion Cotillard se rendía al amor, no sin pasar antes por ciertos episodios, yo hacía lo mismo. Alejandro me había desarmado con su pureza y su sinceridad. Así que por la tarde, acabo ayudándole en el despacho, poniendo lo mejor de mí.

Mi teléfono suena de golpe, y lo busco dentro del bolso.

—Ay, perdona. Es mi madre, ¿puedo cogerlo? Solo será un segundo.

No es que sea imprescindible, pero hace demasiados días que ignoro su paradero y mamá es peligrosa.

—Por supuesto, Bambi.

Y así lo hago.

No hace ni dos minutos que me está hablando, contándome vida y milagros, y ya me arrepiento. No por nada es una famosa escritora de novelas románticas.

—*Mi niña, ¿ya comes? Porque si en verano te veo igual de fideo que estabas la última vez...*

—Mamá, por favor. Oye, te llamo luego que estoy trabajando y Alejandro me espera.

—*¿Quién es ese?*

Leches, tendría que haber cerrado la boca y más cuando él me está

observando con curiosidad.

—Mi jefe, mamá.

Entonces alzo la vista y Alejandro me hace el gesto con la mano de *pásame el teléfono*, y yo le hago que no con la cabeza. ¿Estamos locos?

—*Salúdale de mi parte. ¿Puedo hablar con él?*

—No mamá, no puedes.

De improviso, Alejandro logra arrebatármelo y se pone al aparato. Jesús, ¿qué está haciendo?

Hago una clase magistral de mímica diciéndole que cómo se le ocurre, que está loco, que mi madre no es de fiar en nada, que es una bohemia y que solo dice locuras.

—¿Es la madre de Carla? ¿Sí? Yo soy Alejandro Blanc, un placer. ¿Qué cuantos tengo? Pues 27. Sí, dicen que si lo soy. Sí, por supuesto, ¿a quién no? Desde el primer día. No, no voy a decírselo. Está bien que se preocupe por ella, alguien debía hacerlo antes que yo. No, por supuesto. Un placer, nos veremos pronto. —Y vuelve a pasarme el teléfono ante mi terror absoluto.

—*¿Hija? Es encantador, veo que tienes a un buen compañero, me alegro. Ah, me encontré a Eric, me preguntó por ti. Creo que vendrá algún día, sal con él.*

—¿Eric? ¿Cuándo hablaste con él? —La sangre se me hiela al oír el nombre. Intento no parecer preocupada.

—*La semana pasada, creo. A veces coincidimos, vivimos en el mismo barrio hija.*

—Tengo que colgar, te llamo luego.

—*¡Un beso! Y para Alejandro otro.*

Cuelgo, más preocupada de lo que antes estaba.

—¿Quién es Eric? Te ha cambiado la cara al oír su nombre. —

Alejandro me observa preocupado, sus ojos verde hierba me miran inquisitivos.

—Nadie, el hijo de un amigo de mis padres —decido responder.

El ser que más odio y más he querido de todo el planeta, el más repugnante de los hombres... pero *keep calm*.

—¿No te cae bien?

—No. Pero ahora vive en Madrid, creo que trabaja en *García Montoya de la Vega*. —Es un bufete y como muchos, tiene el nombre con los apellidos de sus socios fundadores.

—¿Eric Caproig? Sé que trabaja allí por *LinkedIn*.

—¿De qué lo conoces? —No es bueno que se conozcan, no lo es en absoluto.

—De la universidad, iba a mi curso también. —Carraspea, poniéndose serio. ¿Qué le pasa?—. No es una buena persona, no te acerques a él.

Su voz se ha vuelto grave y su tono no tan amable, sino más bien lo contrario. Se nota que no le cae bien Eric.

—Lo conozco desde que tenía cinco años. —Me siento en el sillón y él apoya ese trasero tan perfecto delante de su mesa.

—Carla, créeme, no es el prototipo Mark Darcy —me advierte seriamente.

Cómo si a mi tuviese que convencerme.

—Te estoy diciendo que no me cae bien, sería una tonta de remate si creyera que es Mark Darcy. —Mis propias palabras me hacen daño, porque hubo un tiempo en que así lo creí. Fui tan estúpida que aún me avergüenzo de ello—. Y ahora, repasemos las preguntas que le vas a hacer a José.

Pero Alejandro no me escucha, se ha quedado como ausente,

pensativo, con la cabeza en otro sitio.

—¿Alejandro? ¿Me estás escuchando? José no querrá... —Pero antes de que continúe, me interrumpe.

—Fue él, ¿verdad? —me interroga, sin darme tregua—. Fue en quien confiaste, la persona equivocada. Eric es quien te hizo daño. Ahora todo tiene sentido —exclama. Demasiado perspicaz y yo demasiado descuidada. Pero no digo nada—. Carla, no pasa nada. No tienes que quedar con él, diga lo que diga tu madre. Porque ella no sabe nada de esto, si no ni te lo hubiera mencionado, ¿me equivoco?

Solo niego con la cabeza.

—¿Qué le has dicho a mi madre? —No quiero oír hablar de Eric, así que cambio de tema.

—La verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que me gustas y estoy enamorado de ti. A tu madre no puedo mentirle, Bambi.

Me quedo en shock; primero por la confesión repentina y tan natural que acaba de hacer, y segundo porque mi madre es el ser menos discreto de toda la tierra, y si se encuentra a Eric puedo poner la mano en el fuego a que se lo dirá.

Suspiro y me acerco a él, le acaricio el rostro y junto mis labios con los suyos. Tan perfectamente imperfecto que me da incluso miedo de cómo el enfado que podía provocarme queda aplacado por un te quiero extraño.

—Eres mi perdición, Alejandro.

Cuando llego a casa Caye me pone al día sobre su maravilloso trabajo en el área de los divorcios.

—¿Y McCachondo o McHottie o Clooney o como quieras

llamarlo?

—Marc. Nada, está destinado a no ser, lo sé. —Es la primera vez que la veo de verdad resignarse con algo, o más bien con algún hombre.

—¿Por qué dices eso?

Arruga la nariz antes de contestar.

—Al principio era divertido, el juego me refiero. Total, había encontrado a la horma de mi zapato y él a la suya. Pero deja de ser un juego cuando empiezan a aflorar los sentimientos. Yo estoy dispuesta a dejar a un lado mi orgullo si sé que él está dispuesto a dejar a un lado el suyo.

—¿Pero? —Siempre suele haber un pero.

—Pero sé que él no lo hará, si lo supiera juro que lo haría yo Carla, pero sé que no va a pasar. Es un cobarde en el fondo, nunca admitiría que está colado por mí, si es que lo está, claro. Esa es otra, ¿cómo sé que no hace todo esto para ganar simplemente? Porque debo ser la única que le ha plantado un no en tantas ocasiones.

—¿Y qué vas a hacer?

—La semana que viene es la última. Después de eso, no volveré a verlo, así será mas fácil.

Abraza a mi amiga de pie, en la cocina, intentando hacer un pastel de manzana para no pensar demasiado.

—¿Quieres hacer algo? ¿Salir a tomar algo? ¿Acabar el pastel? ¿Ver una película? ¿Hablar?

—Acabamos el pastel y vemos *Titanic*, así tengo una buena excusa para llorar.

MADRE SOLO HAY UNA



Artículo 155 del Código Civil: *Los hijos deben:*

1º Obedecer a sus padres mientras permanezcan bajo su potestad, y respetarles siempre.

Hoy no estoy de humor, así que acabo subiendo diez malditas plantas andando. Gracias al *kick-boxing* aguanto, pero llego casi sin aliento, y tras recuperarme, entro en el despacho de Alejandro. Está arrebatador, como siempre, sentado en su sillón. Ayer lo estaba besando y hoy no sé cómo actuar.

La cuestión es que soy pésima disimulando y lo va a notar. Va a darse cuenta de que no estoy bien.

—Bambi, no te he visto en el ascensor hoy. Tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

No lo estoy, por supuesto que no. Aún tengo el miedo en el cuerpo e intento no mirarle a los ojos, soy demasiado expresiva y verá que algo no anda bien.

Ayer vino Eric.

Mientras estábamos viendo el final de *Titanic*, llorando por Jack y un poco también por nosotras mismas, sonó el timbre. Tenía la esperanza de que fuera Alejandro, pero era Eric. Cuando vi su rostro noté que estaba enfadado. ¿Qué hacía allí a esas horas?

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté, porque eran las once y

media de la noche. Hora poco razonable para hacer visitas.

—Tenía que verte. ¿Puedo pasar?

Y yo tenía dos opciones, decirle que no y ponerme a discutir en medio de la calle, o decirle que sí y discutir dentro. Elegí la más coherente.

—Está bien.

Estaba igual a como recordaba, el cabello rubio oscuro corto y la medio barbilla, sus ojos grisáceos tan peculiares. Pero ya no me atraían como antes, no los encontraba irresistibles. Subimos a mi habitación, no quería molestar a Caye.

—Estás muy guapa, acabar la carrera te ha sentado bien —me alagó, como si sus palabras tuviesen alguna influencia en mí.

No quería que estuviese allí. Estaba rehaciendo mi vida por fin, y que él apareciera me puso de mal humor. Sobre todo, porque había decidido aceptar que Alejandro Blanc me gustaba. Y ese maldito panoli aparecía justo ahora.

—Basta, Eric. Esto ha terminado, no puedes presentarte aquí después de un año sin vernos y decirme esto. Me dejaste claro que no querías nada las trocientas veces que venías solo para acostarte conmigo y luego desaparecías. Pero lo he superado, tranquilo.

Frunció el ceño, negando con la cabeza.

—Pero yo no, Carla. —Se acercó a mi, demasiado, pero retrocedí—. Tu madre me ha contado cosas muy interesantes —explicó mientras revisaba mi habitación, cada libro y detalle que había en ella—. ¿Alejandro Blanc? ¿En serio? No me extraña nada que se haya fijado en ti, tiene un maldito complejo de héroe, pero tú... ¿Cómo has podido hacerme esto? —alzó la voz y caminó hasta donde yo estaba, cerca de la puerta.

—Tú y yo no somos nada, puedo hacer lo que me dé la gana. ¿Qué más te da, si no te importo? —empecé a gritar.

No podía creer lo que me estaba diciendo.

—He cogido el primer avión hasta aquí precisamente porque me importas, y no soporto que otro... —dijo.

Aquello era surrealista. ¿A qué venía ese ataque de celos repentino? ¿Estábamos en la época medieval? ¿Había viajado en el tiempo y no me había dado cuenta?

—¿Estás loco? Estuve dos años colgada de ti y tú me usabas cuando te daba la gana. Luego casi un año sin verte el pelo y ahora esto. ¿Sabes qué? No quiero volver a verte.

Estaba realmente enfadada, pocas veces me había enfadado de esa forma. Conmigo misma por no haberle parado los pies cuando debía y con él por creer que tuviese algún derecho sobre mí. No, perdió ese estatus de hermano mayor en cuanto me puso la mano encima, y perdió el de persona especial cuando me dejó claro que para él solo era un pasatiempo de vez en cuando.

—Sé que estás mintiendo. Haré que se te pase esa tontería por Alejandro Blanc y todo volverá a ser como antes —sentenció.

—Oh, no. Nunca, jamás volverá a ser como antes. Ya no te quiero, Eric.

—Sí, lo haces. —Inesperadamente me cogió por el brazo con fuerza sin que pudiera moverme, quería llegar hasta la puerta, pero su agarre me lo impedía.

Logró inmovilizarme cogiéndome el otro brazo. Empezaba a asustarme, me estaba haciendo daño y solo podía ver furia en sus ojos. Un golpe abrió la puerta y apareció Caye con su teléfono en la mano.

—Suéltala o llamo a la policía —dijo, y él lo hizo.

Se marchó de allí sin decir palabra alguna y yo me metí en la cama de inmediato, esperando que aquello hubiese sido una pesadilla. Caye se sentó a mi lado hasta que me quedé dormida, solo quería olvidar aquel episodio.

Pero al despertar tenía las marcas de sus manos en mi brazo y empezaban a salir un par de moratones.

—Solo... hoy he dormido mal. ¿Nos ponemos con el interrogatorio de la señora de la limpieza? —Evito decir nada más.

Siento su mirada inquisidora, y se levanta de su sillón, caminando hasta mí.

—Estamos en pleno junio, a veinte grados. ¿Por qué llevas manga larga?

Y yo me pregunto, ¿por qué es tan observador?

—Alejandro, no es nada. Solo que se me irrita la garganta con facilidad y no quiero pillar un resfriado —miento deliberadamente.

El problema no es que yo no sepa mentir, que me cuesta, pero la mentira es decente, sino que me conoce ya demasiado bien para saber que lo hago, y puedo verlo en su cara.

—No es cierto. Carla, no tengo un pelo de tonto. Tienes las manos temblorosas, los ojos hinchados de llorar y no vas vestida como siempre. Te has hecho daño, ¿verdad que si?

Me quedo callada, sin decir palabra. El corazón se me acelera y no sé qué leches decirle.

—Métete en tus asuntos.

No es mi mejor respuesta, pero es lo único que se me ocurre, mirando hacia el suelo y en voz baja. Pero una lágrima rueda por mi mejilla, de impotencia al no poder decirlo en voz alta, aunque

disimulo para que no lo vea.

—Por muy desagradable que seas conmigo, no voy a dejarlo pasar. Tus mecanismos de defensa no funcionan conmigo, Bambi. —Se pone a mi lado y me seca la mejilla con un pañuelo—. ¿Te has quemado cocinando? Es el brazo, ¿no?

No quiero hacerlo. No quiero que me vea vulnerable, odio dar pena. Este es mi problema y yo lo resolveré, como siempre he hecho.

—No soy una damisela en apuros. Tienes una imagen equivocada de mí, no soy tan buena como piensas.

Pero mis palabras parecen hacerle gracia. Pues yo no encuentro nada de esto gracioso.

—Gracias a dios que no eres una santa. Las santas aburren, Bambi. Y lo supe desde el momento en que te vi al entrar en el ascensor. No llevas la palabra problemas escrito en la frente, pero casi.

—Ahórrate el discurso, te lo digo en serio, hoy no estoy de humor.

—No, no lo estoy.

Solo quiero salir de aquí, llegar a casa y meterme en la cama para llorar a gusto.

—Bambi, no serías la primera que se quema cocinando, o se cae. En serio déjame verlo. ¿O es que alguien te ha hecho daño? ¿Te han robado el bolso? ¿Te han hecho daño en el brazo?

Suspiro algo aliviada. De todas maneras, ¿qué iba a ser sino? Que un ex amante loco, enfadado y celoso, me hubiese retenido y hecho un par de morados en el brazo era algo muy descabellado. Aún estaba analizando cómo había podido ocurrir. Yo temía lanzarme otra vez entre sus brazos, pero jamás pensé que hiciese aquello al rechazarle. Y la verdad, no tengo idea de qué hacer. A ver, que tampoco ha sido tan grave, pero él es un hombre y tiene más fuerza que yo, supongo que

no la controló demasiado al estar enfadado.

—Solo quiero olvidarlo, en serio —digo disimulando.

—Ya, pero si te han robado el DNI... —insiste él.

—Lo haré sola, gracias —intento pararle los pies.

Entonces me coge las manos con una de las suyas, y con la otra aparta la tela de mi brazo, tan rápido que no me da tiempo a reaccionar. Sus ojos se vuelven oscuros, y su gesto sombrío.

—¿Quién te ha hecho esto, Carla?

Cuando me llama por mi nombre es que algo no anda bien. Si se lo digo me obligará a denunciarle y no puedo hacerlo. Primero porque mis padres no me creerían, y tampoco ha sido algo tan gordo. Y segundo, que su padre también es juez.

—No voy a decírtelo —murmuro, pero con eso lo digo todo.

—Ha sido Eric, ¿verdad? Lo voy a... —Ya está saliendo del despacho cuando le cojo de la mano.

—Espera, por favor —suplico.

—No te atrevas a defenderlo —me ordena.

Jamás he visto a Alejandro tan enfadado. Su cuerpo está totalmente en tensión y sus ojos se han vuelto negros.

—No lo hago, no soy estúpida. Se enfadó, yo quería irme y me cogió con demasiada fuerza, eso fue todo —justifico, porque es lo que pasó.

—Me da lo mismo si quieres o no, vamos a denunciarlo ya.

—No me apetece salir en los periódicos, gracias.

—¿Por qué eres tan terca? —Empieza a alzar la voz y yo me sobresalto. Eso hace que Alejandro se calme—. Lo siento, no quería alterarme. Pero esto es grave, Carla.

—Lo sé. Es complicado, no quiero armar un escándalo ni

preocupar a nadie.

—¿Lo dices por tu padre? —Estoy sorprendida, lo había sabido todo este tiempo y no me había dicho nada.

—Sí, una de las razones es esa. Y porque no es tan grave, y por otras cosas...

Hace que me siente en una de las butacas y él hace lo mismo en la otra.

—Entiendo que no quieras perjudicarlo, pero tu vida es más importante. ¿Estás asustada?

¿Asustada? No quiero reconocerlo, pero un poco.

—No —miento como una bellaca.

—Es... ¿peligroso? Dime la verdad.

—¿Eric? No, nunca lo ha sido.

—¿Vives sola?

—No, con Cayetana. —Me muerdo la lengua y no le llamo papá.

—Cerrad con llave siempre. Y voy a ir yo a recogerte y a traerte al despacho. —Quiero abrir la boca y decirle que nada de lo que haga servirá, pero me lo impide poniéndome la mano en la boca—. Ni una queja.

—No tienes que hacer eso por mí.

En el fondo es agradable que se preocupe, pero no lo entiendo. No entiendo por qué lo hace.

—Lo hago porque quiero.

El problema es que no nací ayer, no creo que las personas hagan algo altruistamente.

—No quiero que lo hagas. No me gusta deberle nada a la gente.

—¿Y quién dice que quiero algo de ti?

Alzo una ceja al oír aquello.

—Todo el mundo quiere algo, siempre.

Mi visión del mundo podía ser algo cínica a veces, pero nadie nunca me había hecho ver lo contrario.

—Bambi, estás más jodida de lo que pensaba.

Sus ojos denotan tristeza. No había dicho nada que yo no supiera, pero oírlo de él me duele.

—Te has dado cuenta de que el juguete está roto, pues sí. Siento no poder estar siempre sonriendo y alegrándote la tarde. ¿Podemos ponernos con el interrogatorio?

Alejandro chasquea los dedos y se inclina hacia mí.

—Quiero que te quede algo muy claro. No eres un juguete para mí, y sí, claro que quiero algo. A ti, pero eso no significa que no lo haga porque creo que es lo correcto, y realmente nunca esperaría nada a cambio. Puedes tomarte la tarde libre, si quieres.

Aquel discurso rompe todos mis esquemas, no es algo nuevo, suele pasarme con cada cosa que él hace o dice. Me desarma por completo, el suelo tiembla bajo mis pies y cuando se levanta y va en dirección a la puerta, lo detengo. Su semblante serio lo hace ver aún más atractivo, si es que eso es posible, y mis partes bajas no dudan en comunicármelo. Joder, estoy irremediabilmente enamorada, es oficial. Las palabras no me salen, así que, ¿qué hago? Pues comerle la boca. Tal cual, me lanzo sobre él y le beso.

Es rápido, no quiero que a él le dé tiempo a apartarme. No es por miedo al rechazo, sino porque en ese momento esté demasiado enfadado como para besarme. Pero no es así, porque me besa de vuelta con la misma intensidad. Oh, sus besos son con diferencia los mejores que he probado, hace algo con mi lengua que me pone a cien. Sus manos ya están en mi trasero, pero no me importa. Solo quiero

que no se detenga. Pero lo hace, dejándome medio aturdida, mirándole.

— ¿Por qué paras esta vez? Soy plenamente consciente de mis actos —protesto.

—Una de mis fantasías es hacerlo encima de esta mesa, y estoy deseando cumplirla contigo, pero no es el momento.

— ¿Por qué no?

Yo quiero, él quiere... ¿Cuál es el problema?

—Porque hoy no ha sido tu mejor día, y porque no quiero escandalizar a la señora Roca que llegará en cinco minutos. Y necesito más de cinco minutos para recorrer todo tu cuerpo y hacerte morir de placer.

Si no estoy ya a las puertas del séptimo cielo, estoy a punto de llegar.

—Calla, no digas esas cosas si vas a dejarme a medias —me quejo.

Probablemente es uno del top 5 de hombres del planeta más guapos con los que he coincidido, e imposible no babear por él. Simplemente he dejado de luchar contra mí misma.

Yo también tengo trabajo, y es averiguar quién demonios es Mariona Espriu.

Lo primero que hago es *googlearla*, por supuesto. Hay varias cuentas de Facebook, e ignoro quién de ellas es. Debe ser alguien de su círculo, debían coincidir en algún lado, así que ni corta ni perezosa salgo del despacho haciendo uso de mi tarde libre, y me dirijo hasta el gimnasio que frecuenta la hija de Rita Moreno, que casualmente es mi gimnasio también —sí, las redes sociales son muy útiles—. Pregunto a uno de los entrenadores y me dice que es una mujer de unos treinta y tantos, atlética, que se pasa las mañanas allí, rubia de cabello corto,

pero que hoy no ha venido aún. Suspiciousamente, me detengo en la entrada del gimnasio y hago ver que miro el móvil, sentándome a esperar a ver si aparece.

Realmente deberían pagarme algunas horas extra por el trabajo de detective que estoy haciendo, la verdad. Oh dios mío, ¿ese hombre no es José? Sí, lo reconozco del juicio. ¿Qué hace en el gimnasio? Me giro disimuladamente, no quiero que me reconozca, aunque estuve sentada entre el público y lo dudo. Y entonces lo veo saludando a una mujer rubia, tonificada, con el cabello corto. Tiene que ser ella, la tal Mariona Espriu. Sin dudarle, le saco fotografías con el teléfono y me largo de allí calle abajo.



Después de las prácticas, y pasado el mes de agosto, tendré que decidir qué hacer con mi vida. Por un lado, a mi padre le chiflaría que estudiase judicaturas como él, pero no es lo que a mí me apasiona. Por el otro, si quiero dedicarme al derecho fiscal tengo que empezar a buscar un sitio, un bufete no muy grande, lo suficiente para llevar cosas interesantes y aprender.

—Cariño, tendremos que conformarnos con las Baleares. Mis padres no me dejan salir del país «hasta que sea lo suficientemente responsable» —dice Cayetana poniendo cara de fastidio.

—¿Has vuelto a perder la tarjeta de crédito? —adivino.

No es muy difícil, siempre la pierdes.

—No sé donde la he metido, mierda. Todo es culpa de McIdiota, me desconcierta —se queja revolviendo los cajones del comedor.

—Pensé que lo tenías muy claro, que *rien de rien* con él.

—Lo tengo muy claro, pero no es culpa mía que haya decidido

pasar a la acción y me haya besado —explica sin dejar de buscar.

—Oh, ya entiendo. —Me quedo sentada tranquilamente en el sofá leyendo una revista.

—Por cierto, aún tienes que contarme qué leches pasa con Eric. Anoche no te pregunté porque estabas mal, pero no pienses que me he olvidado —recalca dejando de buscar su tarjeta y sentándose a mi lado.

Tengo una conversación pendiente, claro que no me he olvidado. Ver que tu mejor amiga está retenida en contra de su voluntad por el idiota del que solía estar enamorada no es muy normal.

Suspiro, porque la explicación va para largo.

—Yo tampoco entiendo que pasó, la verdad. Ya sabes que estuve perdiendo el culo por él desde finales del primer curso hasta tercero.

—Sí, lo sé. Y también sé que muchas veces te veías con él. No te lo dije porque supuse que te daría cosa decírmelo. En el fondo sabías que era malo para ti.

—Claro que lo sabía, pero estaba enamorada y no supe decirle que no. En el fondo sabía que no iba a ningún lado, pero una parte de mí siempre pensaba, ¿y si esta vez es diferente? —le acabo confesando—. Lo sé, no tiene sentido, pero en aquel momento para mí sí lo tenía.

Porque en el fondo Eric y yo hacíamos la pareja perfecta, y parecía que él también me quería. Al menos a mí me lo parecía.

Sí, estaba convencida de que él lo estaba de mí y que un día se daría cuenta de ello y viviríamos felices y comeríamos perdices para siempre. Supongo que todos alguna vez nos hemos comido ciertas mentiras cuando nuestros corazones estaban demasiado hambrientos.

—Esto prueba que es un idiota, se aprovechó de tus sentimientos. Pensé que se había terminado cuando se fue a Madrid.

—Yo también lo pensé, la distancia me hizo reflexionar. No desperdiciaría más mi vida con un idiota, aunque tuviese que verlo de tanto en cuanto porque a ojos de mis padres, «es como un hijo».

—Te aseguro que tu padre, si supiera lo que hace, no lo vería como tal.

—En el caso de decírselo no me creería, y si lo hiciese no quiero que se peleen con sus mejores amigos por mi culpa, por ser una cría que se enamora de alguien que no le conviene.

—Eric no parece un idiota, es muy normal que lo hicieras. Objetivamente, es atractivo, mayor, le conocías de toda la vida... Dime la verdad, ¿te había hecho daño antes? —pregunta Caye preocupada.

—No, nunca. También es la primera vez que le digo que no quiero saber nada de él, además que ya sabía lo de Alejandro.

—¿Cómo lo sabía? —Me mira con sorpresa.

—Mi madre que es una bocazas. Me llamó cuando estaba en el despacho y no sé cómo, Alejandro acabó hablando con ella. Fue muy surrealista.

—Es un poco perro del hortelano, ni come ni deja comer. Aunque querría comer en casa, pero luego cenar fuera las demás noches — aclara.

Lo de las comparaciones no es lo suyo, por si no ha quedado patente.

—Me da igual, ¿sabes? Lo he superado, no le quiero. Voy a hacer mi vida, empezando por irme de vacaciones a las Baleares y luego decidir mi futuro.

—Así se habla. He pedido un bate de béisbol por *Amazon*, por si acaso. Ahora tengo unas ganas de que se meta otra vez en casa...

—Caye, no quiero tener que pagar tu fianza.

—Aburrida —bromea—. ¿Seguro que no quieres denunciarlo?

—No puedo. Aunque si vuelve a hacer algo parecido no me quedará más remedio.

Llaman a la puerta y al abrirla, me sobresalto.

—¿Qué haces aquí? —digo al ver a Alejandro plantado frente a mi puerta.

—Esperaba un “hola guapo”, o un “me alegro de verte” y en el mejor de los casos un beso. —Lleva unos vaqueros y una camiseta blanca, en plan informal. Y trae una bolsa de sushi. Hago una mueca ante su comentario.

—No tengo alma de animadora —le contesto.

—Lo sé, Bambi. Tienes suerte de que me gusten escépticas y malhumoradas como tú. —Sin pedirme permiso, entra en casa.

—Oye, no te he dicho que podías pasar.

—Traigo sushi. —Con una sonrisa camina hasta el salón donde está Caye—. Hola Caye —saluda con naturalidad.

—Anda, si has venido. Y has traído la cena, perfecto.

—¿Puedo quedarme?

—Por supuesto, siéntate.

«Eres una traidora, Caye», o eso es lo que le digo mentalmente, algo que coge al vuelo al mirarme, y simplemente se encoje de hombros. Resignada, voy a la cocina y traigo tres platos uniéndome a ellos.

—¿Aún estáis viendo *Juego de Tronos*? Yo hace una semana que acabé la temporada.

—Es el último capítulo, no me lo fastidies —respondo con rapidez.

—¿Cómo de bien te llevas con Marc? —directa al grano, Caye

pregunta.

Él la mira divertido. Realmente está muy atractivo sin arreglar. Y arreglado.

—Nos vemos al menos una vez a la semana, para ponernos al día. Somos muy colegas, ya sabes. —Caye se pone roja pero luego habla.

—¿Y qué le pasó para ser así? No se puede ir siempre por la vida en plan *fucker*, por muy bien dotado que estés —analiza.

—No siempre estuvo tan bien “dotado”, tal y como dices. Pero oye, yo no te he dicho nada —le confiesa.

—¡Oh Dios mío! ¿¡Cómo no lo había pensado antes!?! De pequeño era gordo, seguro —dice de golpe, y a mí me entra la risa tonta al imaginarme al gran McHottie siendo un niño pelirrojo con mofletes adorables.

—Por cierto, ¿por qué él tiene tantos motes y yo solo uno? Estoy algo celoso —finge sentirse afectado mientras devora un *sashimi* de salmón.

—Es que el tuyo está muy logrado. Y no pienso decírtelo, no voy a caer —responde Caye con rapidez.

—Córcholis, casi caes.

—¿Córcholis? Primero mecachis y ahora esto. Hay un octogenario dentro de ti —bromeo.

Después de comentar que Juego de Tronos es una de las mejores series que se han hecho, de que Jamie no se merece a Cersey —soy la única que la defiende, en el fondo me gusta su lado fuerte y algo cruel —, que Jon Snow y Daenerys son los Romeo y Julieta de la serie y, que pese a ser parientes, no habría ningún inconveniente si pasase algo entre ellos —cosas peores se han visto—, Cayetana se va a su habitación con la excusa de estar cansada.

—Quiero ver tus aposentos, Bambi —me suelta Alejandro.

—¿Para qué?

—Creo que la habitación dice mucho de las personas y tú ya has visto la mía.

—Sí, vi la espada láser de coleccionista.

Mientras me arrastraba por el suelo poniéndome las bragas.

—¿Lo ves? Tú sabes mis más oscuros secretos, ahora yo quiero ver los tuyos.

Dicho esto, se levanta del sofá y corre hacia las escaleras.

—¡Oye! Que no te he dicho que sí. —Corro detrás de él, divertida.

Lo veo entrando en la habitación que no tiene la puerta abierta, que es la mía. Entro detrás de él, por suerte no tengo la ropa tirada por ahí. Rectifico, por suerte no tengo ninguna braguita y sujetador a la vista.

—Es muy rosa. ¿Por qué tienes una calavera de cartón que venden de decoración en Halloween? —dice cogiendo a Franky, sí, le he puesto nombre. Le pongo nombre a todo.

—La compré para una fiesta y me la quedé. ¿Qué? Shakespeare tenía una de verdad y seguro que nadie le dijo nada.

—Y tienes todas las películas de *Superman*. Espera, ¿esto es un cómic? Madre mía Bambi, eres un pozo de sorpresas.

—Todos tenemos nuestros vicios —susurro algo avergonzada. Nadie, excepto mis amigas, habían visto aquello. Eric tampoco le había prestado mucha atención. Entonces me percató de que está frente a mí, cara a cara, a menos de diez centímetros.

—Me gustan tus vicios, Bambi. Quiero saberlo todo de ti. —Sus palabras me hacen reír, es algo que no esperaba.

—No hay mucho, creo que ya te lo dije. Soy una fan de *Superman* y

de Sergio Dalma, de las películas, de la poesía demasiado chicle. Me pierde la pizza y la tarta de manzana. Mi madre está algo loca y tengo miedo de decepcionar a mi padre. ¿Y tú?

—Yo soy más fan de *Batman*, y si tengo que escoger a un cantante español, elijo a Joaquín Sabina. También me gusta la pizza, en general toda la comida italiana, y soy de *cheesecake*. No paro de decepcionar a mi padre, pero no me quita el sueño.

Sus dedos rozan los míos, no sé por qué tiemblo cada vez que hace eso. Sí, lo sé, y es que no es posible que pueda atraerme más. Me quita el sueño, se infiltra en ellos y de día me tortura con su presencia.

—Volvamos al salón —digo, pero no se mueve.

—Dime lo que estás pensando.

—Que estás en mi habitación y no deberías —respondo sin quitarle los ojos de encima.

Puedo sentir su aliento en mi nariz, está muy cerca.

—Dime lo que sientes.

Una cosa es lo que pienso y otra lo que siento, porque estoy demasiado bien teniéndolo delante. Pronto me sujeta de la cintura y la recorre con sus manos bajando hasta meterlas debajo de la falda azul plisada que llevo, recorriendo mis muslos.

—No voy a decirte nada. —Niego con la cabeza.

Llega hasta la parte delantera y me abre las piernas, haciendo que me pegue mas a él.

Con cierta gracia me sube la falda y acaricia la parte delantera de mi sexo. Baja la mirada observando mi cuerpo, yo resto inmóvil, sin decir palabra.

Su mirada y sus caricias hacen que me estremezca de nuevo. Lo siento, mi excitación y yo también la suya. Me observa con deseo y yo

supongo que también debo mirarlo de igual manera.

—No voy a parar hasta que me lo digas.

Oh, yo no quiero que pare. Estoy demasiado excitada, y ahora soy yo la que quiero besarle. Así que deposito mis manos en su nuca, estoy lista.

—Alejandro...

—Dímelo.

Vuelve a negarlo, y esta vez es él quien sube mi camiseta y me acaricia el escote.

—Dímelo y te besaré. Ya no voy a regalarte más besos, Bambi — dice sin parar de acariciarme.

Maldita sea, me tiene en sus brazos, pero no, él quiere palabras de amor. En este momento nos hemos intercambiado los papeles y parece que el chico sea yo.

—¿Qué te hace pensar que quiero que me beses? —digo con atrevimiento.

—Porque te vuelvo loca, estás muy caliente y no paras de mirar mis labios y lamerte los tuyos.

Sus manos ya no acarician mis pechos, sino que los masajean, pasando la mano por debajo del sujetador. Creo que voy a morir de placer, en mi lápida pondrá eso y la gente se irá a hacer fotos allí.

—No voy a decirte nada hoy, Alejandro —digo tajante.

Él se queja, pero no para de tocarme.

—Bambi —solo dice eso, y finalmente acaba besándome.

Puedo entonces recorrer todo su cuerpo con mis manos, saborearlo tal y como me gusta, sentir su erección y excitarme como nunca. Dios, puede que sea porque hace semanas que pienso en esto con él o porque llevo sin hacerlo más de un año, pero estoy ansiosa. Su lengua

en mi boca hace que sienta mil cosas a la vez, al morderme el labio empiezo a subirle la camiseta. Pongo las manos sobre sus pectorales velludos, recorriendo todo su torso. ¿Estoy en el cielo? Sí.

Lo guío hasta el extremo de la cama dándole besos cortos en los labios. Me pongo de rodillas encima suyo sin dejar de besarle, queriendo sentir su cuerpo junto al mío. Hace un ademán de subirme la camiseta, pero se detiene. Y sé cuándo lo hace porque no es la primera vez.

—Oh no. No me vas a dejar con el calentón otra vez —le advierto.

—Tengo que hacerlo, Bambi —responde—. Me mata, pero es así.

—¿Porque no te he dicho lo que sentía? —me indigno, levantándome de encima suyo, sentándome en la cama—. Me gustas mucho, ¿de acuerdo? Salta a la vista, pero no estoy preparada para hablar de sentimientos, la última vez que lo hice acabé con mi corazón pasado por la trituradora. Cuando te veo no puedo pensar en otra cosa que en acercarme a ti. Pero tú vas a la velocidad de la luz y yo soy como una abuela con el taca-taca —confieso.

Decido sincerarme porque realmente me gusta y me siento bien con él. A quién voy a engañar, estoy hasta las trancas, pero no lo suficientemente lista como para admitirlo.

Me coge de la mano, pero no me atrevo a mirarle a los ojos.

—Lo sé, y siento si te has visto presionada. No he parado por eso Bambi, solo que esta noche no esperaba que sucediera nada entre nosotros y no he traído protección.

Un segundo, ¿es por eso? Dios, ahora mismo no sé dónde meter la cabeza. Tierra, trágame.

—Eres idiota —decido insultarle—. Me estaba sintiendo fatal. — Estoy a punto de soltarle una parrafada sobre la importancia de la

comunicación, pero sus labios vuelven a aprisionarme de nuevo y no puedo continuar quejándome.

—No sabes lo sexy que te pones cuando te enfadas, Bambi —logra decir entre beso y beso.

—Lo que tú digas... —le incito a continuar, pero se detiene de nuevo.

—Me voy, porque si no, no respondo de lo que pueda hacer. —Se levanta con rapidez y me maldigo a mí misma y a la situación.

—Está bien. Nos vemos mañana en el despacho, tengo novedades —le adelanto.

—No esperaba menos de ti, Bambi.

Antes de irse me besa en la frente y me da las buenas noches.

Al lavarme los dientes me miro en el espejo y el reflejo me devuelve una sonrisa de boba puesta. Leches, me estoy convirtiendo en una estúpida enamorada de nuevo.

A la mañana siguiente, después de vestirme con una sencilla falda gris y una blusa azul cielo, con los stiletos a conjunto, llego al ascensor del edificio y como no puede ser de otra manera, cuando las puertas se abren Alejandro ya está dentro esperándome. Sin mediar palabra me coge por la cintura y me besa en los labios con profundidad.

Gracias al cielo que nadie nos ve porque está siendo un beso que no hubiese pasado la censura durante la dictadura, os lo aseguro. Al llegar al despacho decido ponerme en plan profesional, no deja de ser trabajo.

—¿Qué tenias para mí, Bambi?

—Estas fotografías —respondo mostrándoselas.

Parece sorprendido al reconocer a José.

— ¿Esta es la famosa Mariona Espriu? ¿Cómo lo sabes?

— Va a mi gimnasio.

— En unos minutos llegará el Sr. Moreno. Al final declarará en el juicio, debemos prepararle.

Después de decir eso, llaman a la puerta. No me ha dado ni tiempo a explicarle mis teorías sobre Mariona Espriu.

El señor Moreno entra en el despacho de Alejandro y se sienta en uno de los sillones en los que tantas veces yo misma me he sentado. Estoy, junto a ese abogado que me hace perder la cabeza, intentando aparentar normalidad. Adolfo Moreno es de estatura media, con el cabello grisáceo y calva incipiente que intenta disimular sin mucho éxito. Lleva gafas de sol y cuando se las quita puedo ver unos ojos negros desconfiados. Su nariz chata y ancha le da un aire menos serio del que debería tener.

— Buenos días, señor Moreno.

Este responde con inquietud, creo que está ansioso porque empecemos.

— Buenos días.

— Señor Moreno, creo que su declaración debe de ser exactamente igual a la que dio a la policía, entrar en disparidades sería un craso error —empieza a decirle Alejandro—. La fiscalía, por desgracia, tiene al testigo estrella, José, que no ha dudado en apuntarle a usted como sospechoso principal. Y no podemos señalar a José como el amante de su esposa y prometido de su hija ya que él sí tiene una coartada sólida.

— Sabía que mi mujer se estaba viendo con otro, pero no que ese otro fuera el novio de su hija. La pobre niña está destrozada —dice

con voz grave. Parece que le importe más eso que el hecho de que su mujer le fuera infiel. Y entonces tengo una corazonada, ¿y si él mismo también tiene una amante?

—Perdone que le interrumpa, pero José se ha visto después de la primera vista con una mujer, ¿sabría quién es? —Le alargó mi teléfono mostrando la fotografía, espero que esto sirva para algo y que Alejandro no se enfade, cosa que no me lo está pareciendo.

—Es... por supuesto que la conozco. ¿Por qué está hablando con este tipo?

En cambio, él sí que se ha enfadado.

—Mariona Espriu mantiene algún tipo de relación con usted, ¿no es así? —acaba preguntando Alejandro.

Esto cada vez está más emocionante.

—Hace años. ¿Creen que puede tener algo que ver con la muerte de Rita?

—No lo sabemos, pero es extraño que se pusiese en contacto con ella, y que además le hablase a la fiscalía sobre ella. ¿Podría ser que la llamasen como testigo?

—No me ha dicho nada. Un segundo, voy a llamarla.

—No le diga nada sobre estas fotografías, el elemento sorpresa es crucial —le advierto.

Si sabe que la hemos descubierto, quién sabe qué puede hacer. Empezando por darse a la fuga.

Después de que él hable un rato largo y tendido, cuelga.

—Mariona dice que la fiscalía ha contactado con ella y que saben lo nuestro.

—Pretenden inculparlo —pienso en voz alta.

—Ya lo veo. Pero ¿y si hubiese sido ella con la ayuda de Rodrigo?

Él se beneficiaba de su muerte por el testamento y ella...

—Una de dos, o estaba metida en esto con José desde el principio o pretendía quitar de en medio a la mujer para tener vía libre — deduzco.

—Oigan, que estoy aquí delante —se queja el señor Moreno algo molesto.

—Llamaré al detective para que siga a Mariona y que intente descubrir si tenía coartada —termina diciendo Alejandro.

—Y dónde pudo robar ese coche. Si José tiene coartada, ella es la asesina.

—El coche estaba aparcado en la calle Enrique Granados número 72, averigüemos el domicilio de Mariona.

Espero que este momento de lucidez sea cierto y que no nos equivoquemos.

—Vive en la calle Córcega 224 —dice el señor Moreno. Me he olvidado por completo que sigue aquí—. ¿Ella podría estar implicada?

—Aún no estamos seguros, pero lo averiguaremos. Le mantendremos informado de todo —dice él alargándole la mano.

Este se la devuelve saliendo del despacho y dándole las gracias. Nos quedamos solos otra vez, al final la visita ha sido de gran ayuda.

—Esto se está convirtiendo en una conspiración a lo telenovela —digo. —Sí, la cosa se está complicando. Deberíamos llamar a la policía y enviarles las fotografías, al fin y al cabo, estamos haciendo su trabajo.

—Cierto.



Al llegar a casa Cayetana no está, pero me llevo una sorpresa cuando, sentada en el sofá, me encuentro a mi madre. Dios mío, la que me acaba de caer encima.

—¿Mamá? —pregunto, por si acaso el cerebro me está jugando una mala pasada y tengo alucinaciones, pero parece que no.

—¡Mi niña! —dice levantándose y yendo a mi encuentro. Tras abrazarme y besarme, puedo respirar—. Tengo la presentación del libro en una librería, ya sabes como son estas cosas. Así que me quedaré dos días por aquí.

Oh, genial, mi madre pululando en mi vida por si de por sí no fuese complicada. Tiene la misma expresión de alegría que siempre. Nos parecemos como dos gotas de agua y se mantiene bastante jovial. Lo que más le gusta es cuando nos preguntan si somos hermanas. Es ridículo, se ve a leguas que es mi madre, pero está encantada cuando se lo dicen.

—Está bien. ¿Vas a quedarte aquí? La habitación de invitados está libre.

—Claro que sí. Mañana tengo una fiesta, Cayetana y tú vais a acompañarme, ¿verdad?

No sé si lo he mencionado con anterioridad, pero mi madre además de ser algo bohemia también es bastante juerguista. Tiene siempre amigos que organizan fiestas o veladas en sus casas y como mi padre no es muy amante de ellas, me toca siempre a mí acompañarla.

—¿De quién es la fiesta?

—Un compañero escritor. Oye, Alejandro tiene que venir también, así lo conozco. —Sonrío maliciosamente. Ya sé por qué ha venido en realidad, ¿se puede tener a una madre más cotilla que la mía?

—No es mi novio, no somos nada.

—Ya lo sé, por eso tienes esa cara de amargada. Deja de pensar por una vez en la vida y déjate llevar.

Muy irónico que sea mi madre precisamente quien me esté diciendo esas cosas, cuando ha sido ella quién ha metido la pata hablando con Eric.

—No me digas lo que tengo que hacer. No soy una de tus protagonistas que se tropieza con el príncipe azul y ale, todo rosa, purpurina y final feliz —me quejo buscando en la nevera el helado de vainilla.

—No todos los chicos le dicen a la madre de la chica que están enamorados de su hija. Es muy romántico. ¿Cómo os conocisteis? — Casi se me cae la cuchara al suelo cuando escucho eso.

—No sé si quieres saberlo.

Corrección, no sé si quiero contárselo.

—Carla Fortuny, cuéntamelo todo, necesito saber cómo mi hija enamoró a ese pedazo de hombre.

«¿Hola? ¿realidad? ¿puedes venir a buscarme?», pienso mientras me arrastra hasta el sofá con el helado a cuestas.

—Vale, pero abstente de comentarios demasiado mundo ideal.

—Lo prometo.

Acabo contándoselo, cómo no. Vale, omito que mi lívido sube demasiado y que me excitan en demasía sus besos. También omito los detalles muy pecaminosos, mi madre ya tiene demasiada imaginación para ello.

—Pero niña, si es perfecto para ti, ¿qué haces que no sales con él?

Evidentemente, mi madre no sabe nada sobre las secuelas que el maravilloso Eric me ha dejado y que a consecuencia de ellas soy reacia

al amor. Y precavida, muy precavida.

—Ya sabes que soy muy precavida —respondo simplemente, sin entrar en detalles.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que te haga daño? No puedes dejar de vivir por esa razón.

—Lo sé.

Cuando Caye aparece por la puerta, mi madre y ella se abrazan. A veces me pregunto qué ha salido mal para que mi madre y mi mejor amiga se quieran tanto.

—¿Le has contado lo de *Míster Pornoascensor*? —dice mi amiga partiéndose de la risa.

—Me chifla el mote —dice mi madre.

—¡Caye, que es mi madre! —me quejo yo, siendo ignorada deliberadamente—. ¿Y tú dónde estabas? Te he dejado dos mensajes, estaba preocupada —la riño.

—He tenido una cita, y no, no ha sido con McIdiota.

Ahora McHeather, que había pasado a McHottie, es McIdiota.

—¿Entonces con quién?

—Pues con el hijo de los Ferreira, por supuesto —responde con naturalidad, como si supiese quién es.

—¿Quién es McIdiota? —pregunta mi madre.

—Oh, cierto, tengo que contarte, mami. —Sí, Caye llama mami a mi madre.

Eric: Tengo que hablar contigo, Carla. Perdóname por lo del otro día, no entiendo qué me pasó, me asusté mucho y supongo que tú también.

No puede ser, Eric sigue en Barcelona.

Carla: Déjame en paz.

Prefiero ser borde, contundente, y firme.

Eric: No puedo pensar en otra cosa que no seas tú. Te quiero de vuelta, sugus de fresa.

Creo que, si ahora mismo me sacan sangre, no sale. Llámame por mi apelativo más cariñoso es muy ruin. Demasiado ruin.

Recuerdo aquel día perfectamente, la noche anterior había llamado a mi puerta diciendo que me necesitaba. Era la cuarta vez y yo empezaba a ser consciente de que no podía seguir así, por eso le dije que no podía hacerlo, aunque acabé pasando la noche con él.

A la mañana siguiente estaba decidida a decirle que era la última vez, pero me desperté con el desayuno que me había preparado, y luego me llevó a una pequeña feria que habían montado por ser las fiestas de Barcelona. El apodo vino porque ganamos disparando una bolsa de chuches y yo le dije que solo me gustaban los sugus de fresa, que los demás siempre los tiraba. Me dijo que yo era como un sugus de fresa y, cuando me hacía enfadar, me llamaba de esa manera.

Admito que fue una solemne tontería compararme con un sugus de fresa. Pero entonces me había parecido súper romántico y yo estaba en el maldito Olimpo, hasta que una semana después me dijo *aur revoir* y se fue a Madrid.

No llego a contestarle, odio tener esos recuerdos vagando por mi mente, son dolorosos y estúpidos. Mañana tengo la última vista del

caso y estoy nerviosa porque será Alejandro quién lleve la voz cantante y yo estaré a su lado asistiéndole. Odiaría estar distraída por esto.

Eric: Contéstame por favor.

¿Por qué tengo esta sensación? No le quiero, estoy segurísima, entonces, ¿por qué sigue doliéndome el pecho de esta manera cuando me habla o aparece por mi casa? No sé si es por el dolor o algo más. García Márquez decía que «*el afán de querer olvidarte es mi mayor ímpetu para recordarte*» y tenía razón.

Tengo que dejar de pensar en él si quiero olvidarle.

Carla: Me duele demasiado.

La sinceridad que acabo de dejar en el mensaje debe ser suficiente.

—¿Qué haces mirando el teléfono como si estuvieses a punto de llorar? —Mi madre me hace volver a la realidad con su comentario

—Estaba escribiéndome con la prima Elisa, la echo de menos — miento.

Caye lo caza al vuelo y le pregunta a mamá si ya ha empezado a escribir un nuevo libro.

—No he empezado, pero tengo una gran idea en mente —exclama —. Y esa idea se llama *Amor en el ascensor*.

Me llevo las manos a la cabeza al oír eso. ¿Cómo? Ni en mis peores pesadillas.

—NI SE TE OCURRA ESCRIBIR NADA QUE TENGA QUE VER CONMIGO —le advierto rotundamente.

—No seas aguafiestas. Nadie se dará cuenta de que eres tú, la protagonista será rubia y de ojos azules —exclama, como si aquello me hiciese sentir mejor.

—Pero lo sabrá él, mamá. ¿No te das cuenta? No es mi novio, mamá —Creo que me estoy poniendo en plan exorcista.

—Pero dentro de poco lo será. —Sonríe mi madre, quitándose el pañuelo de seda que lleva en el cuello.

—Rotundamente, no. Mamá, yo y el amor somos como imanes, pero de la misma polaridad, nos repelemos —explico—. En mi vida anterior fui *Mata Hari* o una viuda negra, porque en esta no voy a ser feliz si no es estando soltera.

—Tampoco te pases —exclama Caye arrugando la nariz.

—¿Pero qué tonterías dices? El primer amor no siempre sale bien, te lo digo de verdad. Yo estuve enamoradísima de mi vecino desde que tenía quince años.

Mi madre nunca me había contado esa historia. Yo estaba convencida de que papá fue su primer y único amor.

—¿En serio? ¿Y qué pasó?

—Pues que un día se lo dije, y empezamos a salir. Hasta que tres días después me enteré de que no era su única novia, sino que tenía hasta tres. Imagínate el disgusto, pero no por ello me enterré en vida y le dije no al amor.

Mi madre lleva razón, pero su caso por supuesto no es comparable al mío, así que sigo en las mismas.



Faltan un par de semanas para graduarme pero llevo una toga demasiado grande que me da calor y estoy sentada junto a Alejandro,

el abogado de la defensa en el juicio contra Adolfo Moreno. El susodicho está sentado en el banquillo de los acusados pendiente de nosotros.

Me da la sensación de que el juez no es demasiado agradable, pero los hay peores y nos sentimos afortunados. Pero la fiscalía es agresiva, se trata de un joven que debe de haber aprobado hace poco y quiere ganar a toda costa. Eso me parece relativo porque, si el hombre es inocente, estarás mandando a prisión por asesinato a un hombre que no ha cometido el delito. Hay muchos documentales en *Netflix* que hablan sobre el tema.

—Señoría, llamamos al estrado a Mariona Espriu, también testigo de la fiscalía.

El juez revisa la lista y asiente.

—Se acepta el testigo, que pase.

Mariona, con un vestido azul marino de manga corta y unos tacones exageradamente altos —son unas plataformas muy veraniegas— se sienta en la silla. No parece nerviosa, con su cabello rubio recogido en una coleta y los ojos muy maquillados. Alejandro empieza a interrogarla, siendo muy profesional. Dios, cómo me pone verle en ese plan.

—¿Qué relación mantenía con la víctima, Rita Moreno?

—Ninguna —responde.

Primer error.

—¿Entonces no la había visto nunca en el gimnasio?

Al oír aquello se extraña, pero contesta.

—No, no habíamos coincidido.

—¿Ni con su hija?

Si dice que no, mete la pata, pues hay una fotografía colgada en

Instagram de ella en la que sale con varias compañeras en clase de tonificación. Sí, también averiguación mía.

—Creo que con ella sí, pero no tenemos más relación que esa — admite por fin.

—¿Conoce al señor José Ramírez? —sigue con el interrogatorio.

La fiscalía protesta por irrelevante pero el juez no la admite.

—No, no le conozco.

Y aquí es cuando sacamos todo el arsenal de fotografías, las que hice yo en el gimnasio, y otras que el investigador ha podido sacar en las que estaban juntos y enredados. Creo que al verlas enrojece un poco.

—¿Y su relación con el señor Moreno?

—No le conozco —se atreve a decir.

Sabe que se está metiendo en la boca del lobo y está intentando salvarse como sea, pero también otras fotografías demuestran lo contrario, cortesía del propio señor Moreno.

—¿Dónde estuvo la noche en que asesinaron a la señora Moreno?

Me faltan las palomitas, esto es mejor que ir al cine, lo digo en serio.

—Estuve en mi casa, sola.

Ya la tenemos en el bote.

—¿Su domicilio es el de la calle Córcega 224? —Ella asiente sin decir nada—. ¿No cogió un *Chevrolet* que estaba aparcado muy cerca de su domicilio?

—No, el mío es un *Mercedes* —responde siguiendo en sus trece.

—Tenemos una grabación donde sale de su domicilio diez minutos antes. ¿Adónde fue?

—No responderé.

Entonces el juez toma las riendas del interrogatorio.

—Le hago la misma pregunta, señorita Espriu.

Primero su cara se vuelve roja como un tomate, y luego azul de aguantar la respiración hasta que explota.

—¡Fue él quien me dijo que teníamos que matarla! —dice señalando a José.

Toda la sala se conmociona pese a que el juez va pidiendo silencio.

La hija de Rita Moreno se pone a insultar a José llamándolo manipulador e hijo de la gran p***. El señor Moreno insulta a Mariona Espriu con nombres bastantes despectivos, que no repetiré, mientras que esta y José se insultan mutuamente.

¿Y qué pasa al final? Lo que tenía que pasar, detienen a Mariona y a José como presuntos autores del asesinato de Rita Herrea. Así es como ganamos el caso.

Cuando salimos del juzgado, Alejandro está eufórico.

—Bambi, suerte que viniste a hacer las prácticas, no sé qué hubiese hecho sin ti —dice mientras me abraza.

No soy de piedra, así que respiro hondo y me calmo, porque mi lividez no tiene censura alguna.

—Lo hubieses acabado resolviendo igual —admito.

—Puede, pero no con tanta rapidez. Eres mi amuleto de la suerte. Por cierto, metí tu currículum y te llamará el socio de tributario —suelta de golpe.

Lo miro con el ceño fruncido. ¿Por qué lo ha hecho? Ni siquiera sé qué quiero hacer con mi vida.

—Oye, no te lo he pedido. No sé si quiero dedicarme al derecho fiscal.

—Se te da muy bien. Pensaba que eso era lo que querías.

Estoy algo molesta. No es algo que quiero que decidan por mí, y tampoco quiero que mi ligue —si es que puedo llamarlo así— me busque trabajo.

—Debiste consultarme —respondo fríamente.

Se detiene mientras me mira poniéndome ojitos.

—Si no quieres ir, solo di que no.

—No lo sé. Tengo que pensarlo.

La verdad, estoy hecha un lío, y puede que haya sobreactuado, pero no pienso con claridad.

—Está bien, pero no te enfades. Hay que celebrar esta victoria, ¿cenamos? —dice intentando cambiar de tema.

—No puedo, tengo una fiesta. Y tú también.

No me he olvidado de la fiesta a la que mi madre prácticamente me ha obligado a ir.

—¿Yo? —pregunta extrañado.

—Mi madre está en la ciudad y te ha invitado —le aclaro, para que sepa que no ha sido idea mía.

—Entonces tendré que ir. Tu madre me adora y lo sabes —dice con seguridad.

Mi madre... ¿y quién leches no lo hace?



Tengo los nervios a flor de piel.

No puedo creer que mi madre, en tan solo un día, haya mezclado todos los ingredientes para poder hacer un maldito cóctel molotov y que esté a punto de explotar en mi cara, porque eso mismo es lo que va a pasar esta noche en la fiesta de su amigo el escritor más kafkiano que he conocido.

Mamá, como siempre, se ha puesto un vestido sin mangas, de cuello redondo, negro y recto hasta las rodillas, y el cabello recogido. Caye se ha decantado por uno rojo pasión, corto y con escote pronunciado —no puede ser de otra forma— y a mi me han obligado a ponerme uno demasiado estrecho para mi gusto, azul marino, con un hombro al aire.

Alejandro no ha llegado todavía y estoy deseando que tenga una emergencia para que no lo haga. No porque no quiera verle, por supuesto, sino porque mi maravillosa madre ha tenido la gran idea de invitar a Eric ya que sigue en Barcelona. Alejandro y Eric en una misma fiesta no puede ser bueno, no señor.

—Estás impresionante, Carla. —Su voz aterciopelada me sobresalta.

—Eric, querido, ¿no vas a darme un beso? —dice mi madre al verlo.

—Por supuesto, tía —responde dándole un sonoro beso en la mejilla.

Cuando quiere, por supuesto, es encantador. Cayetana, de mientras, lo observa con cara de pocos amigos, y yo, sin poder quedarme más rato ante tanta pantomima, me largo a la barra que está en el jardín de la casa para tomarme una copa de vino.

—Tenemos que hablar. —Vuelve a aparecer a mi lado.

Es como una pesadilla sin fin.

—No hay nada de que hablar, aléjate de mi —respondo sin mirarlo.

El suelo en este caso es una buena alternativa.

—Carla, he estado pensando mucho. Quiero que lo intentemos, de verdad. Quiero que salgamos, como una pareja normal.

No sé qué cara poner cuando escucho eso. Ahora. Ahora quiere intentarlo. Ahora que me he olvidado de él, que he pasado página y que estoy rehaciendo mi vida. Antes hubiese dado quién sabe qué para escuchar esas mismas palabras, pero ahora para mí, no valen nada.

—Eric, he conseguido olvidarme de ti, me costó, pero lo conseguí.

—Carla... —empieza a hablar, pero le interrumpo.

—Escúchame. Es precisamente por esa razón por la que me vienes ahora con estas, porque estoy rehaciendo mi vida y ves que ya no estaré a tu disposición cuando te venga en gana. ¿Sabes qué pasaría si te dijera que sí? Que acabarías como siempre, largándote. Porque en el fondo no me quieres, no estás enamorado de mi y nunca lo has estado.

Mis palabras fluyen poco a poco, pensando en que le harán reflexionar, pero veo que niega con la cabeza.

—No es verdad —dice acercándose a mí—. Me largaba porque tenía miedo, porque me estaba enamorando de ti y eso asusta, Carla. Puedes llamarme cobarde, pero es así. Y fue cuando tu madre me dijo que el imbécil de Alejandro iba detrás de ti, que me di cuenta de que todavía te quiero y si no hacía algo, te perdería. Ahora dime que no te mueres por besarme.

Sus dedos me rozan el brazo con el que sostengo la copa y sí, se me pone la piel de gallina. ¿Qué tengo que decirle? Respiro, mientras miro sus labios, y puede que sí, que sigan gustándome, pero no ignoro el hecho de que hay otros labios que me muero por besar.

Antes de que pueda responder, unos brazos me agarran por la cintura y me apartan de su lado. No hace falta girarme para saber quién es.

—No te acerques a ella —ruge con una voz que jamás le había

oído.

—Alex, cuánto tiempo. Yo de ti no me encariñaría mucho con ella —dice sonriendo Eric.

—Eric, basta —le advierto—. Vámonos —me dirijo hacia Alejandro.

No puedo hacer esto, es demasiado incómodo, tengo que salir de aquí, y eso termino haciendo, desconcertada y demasiado fatigada y cansada como para decir nada a nadie. Me quito los zapatos de tacón apoyada en el muro exterior de la casa donde se celebra la fiesta, pudiendo respirar tranquila.

Maldito Eric y sus confesiones repentinas. Un año atrás no hubiese dudado en acudir a sus brazos, era todo lo que yo quería. Pero no ahora. Me rompió el corazón de una forma en la que ya no podía volver a amar, simplemente no podía abrir mi corazón alegremente como cualquier otra persona. Pero Alejandro se ha hecho un hueco a medida de empujones y de mucho insistir, y aun así no estoy realmente lista. No esperaba que Eric dijera esas cosas, me ha pillado completamente desprevenida.

Y, por supuesto, aún tengo las marcas de la otra noche, y de eso tampoco me olvido.

—¿Carla? —dice Alejandro apoyado en el muro con los brazos cruzados.

—Estoy bien, no te preocupes —murmuro.

—Yo no diría eso viendo tus tacones. Son de una altura considerable, si te caes con ellos sería como caer desde un mínimo de tres peldaños.

Dicho esto, y desprevenidamente, se inclina hacia mí y me coge en volandas.

—Oye que puedo andar —me quejo.

Sí, me quejo, pero no hago nada para que me suelte.

—¿Descalza? Ni hablar, Bambi.

Camina hasta llegar tres calles más abajo, donde tiene el coche aparcado. Su silencio respecto al tema Eric me mata.

—Pregunta, vamos —digo finalmente, no puedo dejarlo pasar sabiendo que en su cabeza se estará montando una gran película.

Me deja en el suelo delante de la puerta del copiloto, yendo él hasta el otro lado.

—No voy a hacerlo —responde subiéndose al coche—. Te has ido conmigo, ¿verdad? No necesito saber nada más.

No es de verdad, Alejandro Blanc no puede ser real. ¿Me lo estaré imaginando? ¿Será como uno de esos amigos invisibles? ¿Estaré en coma y soñando?

—¿Estás loco? —digo solamente abriendo la puerta del coche.

Porque no hay otra explicación, sin duda.

—Solo por ti. Sube, vamos —responde divertido.

Hablando en serio, ¿cómo no voy a enamorarme de este hombre?

Así que subo al coche, sin saber adónde vamos, pero no me importa.

Cuando para el coche delante de mi casa me doy cuenta de que no vamos a ir a ningún sitio.

—Gracias por traerme. —Me acerco a su mejilla y la beso con timidez, como si tuviese otra vez dieciséis años.

—No me las des. ¿Sabes que la semana que viene es la última? Te echaré de menos por allí, Bambi.

Cierta nostalgia me invade cuando dice eso. ¿Tan rápido han pasado tres semanas? Cuesta de creer.

—Puede que sigas viéndome por allí, quién sabe.

He estado pensando es el currículum que envié por mí. Como no sé qué es lo que quiero, sería ridículo cerrarme puertas.

—Me alegra oírte decir eso. Oye, ¿quieres ir al cine mañana? Y antes de que digas nada, eso sí es una cita —remarca.

—Lo que tú digas, pero yo escojo la peli.



A la mañana siguiente, intento evitar a mi madre todo lo posible, pero acaba siendo imposible, por supuesto.

—Me voy dentro de una hora, por si lo preguntas, la presentación ha sido un éxito. ¿Estarás bien de verdad? Hay algo que no me estás contando, y tú siempre me lo cuentas todo —insiste en cuanto me ve.

Estoy deseando que se vaya porque sé que, si empieza a hablarme, acabaré cediendo y no quiero contárselo. No puedo hacerlo, simplemente no quiero que de golpe vea a Eric como a un monstruo porque, sí, puede que me hiciera daño y sí, me rompió el corazón y sí, jugó conmigo, pero lo conozco desde que tengo uso de razón y no siempre ha sido malo, y menos con mis padres que lo adoran y sé que Eric los adora a ellos también, igual que yo también quiero a los suyos.

No sé si suena algo masoquista, pero a mí me parece razonable.

—En serio, mamá —repito yo por cuarta vez.

—En la fiesta, ¿por qué Eric se peleó con Alejandro?

Por supuesto que se dio cuenta, ¿si no a qué venía tanta insistencia?

—No se llevan bien —respondo sin más.

—Y no tiene nada que ver con que Eric te mirase como si fueses un

oasis en medio del desierto, ¿verdad?

—Ay mamá, no uses frases de novela romántica conmigo por favor. Y no me miraba así —empiezo a alzar la voz.

Solo quiero que salga de mi habitación.

—Te miraba como si fueras la única mujer en la fiesta. Como si quisiera desnudarte con la mirada.

¡Dios! ¿Por qué no me tocó una madre normal? Una que no dijera cosas que rayasen la obscenidad.

—No estoy en la cabeza de Eric, no sé cómo me ve.

—No soy tonta, cariño. Sé que habéis tenido algo. Así que cuando estés lista para contármelo, allí estaré.

Por fin sale de mi habitación mientras yo callo como una muerta. La buena noticia es que Eric no me ha dicho nada más. La mala, que sospecho que esto no ha terminado.

Bajo a la cocina donde Caye está haciendo café.

—Yo también quiero uno, por favor —le pido oliendo el aroma del café recién hecho.

—No te lo dije, pero ayer me llamaron para ofrecerme un trabajo —me comenta contenta.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En *Crane, Poole & Schmith* —dice orgullosa—. Área de derecho civil. Les encanta cómo llevo los divorcios.

—Vaya, así que trabajarás directamente con la competencia de McHottie.

Se gira con una sonrisa de oreja a oreja.

—Oh, amiga, seré *la* competencia.

McHottie ha convertido a Cayetana en una máquina dispuesta a aniquilarlo.

Cuando llaman a la puerta pienso que es mi madre que se habrá dejado cualquier cosa, pero no. Me encuentro a mi prima mayor, Elisa, en la puerta con una maleta.

—¡Elisa! Me alegro tanto de verte —digo abrazándola con fuerza, hacía mucho tiempo que no la veía—. ¿Qué haces aquí?

—Pues tenía una semana de vacaciones y decidí venir ya que era también vuestra última semana antes de que os fuerais de vacaciones.

Está igual que siempre, con su cuerpo diez, su metro setenta y cinco y sus grandes ojos azules que ha heredado de la abuela. Cosa que yo no, heredé sus grandes pies.

—Pues casi pillas a mamá yéndose.

—¿De veras? Qué pena, me hubiese gustado haberla visto.

Elisa se instala en la habitación de invitados y luego baja mientras estamos desayunando.

El resto del día nos lo pasamos poniéndonos al día y vagueando por casa hasta que dan las ocho de la tarde.

—Oye Caye, ¿vuelves a salir con aquel chico? Creí que no te gustaba demasiado.

La veo arreglarse con un vestido de flores, muy mona y recatada.

—Y no me gusta, pero estoy poniendo celoso a McIdiota antes de irme del bufete.

—Ten cuidado. Ese chico tiene sentimientos también. No dejes que sea una mera pieza de ajedrez.

A veces mi amiga puede ser algo cruel sin darse cuenta, es parte de su naturaleza.

Mi prima es agradable pero también la persona más cerrada y difícil de entender que existe en la tierra, lo digo en serio, además de ser muy inteligente y siempre hacer lo que le da la gana. Y rubia. No

parecemos primas, pero lo somos. Las dos podemos ser bastante bordes cuando nos lo proponemos, eso sí. ¿Sabes cuando sales de fiesta y siempre está la amiga borde? Pues esas somos nosotras.

—¿Por qué estas tan flaca? ¿Habéis dejado de comer pizza? — exclama.

—Mal de amores —contesta Caye por mí.

—Lo que necesitas es un buen...

—¡Sales en la tele! —exclama mi amiga antes de que mi prima continúe.

Sí, esa que está caminando soy yo, entrando en los juzgados.

—¿Te pusiste mi vestido? Cerda —se queja Caye.

—Tuve una crisis de vestuario. Gracias a que lo hice, salgo decente en la tele.

—¿Ya te llevas mejor con tu jefe? —pregunta Elisa, que no tenía ni idea de lo que había pasado.

—Se llevan más que bien —dice Caye con segundas intenciones.

—Sabía que acabaría pasando, es tan tu tipo —responde mi prima sin una pizca de asombro—. Muchas estaban loquitas por él en la universidad. A mí me atraía.

—Me dijo que había tenido una novia. ¿Quién era? —le pregunto a Elisa.

—En último curso, Olivia Otegui.

Es mundialmente conocido que nunca es bueno ver a las ex, pero me muero de curiosidad así que la busco. Por vuestra salud mental, no lo hagáis, porque si no es un orco de Mordor, la autoestima puede bajar en picado. Y Olivia Otegui es más bien una elfa sexy y despampanante.



Tengo una cita con Alejandro, la primera sin contar la cena de trabajo. Estoy, contra todo pronóstico, nerviosa. No tiene ningún sentido, pero lo estoy. Me pasa a recoger y vamos al cine y a cenar.

—Bambi, no sé cómo puedes gustarme —comenta Alejandro divertido—. ¿Cómo puede parecerme mejor la *Nutella* que la *Nocilla*? ¿Cómo?

—De toda la vida la *Nutella* es mejor. Tengo otra, ¿*Cola-Cao* o *Nesquik*?

—Cola Cao por goleada.

—¡*Nesquik*! Odio los grumitos.

—Pero si los grumitos son lo mejor. Si fallas esta dejamos la cita, porque veo que las reglas básicas de la compra no vamos a pasarlas, Bambi, y no quiero divorciarme.

—Eres un dramático —respondo terminándome la hamburguesa.

—¿Palomitas dulces o saladas?

—Saladas.

—¡Sí! Nuestro futuro matrimonio sigue en pie.

Son en estos instantes en los que me pregunto, ¿por qué no pude conocerlo antes?

—Pero yo aún no he aceptado.

—Tiempo al tiempo. Ya tengo a tu madre en el bote, y tu mejor amiga es sobornable. Ahora solo falta que tu padre me vea como el futuro yerno perfecto.

—Caye no es sobornable —digo con toda seguridad.

—Tengo información de McHeather que no dudaré en usar.

—Arg, eso es trampa. Pero lo mismo puedo hacer yo, lo sabes, ¿verdad? —digo suspicazmente.

—Maldición, es cierto.

Terminamos la cerveza y salimos del restaurante. Ir al cine y luego a cenar ha sido una cita que me ha encantado, lo digo en serio.

Nos subimos a su coche, me estoy acostumbrando a su presencia y se me hace familiar. Llegamos a mi casa discutiendo sobre el final abierto de la película.

—Bambi, espero que después de esta primera cita decidas llamarme.

—Te dejaré con la intriga —bromeo

—Sé que no estamos en el ascensor, pero voy a besarte igualmente. Se inclina hacia mí y deposita un suave beso en mis labios.

—No sabía que solo podíamos besarnos en el ascensor.

—Ya no, aunque no dejaré de hacerlo, ya sabes, para no perder la costumbre.

—Eres imposible.

—Y tú, Bambi. Buenas noches.

—Buenas noches.

Salgo del coche y entro en casa. No hay nadie, Caye y mi prima han salido, así que voy hasta mi habitación con una sonrisa y haciendo un bailecito de la felicidad. Entro y al abrir la luz casi me muero del susto.

—Carla, no digas nada.

—¡Acabas de darme un susto de muerte! ¿En qué estás pensando Eric?

El corazón me palpita con fuerza y me pongo la mano en el pecho. Aquí está, sentado en mi cama con los ojos tristes y observándome con suma intensidad.

—Prometo que esta vez va a ser la última que hable contigo de

esto, y luego te dejaré en paz.

Lo miro con desconfianza.

—Di lo que tengas que decirme y luego vete, por favor.

—Está bien —asiente, y tras una breve pausa empieza a hablar otra vez—. No debí haberte besado en aquella fiesta, la primera vez. Ibas con un vestido rojo tremendamente provocador, bebí demasiado y no pude reprimirme. Siempre me gustaste, la forma en que me mirabas admirándome, la paciencia que tenías para ordenar mis libros alfabéticamente, cómo me contabas historias sobre las películas que habías visto... y yo solo era un patán que iba en moto y entendía de fútbol. Contra todo pronóstico, te gustaba. Pensé que era una fase, yo estaba en último curso y tú en primero, acabarías besándote con otro en alguna fiesta y te olvidarías de mí. Todo lo que te dije durante la fiesta iba en serio. Sé que me porté mal, pero tenía miedo de que en cualquier momento vieses que no me merecías, así que antes de que tú me hirieses, me alejaba yo. Tenías dieciocho años, a ojos de tus padres y de los míos seguías siendo una niña. ¿Qué crees que hubiese pasado si llego a venir de la mano contigo? Todo se hubiese desmoronado. Aun así, fui un cobarde, y soy un egoísta porque sigo queriéndote y me pesa más que estés con otro así que, aquí estoy, incluso puedo pedir el traslado a Barcelona. Solo dilo y voy a luchar por ti. No hay nadie que te conozca más que yo, me sé tus cicatrices y sus causas de memoria, podría trazar un mapa de tu cuerpo con los ojos cerrados, sé lo que estás pensando en cada momento.

Se levanta de donde está sentado y alza mi cabeza agarrando el mentón.

—Siempre serás mi sugus y yo tu perdición de ojos grises.

Creo que voy a ponerme a llorar, porque esto no es justo.

—No puedo, Eric.

—Mírame a los ojos y dime que ya no sientes nada.

Tiene que parar, tengo que parar este sinsentido.

—Eric, hay cosas que tardan demasiado tiempo y cuando llegan, ya es tarde. Puede que tú no te hirieses, pero el daño me lo hiciste a mí, y no lo supera el amor que dices tener, no lo compensa. Así que, si de verdad me quieres, vas a hacerte a un lado y dejarás que yo sea feliz.

Son las palabras más difíciles que he tenido que decir nunca.

Asiente, está abatido. Deseo abrazarle y decirle que no puedo pero que sigue estando en mi corazón, porque eso es lo que pasa cuando yo quiero a una persona, que jamás se va del todo, aunque lo desee. Puede que no lo quiera como antes, pero aún lo hago. No creo que pueda dejar de hacerlo del todo. Se me escapa una lágrima que rueda bajando por mi mejilla.

—No llores, preciosa. Siempre voy a quererte. —Me limpia las lágrimas con las manos y, sin darme cuenta, noto sus labios en los míos fugazmente. Después sale de mi habitación.

Estoy llorando como una magdalena, sí, soy estúpida porque no se merece mis lágrimas. Llora por mí, porque no puedo odiarle después de todo, pero tampoco puedo quererle igual. Sin perder el tiempo, cojo las llaves y salgo de casa corriendo, sin parar hasta llegar a mi destino.

No soy muy consciente de mis actos, pero estoy mandando a la mierda a mi yo racional. Dios, puede que vaya a reprocharme esto más adelante, pero quiero hacerlo, deseo hacerlo.

Es la única manera de olvidar lo que ha pasado, de saber a quién pertenece mi corazón. Porque una vez lo haga, no habrá vuelta atrás.

— ¿Qué pasa? — dice él confundido.

Sin mediar palabra, me abalanzo sobre él y le beso. Cierra la puerta con dificultad, sujetándome por la cintura. No quiero soltarle.

— Quiero estar contigo — susurro, aunque las lágrimas siguen brotando.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí.

— ¿Entonces? — Me mira confundido, sin saber muy bien qué estoy haciendo en su casa.

— Esta es la parte de la película en la que la chica se da cuenta de que no quiere estar sin el chico así que, en un arrebato, después de superar sus miedos, llama a su puerta y le dice que lo quiere.

No sé expresarme mejor, pero eso es lo que acaba de pasar, sumado a querer pasar página con Eric y a que, al decírselo, al decir lo que yo siento, es como si se volviese real porque ya no hay vuelta atrás. Para mí, en este instante, se abren las puertas de par en par, sacándome la armadura que me pong cada mañana y dando todo lo que hay en mí.

— Ven aquí.

Me abraza con fuerza, estrechándome entre sus brazos. Me siento tan a gusto que me olvido de que el tiempo existe. Me olvido de todo a mi alrededor. Solo estamos él y yo.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que paro de llorar, dándome cuenta de que sigo pegada a él.

Su mano se pone en mi cintura y la otra llega rozando mi nuca. Empiezo a sentir un cosquilleo en mi interior.

Tímidamente bajo los brazos hasta el extremo de la camiseta que lleva y la subo hacia arriba, quitándosela. Su pecho desnudo se me

antoja perfecto, y quiero besarlo, recorrer con mis labios todos sus pectorales, así que lo hago. El mero roce de sus labios en mi nuca me estremece haciendo que un cosquilleo se esparza por todo mi cuerpo. Quiero mucho más, sentirlo entero.

—Bambi, yo quiero, pero si tú...

—Yo también. —Lo observo con ojos deseosos—. Te quiero —confieso.

Ya lo he dicho, ya puedo morir en paz.

—Pensé que nunca me lo dirías, Bambi. Yo también te quiero. — Me devuelve el beso sonriendo como un niño.

De un plumazo mi camiseta está limpiando el suelo y él intenta desabrochar el sujetador con dificultad. Creo que los dos hemos esperado este momento con demasiada intensidad. Cuando lo logra, sus ojos se llenan de placer al ver mis pechos desnudos ante él. Acerca la boca dejando su aliento en mi pezón, desliza su lengua en uno de ellos y luego vuelve a besarlos. Me estoy poniendo demasiado cachonda así que empiezo a bajarle los pantalones quedando en calzoncillos. Primero rozo una mano por encima de la tela notando su miembro abultado, cosa que incrementa mi lívido. He soñado demasiadas veces con ello, innumerables.

—Desátame la cremallera —le pido, poniéndome de espaldas a él.

Así lo hace, quitándome la falda. Sin movernos de nuestra posición, mueve su mano por delante de mi sexo, acariciándolo. Suspiro de placer mientras araña mi piel de la parte interna de los muslos, haciendo que mi espalda se arquee demandando más. Luego me baja las bragas quedándome casi desnuda a excepción de los zapatos, pero aún no voy a quitármelos. Me siento sexy con ellos. Cada dedo que se desliza dentro de mí es una tortura llena de placer

hasta que empiezan los espasmos.

—Bambi, quiero sentirte encima de mí.

Hace que me gire de golpe, estamos el uno frente al otro y vuelve a besarme, esta vez con más urgencia. Dispongo las caderas delante de las suyas, sintiendo su miembro cerca de mi entrada. Inesperadamente dejo de besarle, queriendo quitarle los calzoncillos, empezando a lamerle el miembro, pero me detiene.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Me pones demasiado, y quiero que dure —confiesa.

Asiento mientras me lleva a cuestas hasta su habitación. Antes de llegar a la puerta sí que me quito los zapatos con facilidad, ahora estoy tan desnuda como vine al mundo. Me sienta en la cama y se quita la ropa interior, dejando al aire y libre su miembro grande e intimidante. Dios, estoy que expiro fuego, no puedo esperar a que esté dentro de mí. Estoy excitada, mucho.

Joder, no he estado tan puesta en mi vida.

Se pone encima, dando pequeños besos a mi cuello mientras sus manos atienden a mis pechos, masajeándolos exhaustivamente. Cuando sus labios lamen los pezones duros, sé que necesito apagar esta ansiedad que se está formando en mi interior.

—Eres preciosa. —Lame el lóbulo de mi oreja mientras sigue excitándome con la mano, notando mi cavidad tan mojada como mi propia boca.

—Quiero... Alejandro... —Logra que gima.

Necesito que entre ya, necesito encontrar alivio de este quemazón que hasta empieza a doler. Abre un cajón de la mesilla de noche y saca el preservativo, colocándoselo con rapidez. Luego sus manos van a parar a mi trasero, agarrándolo con fuerza, notando en los glúteos sus

manos fuertes y excitantes. Su miembro se adhiere a mí haciéndose paso poco a poco. Hace tanto desde la última vez que cuesta un poco, así que hago una mueca de dolor.

—¿Carla? —pregunta él antes de enterrar su miembro enteramente.

—Hazlo, no voy a romperme —respondo, levantándome yo misma hacia su cadera.

Algo se desencadena dentro de mí, algo que me hace querer más, así que ligo mis manos a su cuello y gimo.

—Dios Carla, cuando gimes así pierdo el control.

Es un vaivén al principio lento, pero luego mas rápido, me hace suspirar de placer, sus estocadas firmes llegan a llevarme hasta el maldito cielo. Creo que voy a desmayarme de tanto placer que estoy sintiendo.

—Estoy a punto de correrme —le informo.

Entonces aprieta mis dos manos con las suyas entrecerrándolas, aumentando la velocidad de las estocadas.

Nos fundimos en uno, con su nombre en mis labios y el mío en los suyos.

RECIEN CAZADA



Artículo 66 del Código Civil: *Los cónyuges son iguales en derechos y deberes.*

Hay un proverbio de esos, y creo que también una canción, que dice que antes de la tormenta siempre viene la calma. Pues eso, más o menos, es lo que acaba de pasar. La última semana de prácticas fue como vivir en una nube de algodón de azúcar, parecía que llevaba unas gafas de sol con cristales rosas y me levantase como la Cenicienta, pero sin pájaros ni ratones, solo música de la radio. La diferencia es que yo veía a Alejandro todos los días y Cenicienta estaba contenta de ir a pasar la fregona, teníamos prioridades distintas.

Pero hoy ha sido de esos días en los que maldices haberte levantado. No me lo he topado en el ascensor, raro, pero tampoco voy a comerme la cabeza por eso. Es mi último día, la detención que había cubierto había acabado bien, y aunque podría haberme marchado a casa directamente, quería decirle a Alejandro que me iba. Echaría de menos los momentos en el ascensor, pero sobretodo su buen humor matutino y las veces que me hacía reír. Ahora que había solucionado el problema con Eric, tenía la esperanza de que todo sería más sencillo, me había abierto a él, cosa que me había costado horrores, y él era consciente de que de la noche a la mañana no me convertiría en una persona que no era, pero sería... entonces mi mente ha dejado de

funcionar al entrar en su despacho.

—Perdona, no sabía que tenías visita —digo ya en el interior.

Nunca llamo a la puerta, es una mala costumbre, pero es así.

Es la voz de una chica. Esa chica morena de ojos verdes, de medidas perfectas y cutis impoluto. La he visto antes, creo. Ya recuerdo, Elisa dijo que era su ex, la que lo dejó plantado por un trabajo en Madrid. Lo que ignoro, y me cabrea, es por qué está tan cerca de Alejandro, *mi* Alejandro. Tan cerca que la proyección de sus labios iba directa a los de él. Se separa al escucharme.

Iban a besarse, por supuesto que sí. Si yo no hubiera entrado, se habrían besado.

Como si alguien me hubiera dado una patada en el estómago, el corazón me da un vuelco. Veo a cámara lenta cómo él camina hacia mí. Mi cabeza tarda en reaccionar, o al menos mi cerebro, porque mi cuerpo sí, y corro hasta la entrada. Cuando las puertas del ascensor se abren, entro. Él intenta parar las puertas, pero llega tarde. Me quedo inmóvil, mirando al suelo, aún asimilando lo que acaba de pasar.

Dios Carla, eres patética, ¿en qué estabas pensando? ¿Qué sería diferente? ¿Qué él sería diferente? Todos los hombres son iguales.

Conduzco todo el trayecto hasta casa por inercia, rebobinando en mi mente lo que acabo de ver. ¿En qué momento mi yo racional me ha abandonado? Me siento tan estúpida, al fin y al cabo, él es un abogado de éxito de veintisiete años, demasiado atractivo para la vista y yo una simple estudiante a punto de terminar la carrera, del montón, con demasiados problemas. Me he permitido el lujo de enamorarme de él cuando no debería haberlo hecho.

Al entrar en casa Caye está en el sofá, viendo la televisión. Me siento a su lado y al ver que no estoy bien, me abraza, acariciando mi

cabello. No hace falta que le diga nada, ella ya sabe que no me apetece hablar. Mis ojos son demasiado expresivos y me conoce demasiado bien.

Unos gritos me despiertan, sigo en el sofá, pero sola. No sé en qué momento me he quedado dormida, pero ahora me duele la cabeza, supongo que es de tanto pensar. Oigo a Cayetana, bastante enfadada. ¿Será McHeather? No sé en qué momento ambas hemos dejado que dos inútiles nos mangoneen de esta manera. Me incorporo y voy hasta la puerta.

Genial, está discutiendo con Alejandro. Al verme ambos se quedan en silencio. Le hago un gesto a mi amiga para que nos deje a solas, puedo lidiar con ello, y así voy a hacerlo. En realidad, no estoy muy segura de poder, pero al menos tengo que intentarlo. Dicen que el ser humano es el único animal que tropieza con la misma piedra, pero no pienso volver a cometer el error de perdonar, no esta vez.

—Se presentó en el despacho sin avisar, ni siquiera sabía que estaba en Barcelona —dice en voz baja.

—Ya, Alejandro. No soy estúpida.

—Se abalanzó sin más, no pasó nada... —Su rostro tiene impresa la palabra culpabilidad.

En este momento le odio con todas mis fuerzas. No se puede ir enamorando a la gente para luego darle falsas esperanzas y romperles el corazón. Como a mí.

—¿Y si no llego a interrumpir? No somos nada así que no tienes por qué darme explicaciones. Aun así... —Esto está siendo más difícil de lo que pensaba y las lágrimas empiezan a brotar, pero las contengo,

no quiero hacerlo, no delante de él—. Me ha dolido porque he sido una tonta confiando en ti —al decirlo me tiembla la voz—. Eres igual... —Iba a decir igual que Eric, pero me interrumpe.

—No, Bambi, no me compares... te juro que no he hecho nada. Si no puedo subir a un ascensor sin desear que estés conmigo, no hay día que no me levante pensando en ti. Eres la única con quien puedo bromear y hablar de películas sin que pienses que estoy loco.

Se acerca a mí, demasiado. Mi corazón se acelera, ignorando esa voz que me dice que no, que no es bueno.

—Pero la quieres todavía, en el fondo le ibas a corresponder al beso y quién sabe si yo no hubiera aparecido.

—No, Carla.

—No me mientas, ¡maldita sea! Sé sincero, por favor.

Se pasa la mano por la cara y traga con dificultad.

—Es que... ¡no lo sé! Pero no quiero perderte, te quiero —acaba confesando, tal y como sospechaba.

Respiro hondo antes de hablar, porque esto me ha dolido más que si me hubiesen disparado por la espalda.

—Qué te vaya bien la vida, Alejandro —respondo, antes de cerrarle la puerta en las narices.



Los días siguientes al día D, han sido un asco. He estado tirada en el sofá, viendo películas románticas con una botella de vino y un helado *Häagen Dazs* de *cheescake*. Cuando *Harry encontró a Sally* es probablemente una de las mejores películas de todos los tiempos y tiene la mejor confesión de todas:

«Te quiero cuando tienes frío a 21 grados, te quiero cuando tardas una

hora para pedir un bocadillo, adoro la arruga que se te forma aquí cuando me miras como si estuviera loco. Te quiero cuando después de pasar el día contigo mi ropa huele a tu perfume y quiero que seas tú la última persona con la que hable antes de dormirme por las noches. Y esto no es porque esté solo ni tampoco porque sea nochevieja. He venido aquí esta noche porque cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, deseas que el resto de tu vida empiece lo antes posible».

Creo que es la declaración más auténtica que he visto en la historia del cine. Dios, estoy muy deprimida. ¿Por qué Cupido es tan cruel? No sé que hice en mi vida anterior, pero debió de ser algo muy malo, mucho. ¿Ser una asesina en serie? ¿Ser Jack el destripador? Dicen que fue una mujer, así que hay posibilidades.

—¡Carla! Es sábado por la noche, deberías salir. Tengo un amigo que da un concierto, estaremos con sus amigos, ven.

Que mi prima me esté diciendo eso es preocupante. Ella que no sale nunca de fiesta.

—No quiero salir. Necesito helado para cubrir mis niveles de serotonina.

—¿De qué hablas?

Caye lleva puesto un espectacular vestido dorado con botas negras roqueras.

—Necesito suplir la oxitocina, serotonina y dopamina que produce el cuerpo cuando te enamoras y que pierdes cuando... ya no está — respondo con un hilo de voz.

—Ay por favor, sube a cambiarte o te arrastro al concierto en pijama. —Caye me coge del brazo y tira de él hasta que me muevo.

—Yo quiero un Harry, ¿sabes? Quiero ser Sally. No, mejor, quiero ser Olivia Otegui.

Mientras Caye y mi prima rebuscan algo decente en mi armario, me quito el pijama.

— ¿Quién es Olivia Otegui? —pregunta Caye alzando una ceja.

—Es la ex de Alejandro, la que se parece a Adriana Lima. La he buscado en Facebook —confieso.

—No quieres ser ella, tenía fama de zorra. Ponte este vestido y nos vamos al concierto.

Veo que es el rojo de tirantes bastante arrapado y que me hace unas peras enormes. Mi prima siempre saca lo mejor de mí cuando me viste.

—No debería salir de fiesta.

Cuando ignoro mi yo responsable y racional siempre acabo mal parada, dolida y frustrada. Como ahora, que ya me han roto de nuevo el corazón. Pensándolo bien, ¿qué es lo peor que puede pasarme?

Así que me coloco el vestido, los Louboutin negros y dejo que mis amigas me maquillen y me peinen para, al menos, simular que esta última semana no he estado llorando a moco tendido.

El concierto está muy animado, y el grupo toca bastante bien. Pido una segunda copa, no me apetece demasiado estar aquí, pero mis amigas se están esforzando en que me divierta. En la entrada veo a Marc McHeather y me pregunto qué está haciendo él aquí. Busca a Caye con la mirada y la encuentra. Camina hasta ella y empiezan a hablar, o más bien a discutir.

Veo cómo él le susurra algo al oído y ella se ríe. No se qué clase de relación han acabado teniendo, pero lo último que sé es que Caye está saliendo con Ferrara o Ferreira o como se apellide. Entonces él la besa, y ella después de besarlo de vuelta, lo empuja y sale del concierto. A estos dos no hay quién los entienda, de verdad. Al notar que el móvil

me vibra, lo saco del bolso.

Eric: ¿Qué tal?

Eric escribiéndome. Si algo tiene, es el don de la oportunidad.

Carla: Bien, ¿y tú?

Eric: Te echo de menos. Lo he intentado, Carla, pero me mata que no estés conmigo.

Y me lo pienso. No sé si son los celos hacia Olivia Otegui, el despecho o simplemente que me siento sola, pero le contesto algo que no debo, y mi yo racional lo sabe.

Carla: Estoy confusa, Eric. Tú me confundes.

De acuerdo, no es un *“ven a mi casa ya”* pero tampoco es un *“déjame en paz”*.

Eric: *Nogg* de calle Tuset, te espero allí.

Obviamente que su interpretación ha sido la correcta, ¿y qué hago yo?

Llevo ya dos copas y esta noche no voy a detenerme, porque estoy dolida, me duele el corazón y puestos a hacerse daño, ¿qué mejor opción que el mismo Eric me lo haga? No puedo caer más bajo en el escalafón de desgracias.

Le digo a mi prima que estoy cansada y que me apetece irme a

casa. Estoy mintiendo, sí, pero si le hubiese dicho la verdad habría actuado como el poli malo y retenido en contra de mi voluntad.

— ¿Estás bien? —pregunta ella a través del sonido de la música.

—Sí, no te preocupes. Hoy estás muy guapa, disfruta —respondo, dándole un pequeño codazo y haciendo que se sonroje.

Salgo de allí y me monto en un taxi, es lo más rápido. Nerviosa, y temblándome un poco las piernas, entro en el local. Está a petar, normal, es sábado. Sin saber muy bien qué hacer, observo a la gente. Hay muchos chicos trajeados y chicas vestidas de oficina. Reconozco algunos abogados del bufete que me saludan, y eso no es bueno. No veo a Eric así que me dispongo a marcharme cuando de reojo veo a Alejandro con Olivia, hablando con un grupo de personas. Oh, no, quiero morirme. Providencia, me estás castigando y no entiendo por qué.

—Carla. —Alguien me toca el brazo y me doy la vuelta instantáneamente.

— ¿Podemos salir de aquí? —le digo.

No estoy preparada para verle a él a solas, mucho menos para verle con ella.

—Por supuesto, vamos al coche. Me alegro de que vinieras.

Lo miro de reojo, sigue siendo atractivo, pero ya no es lo mismo. No siento lo mismo cuando lo veía antes que ahora. Es Eric, pero al mismo tiempo, no lo es.

Demonios, ¿por qué no puedo quitarme al otro idiota de la cabeza? ¿Dónde está lo de un clavo saca otro clavo? Puede que mis dos clavos estén ya demasiado oxidados para funcionar. Puede que la mejor opción sea ir a la ferretería.

«Carla, deja de comparar a los hombres con clavos, las metáforas

no son lo tuyo», me digo.

Me pone la mano en la espalda y nos disponemos a salir, pero alguien nos lo impide apareciendo en mi campo de visión.

—No te acerques a ella.

Es la voz de Alejandro. Me giro, viendo la cara de incredulidad de Eric y una medio sonrisa.

—No te metas —responde él.

—¿Estás bien? —Alejandro, con sus inconfundibles ojos verdes, me mira preocupado.

Quiero que deje de ser tan atractivo, amable, caballero de brillante armadura y de paso idiota, por favor.

—No te he pedido ayuda —le digo fríamente.

Él no es nadie, nadie para meterse en mi vida. Ya no.

—No seas terca, Carla —me responde riñéndome.

—Déjala en paz, está conmigo —dice Eric.

A ver, que he venido a este bar, pero no quiere decir que esté con él. Se están poniendo demasiado gallitos y a mí esto no me gusta.

—Sois idiotas.

Tras decir eso me voy corriendo hasta el baño. Leches, tengo que salir de aquí, ha sido una idea nefasta venir. Tendría que haberle hecho caso a mi lado racional.

—Así que tú eres Carla Fortuny.

Mientras me observo en el espejo pensativa, una figura aparece a mi lado. Es Olivia.

—Nadie te ha dado vela en este entierro.

Mierda, tendría que haberme callado, no quiero empezar una discusión. «Filtros, Carla, filtros», pienso. Pero sus perfectos ojos verdes, a juego con los de Alejandro, encienden mis instintos

asesinos.

—No eres gran cosa.

Espera, ¿acaba de decirme eso?

Y otra cosa, ¿qué sabe ella de mí? Supongo que si está aquí, en el baño marcando territorio, es que aún no ha conseguido lo que quiere y una satisfacción interior me invade de golpe. Pero eso no quita el hecho de que Alejandro siga sintiendo algo por ella.

Pero si de algo estoy convencida es de que ella no le quiere. Una persona que quiere a otra no le deja así como así, eso no es amor. Cuando quieres a alguien luchas por esa persona, no abandonas a la primera de cambio.

Pero qué puedo decirle yo. No voy a actuar como la mala de la película, ni como la víctima, soy mejor que eso. Tampoco suplicaré por su amor ni pienso pelearme con ella. Simplemente voy a hacerme a un lado. La miro a los ojos, rindiéndome.

—Si vuelves con él, Olivia, no vuelvas a romperle el corazón. — Mis palabras la dejan pálida, no se esperaba esta reacción por mi parte, supongo. ¿Gritos e insultos? Puede, pero no lo que voy a decirle —. Lo digo muy en serio, no se lo merece. Es una de las personas más especiales que he conocido, más bondadosa y graciosa. Es tierno y afectuoso, amable y comprensivo. Su amor es desinteresado y aunque ha sufrido, no permite que el dolor lo condicione. Sé que debería odiarle, al fin y al cabo, me hizo creer en un cuento de hadas y luego aquí estoy, hablando en el baño de este bar con la que probablemente sea la única a la que ha querido, pero no puedo. No voy a ser mezquina y egoísta, me estaría convirtiendo en aquello que tanto me ha hecho sufrir, por eso te digo que, si te quedas con él, no vuelvas a marcharte de su lado.

Espero a que diga algo, pero de su boca no sale ni un sonido. Suspiro y, viendo que no va a hablar, salgo del baño.

—Carla, espera. No te vayas con él —susurra Alejandro cuando salgo.

—¿Por qué? —Estoy cansada, muy cansada.

—Porque no le quieres.

—No es suficiente.

Hago el ademán de caminar hasta la salida, pero me sigue.

—Porque te quiero. Se lo dije a tu madre, a tu amiga, incluso se lo he dicho a Olivia, y no voy a dejar de decírtelo a ti. No me importa ella, solo necesitaba entender qué pasó, necesitaba un cierre con ella.

—Pues está muy convencida de que no es así. No lo hagas más difícil, Alejandro.

Sus brazos se enroscan en mi cintura y siento sus labios que se abren paso hasta mi boca. Estoy en casa, esa familiaridad con la que me toca, ese sabor que tanto he echado de menos.

—Quédate conmigo —dice en mi oído.

¿Quiero? Por supuesto, pero no.

—No puedo, duele. Dudaste, no quiero volver a sufrir.

Sé que, si me quedo algo más de tiempo a su lado, puedo llegar a ceder y no me da la gana.

—Solo fue una fracción de segundo, me pilló desprevenido, recordé lo que fue el primer amor, pero no lo hago, no siento nada ya.

Deseo creerle, pero la sombra de la duda se asoma y no estoy en condiciones de hacerla a un lado, no aún.

—Tengo que... no lo sé.

Quiero desaparecer, solo eso, ¿tan difícil es de comprender? Desde

ese fatídico día decidí vetar a todo hombre que quisiera traspasar las puertas de mi casa. Si ya lo decía yo, el amor no está hecho para mí, pero Cupido me ignora cuando le hablo.

Voy a ser la vieja de los gatos o la vecina frustrada sexualmente que acosa a los jovencitos, o mejor, una *sugar mama*, me buscaré hombres diez años más jóvenes. Más adelante, no me van los quinceañeros. Ay madre, qué vida mas asquerosa que me espera.

Esta mañana he tenido la entrevista con el socio de fiscal, y me ha caído realmente bien. No es tan mayor como el de penal, admito que su bigote blanco me perturba, tendrá unos cincuenta bien llevados. Lo bueno, si me dan el trabajo, es que estaría en una planta distinta y no tendría que cruzármelo. A él. Ahora es como el innombrable, tipo Lord Voldemort. Lo malo es que podríamos coincidir en el ascensor y eso no me hace ni pizca de gracia. La única ventaja es que subiendo diez plantas diarias voy a tener un culo de diez.

Miro los emails que tengo antes de emborracharme, porque esta noche lo necesito.

Ay, que hay uno del bufete.

No puedo creérmelo, ¡me han dado el trabajo! Empiezo a saltar como una loca en medio del salón. El plan borrachil se ha ido al traste.

—¡Caye! Ya tengo trabajo. Ahora podré comprarme los *Manolos* que tanto quiero —me emociono.

—Oh Dios mío, ¿vas a trabajar con *pornoascensor*?

—Estamos en plantas distintas, no te preocupes, y los de tributario no se mezclan con los de penal.

—¿Y cuándo empiezas?

—Mañana, estaré allí para presentarme a todos los del equipo y ver cómo funcionan las cosas, dos semanas de vacaciones y luego de vuelta. El viaje sigue en pie.

—Perfecto. Quiero tumbarme, no hacer nada, beber piñas coladas y ver pasar a los surferos —sueña Caye.

A la mañana siguiente, subo andando con mis tacones de vértigo. Me da igual, solo de pensar en que estaré a menos de diez centímetros y en el ascensor, me entra el pánico.

Los compañeros son muy agradables y el ambiente es bueno y relajado así que el resto del día se me pasa volando aprendiendo cómo funciona todo. A la hora de salir, mi recién adquirido buen humor se esfuma cuando me llega un mensaje de mi madre. Que casi había terminado la novela. Que se titula "*Amor en el ascensor*". ¿Por qué karma? ¿Por qué?

Mamá: Cariño, oye, ¿y cómo se te declaró?

Carla: Si te lo dijo a ti antes que a mí. No lo publiques por favor.

Mamá: Es demasiado bueno como para echarlo a perder. ¿Ya salís oficialmente?

Carla: Se ha acabado.

Mamá: Deja de decir tonterías, está loco por tus huesos.

Carla: Que no mamá, su exnovia está en Barcelona.

Mamá: ¿Y? Oye, que yo no he criado a una blandengue.

Mi madre me está llamando blandengue. Puede que sí, no soy el prototipo de matona de tres al cuarto.

Carla: Si quiere algo, que se lo curre.

No puedo bajar en ascensor, simplemente no puedo. Se me forma un nudo en la garganta y una lágrima se me derrama por la mejilla.



Al llegar a casa, me pongo el pijama y empiezo a ver una película de Audrey Hepburn en la cama, con el ordenador.

—¿Carla?

Escucho la voz de Caye a través de la puerta.

—Si preguntan por mí, diles que me he pasado a la vida monástica.

Abre la puerta de inmediato.

—Como vuelvas a ver *Historia de una monja* una vez más, te quito el ordenador. ¿Llevas mi pijama de corazones? —Pone una extraña mueca al verme tirada en la cama con él puesto.

—Sí. No voy a luchar, me rendí, le dejé el camino libre a Olivia Otegui. Mi madre dice que soy una blandengue.

El que no se ha rendido ha sido él, por cierto. Hace un rato ha aparecido delante de la puerta. Le he tirado un vaso de agua a la cara.

Se sienta conmigo y entonces noto como una colleja aterriza en mi cabeza.

—¡Auch! —me quejo.

—¿Estás tonta? ¿Dejar el camino libre? Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga.

—Solo soy la sombra de lo que fui —respondo abatida.

—No me vengas con gilipolleces. ¿Tan malo es lo que ha hecho?

Lo pienso durante unos instantes.

¿Malo?

Analizándolo desde cierta perspectiva, los hechos materiales no han sido tales. Quiero decir, no hubo beso, al fin y al cabo, cosa que de mí no puede decirse lo mismo, porque yo sí tuve un leve beso con Eric, que no fue respondido, las cosas claras y el chocolate espeso. Fue un roce de nada, no lo consideré ni que estuviese dentro de la tipología de beso. Yo siempre había tenido muy claro que no iba a volver con él. ¿Dudé de mis sentimientos hacia él? Puede, pero solo al principio, luego ya no.

La diferencia es que yo le dije a Eric que no quería nada con él desde el minuto uno. Alejandro, desde una perspectiva emocional, fue peor. Dijo que había dudado, me lo dijo. Aunque luego también me dijo que me quería.

A lo mejor estoy siendo injusta con Alejandro.

—No ha sido por lo que ha hecho, porque hacer no ha hecho nada. Resumiendo, ¿qué pasaría si dentro de poco se diera cuenta de que realmente está enamorado de Olivia aún? Me hundiría en la mierda y no volvería a la superficie.

—¿Y si Sergio Dalma llamara a la puerta de casa y te fugases con él? Los “y si” son solo posibilidades sin fundamento. Eres una catastrofista.

—Oye, lo mío es una posibilidad real, lo que tú has dicho es una de mis fantasías y nunca pasará. Y que casi pone sus morros en los de él, Caye, eso es un fundamento.

—¿Quieres que le destroce el coche? Puedo fastidiarle de muchas maneras posibles, sabes que me encanta hacerlo.

—No, ya le dije lo que tenía que decirle.

—Buf, estoy segura de que ni siquiera le hiciste llorar, tu madre tiene razón, eres una blandengue. Bueno, entonces solo cabe esperar.

— ¿Esperar a qué?

— A que vuelva a hacerte confiar en él.

— Creo que esta vez ya no podrá ser. Cambiando de tema, ¿qué hacía McHottie en el concierto ayer?

— Está celoso de Ferreira.

— ¿Y qué piensas hacer al respecto?

— Nada. Hasta que no me diga que se ha enamorado de mí no pienso hacer nada. He cortado con Ferreira, por cierto. ¿Un Margarita?

— O dos.

Después de unas cuantas copas y bailes al son del reguetón, abro el móvil donde los mensajes de Eric y Alejandro se acumulan.

Alejandro: Bambi ya no sé qué hacer.

Alejandro: Estoy viendo *Star Wars 3*, si no me quieres creo que pasaré de ser Anakin a Darth Vader.

Alejandro: No la hubiese besado, ¿sabes por qué? Por que no puedo pensar más que en ti, en tus besos, en tu manía de alzar la ceja cuando no estás de acuerdo con algo, en tu risa, en tus ojos de cervatillo asustado.

Alejandro: Te quiero.

Y yo a él. Pero no puedo dejar que mi yo libertino tome el control de la situación. Puede que mi yo libertino siempre tome el control. ¿O no? Veo a mi amiga que se tumba en el sofá con la intención de quedarse frita de un momento a otro. El alcohol aún no ha desaparecido ni de mi sangre ni de mi cerebro, así que cojo el móvil y empiezo a escribir.

Carla: Ven.

No digo nada más, si lo hubiese hecho se hubiese notado que voy borracha, el control en el teclado no es el mismo con alcohol que sin alcohol, y no quiero que pase como la primera vez, que también iba pasada de copas y fue recordado como “lo que no pasó”.

Al cabo de pocos minutos llaman a la puerta, y abro.

Está arrebatadoramente guapo, con una camiseta de los Beatles y unos vaqueros. Abre la boca queriendo decir algo, pero se lo impido. Pongo un dedo en sus labios y tiro de su camiseta hasta que está dentro de casa. Cierro la puerta detrás de nosotros y lo beso. Tengo demasiadas ganas de sentir su aliento, su sola presencia me eleva, con solo una mirada me pongo nerviosa. Lo quiero conmigo, tanto que duele. Me cuelgo de él como una niña pequeña y no paro de besarlo hasta que llegamos a mi habitación. Sin encender las luces lo desnudo en el más absoluto silencio, sintiendo su respiración agitada.

Es la última vez que lo hago con él, lo prometo. Es el polvo de despedida.

Desnuda entre sus brazos, aún con el corazón latiendo con fuerza, sé que será mucho más difícil olvidarle de lo que pensaba. Creo haber muerto y estar en el cielo, porque creedme, no hay lugar mejor que en sus brazos, ni tacto mejor que el de su piel.

—No voy a dejarte nunca, Bambi —dice él, como si me hubiese leído el pensamiento.

—Duérmete —respondo con un beso.

Al despertar, me doy cuenta de lo que he hecho y el mundo se me viene encima. Mierda, dentro de tres horas tengo que coger el vuelo

dirección a mis deseadas vacaciones. Por suerte la maleta ya la tengo hecha y lista. Intentando hacer el menor ruido posible, me pongo unos vaqueros, una camiseta blanca de algodón y unas sandalias. Me lavo la cara y empiezo a escribir una nota de despedida.

No creo que pueda olvidarme de ti, Alejandro. Fue por ti que volví a creer en el amor, en que alguien realmente puede hacernos felices y sacar lo mejor de nosotros. Así que, recuérdame como una historia demasiado bonita para ser real, como una tormenta inesperada que te caló desde el primer segundo. Yo lo haré.

*Te querrá siempre,
La chica del ascensor*

Es mejor así.

Ni siquiera tenía él la culpa, o un poco sí, porque eso de Olivia Otegui hizo que mis dudas aflorasen, pero viéndolo con perspectiva no fue nada tan reprochable. La que no estoy lista soy yo, primero tengo que aprender a confiar de nuevo en las personas, antes de abrir mi corazón. No voy a arrastrarlo conmigo, se merece más.

Caye abre la puerta de mi habitación para avisarme de que el taxi ha llegado, viendo el panorama.

—¿Vas a dejarlo aquí? —Señala hacia mi cama.

—Le he dejado una nota. —Me encojo de hombros, no quiero cometer una locura ni enfrentarme a la realidad en este momento—. Venga vamos, quiero tostarme al sol, beber y bailar.

Cuando llegamos al aeropuerto casi perdemos el avión, cosa que suele pasarnos, pero lo logramos por los pelos.

—Mi prima ya ha llegado a Nueva York, por cierto —le digo

cuando nos sentamos en los asientos del avión.

—Carla, el mundo sigue girando, lo sabes, ¿no? Y por favor, no te encierres en tu mundo esta vez, ni cambies porque un idiota te haya roto el corazón. Lo hiciste con Eric y veo que vas a hacer lo mismo ahora. ¿No te das cuenta de que, aunque te encierres en casa, volverás a enamorarte de alguien? Es inevitable.

—No sé.

—Esta semana no pienses en nada, y lo que pasa en Mallorca se queda en Mallorca —dice sonriendo mientras abre su ejemplar de *Lolita*.



Llevamos dos días en Mallorca y ya hemos visitado los pueblos con más encanto, algunas calas de anuncio y alquilado un Todoterreno al estilo anuncio de *Estrella Damm*. El hotel todo incluido está situado frente a la playa y ya tenemos un bronceado aceptable. Me queda solo un día de paraíso y he conseguido no pensar mucho en mis problemas amorosos. Al menos los mensajes han cesado.

Pero mi felicidad es efímera, porque cuando empiezo a revisar el mail, por si acaso ya me han enviado del bufete el contrato, encuentro otro bastante aterrador.

—No, no, no —musito, intentando controlarme.

—¿Y ahora qué te pasa? ¿Se te ha quedado la marca de las gafas de sol? Te lo dije, no te quedes dormida en la tumbona con ellas —me regaña Cayetana desde su tumbona.

—No es eso. Dios, no puede estar pasándome esto.

Unos sudores fríos empiezan a subirme por el cuerpo e intento

respirar con normalidad, pero me cuesta.

—Pero, ¿qué pasa? —Caye me coge el teléfono y lee el mail.

—¿Cómo puede haberse registrado satisfactoriamente el acta de matrimonio si yo no me he casado?! —Unos chicos, al oír aquello, se alejan de nosotras tomándonos por locas.

Tiene que ser un error administrativo, es la única explicación posible y lógica.

—Esto... sabes quién lo ha hecho, ¿verdad? *Pornoascensor* me está sorprendiendo, de veras.

En vez de darme apoyo moral mi amiga se está partiendo de la risa.

—¿Cómo? Pero, ¿qué tiene que ver Alejandro en esto? —pregunto estando al borde de un ataque de nervios, si no lo estoy sufriendo ya.

—Pues porque en el apartado de cónyuge pone Alejandro Blanc, cariño.

Casi me desmayo de la impresión. Es imposible, imposible.

—Caye, esto es serio. No se puede ir por la vida haciendo estas cosas.

—Me pregunto cómo lo habrá hecho... —dice ella.

—Voy a matar a Alejandro Blanc —expreso enfurecida.

—¿Podemos celebrar tu despedida de soltera con efectos retroactivos? Yo te la organizo, tranquila —pide, guiñándome un ojo.

—Quiero volver a la soltería, gracias.

—Aquí tienes a tu abogada matrimonialista. ¿Me contratas?

—Claro, ¿acaso tengo otra opción?

Estoy muy enfadada, yo había terminado de una forma limpia y eficaz, con polvo de despedida incluido, y ahora me hace esto. Marco su número, esto no puede quedar así.

—*Hola, esposa. ¿Te diviertes en tus vacaciones?* —responde con su habitual buen humor.

—*¿Estás loco? Quiero el divorcio ya.*

—*Pero cielo, llevamos menos de una hora casados, ¿y ya te arrepientes? Me rompes el corazón.*

—No estoy bromeando.

—*Yo tampoco. No acepto ni tu renuncia ni tu petición de divorcio.*

—Me da igual, no puedes impedirme divorciarme de ti. ¿Pero qué digo? Si ni siquiera nos hemos casado de verdad —digo convencida, no se puede dudar en estos momentos.

—*Oí lo que le dijiste a Olivia en el baño.* —Maldito entrometido pero, ¿a qué viene eso ahora?

—Pues eso, sé feliz con ella y déjame en paz —respondo recordando aquella noche y un nudo se me forma en el estómago.

—*Pero yo te quiero a ti, ya te lo dije. Y sé que tu me quieres a mi. Así que no voy a parar hasta que salgamos conmigo.*

¿Por qué tiene que ser tauro? ¿Por qué?

—Me queda un día de vacaciones, a la vuelta quiero el divorcio por las buenas o por las malas —le lanzo el ultimátum.

—*Te estaré esperando en casa, planeando nuestra luna de miel.*

Cuelgo antes de decirle lo mucho que lo odio y lo mucho que me pone su voz.

Caye me está mirando con las gafas a media altura, riéndose.

—Tengo que llamar a Elisa, no puedo creerme que seas tú la primera que se haya casado.

—¡No me he casado! Si no he dado el consentimiento, leches.

—Lo sé. ¿Qué quieres hacer? ¿Nulidad o divorcio?

—Nulidad, quiero volver a tener en mi estado civil soltera y no

divorciada, gracias.

—Sabes que va a tardar algo más, ¿verdad? Ah, y hasta dentro de tres meses, nada.

—¿Por qué?

No, no es posible.

—Es lo que pone en el Código Civil, no puedes disolver el matrimonio hasta los tres meses siguientes de su celebración. Lo siento cariño, te esperan tres meses de casada.

La madre que lo parió. ¿Quién me manda a mi enamorarme de este tío?

No quiero bajar del avión, sé que al poner un pie en tierra firme empezaré a preocuparme por todo. Mentira, ya estoy preocupada por todo, pero tendré que enfrentarme a todo lo que me preocupa y eso significa que puedo perder el control, otra vez.

—¿Era necesario que coqueteases con el piloto antes de entrar en el vuelo? No sabes la vergüenza que he pasado cuando te han llamado para que pudieses entrar en la cabina. Todo el mundo se me ha quedado mirando, a saber lo que estarían pensando.

Con las pamelas aún puestas esperamos a que salgan nuestras maletas en la cinta del aeropuerto. Mi mala leche por la situación de recién casada se extiende a todo.

—Siempre he querido ver una cabina de vuelo, esta ha sido mi oportunidad. Y nunca he salido con un piloto, le he dado mi número. Imagínate la cara que McHottie va a poner.

—Mientras no le hayas dado nada más...

—A algunas aún no nos han pedido matrimonio —se cachondea de mí y mi desagradable situación.

Al fin sale nuestro equipaje y nos dirigimos a la salida.

—A algunas las casan sin pedírselo y sin consentimiento —aclaro.

—Lo dices como si estuviésemos en el siglo pasado.

—Se supone que eres mi abogada, deberías apoyarme y no reírte de mí.

—Es que es la monda. Tu madre también se descojonó.

Paro de golpe de caminar y se me cae el bolso al suelo.

—No me digas que se lo has dicho a mi madre. Caye, no desates a la bestia.

—Ya lo sabía. Solo me preguntó por *WhatsApp* cómo te sentías al respecto, ya que tu última conversación con ella no había sido muy agradable.

—Me llamó blandengue. No entiendo cómo lo sabía. ¿Se lo habrá dicho Alejandro?

—No lo sé, pero no creo que lo sepa todo.

—¿A qué te refieres?

—Pues que me preguntó que tal te iba la vida de casada, y que si pensabas casarte de verdad o había sido una locura en plan Las Vegas.

Ay la leche. Por favor, que mantenga la boca cerrada y no le cuente nada a nadie esta vez, sobretodo a mi padre. Cuando atravesamos la puerta de llegadas, localizo a Alejandro esperándome con los brazos cruzados. Sus ojos verdes me hipnotizan, pero tengo que ser fuerte. *Resistiré* suena en mi cabeza, una canción del año de la polca del Dúo Dinámico.

—Aquí está mi flamante y bella esposa —dice guiñándome un ojo.

—Vete a la mierda —respondo sin pararme, pero pasa de mis palabras y me sigue.

—Bambi, ahora estamos casados, no puedes huir de mí.

—Me voy a casa, el lunes quiero una reunión con tu abogado, Alejandro —dice Caye.

Al menos una de las dos está siendo profesional.

—Lo dejo en manos de McHeather.

En el fondo lo está disfrutando, se le nota en la mirada.

—No sé por qué no me extraña. Tortolitos, disfrutad vuestros tres meses.

Dicho esto, se larga cogiendo un taxi.

—Caye, ¡no te vayas sin mí! —grito, pero ya es tarde.

—Vamos Bambi, te llevo. —Me sujeta la maleta y sigo maldiciendo camino a su coche.

—No quiero que me lleves —me quejo.

—Me da igual lo que tú quieras o no, estás siendo irracional y caprichosa ahora mismo, así que sube al coche.

Por favor, ¿irracional y caprichosa yo? ¿Quién ha sido el que ha hecho un montaje inscribiendo un matrimonio inexistente?

—Porque es súper racional inscribir un matrimonio ficticio — respondo irónicamente.

—Lo es cuando me levanto y recibo una nota que no tiene ni pies ni cabeza, *chica del ascensor*. ¿Aún estabas taja cuando la escribiste? — se burla.

Oye, mi nota fue bonita, ¿no?

—Solo tenía resaca. Por cierto, ¿cómo lo has hecho? —Estoy sorprendida de que lo haya logrado.

¿Será un hacker y no me lo ha dicho?

—Tengo un amigo que trabaja en el registro civil y me debía un favor.

—Tienes ideas de bombero. No creas que te saldrá como en aquella película de Uma Thurman.

—De allí saqué la idea, Bambi. Sabía que reconocerías la película. Somos la pareja perfecta, solo que tú te niegas a aceptarlo. Igual que te niegas a aceptar que te quiero.

—¿No podrías acosarme simplemente, como hace la gente mínimamente normal?

—No, contigo no funcionaría. Esto empieza a ser un poco denigrante, tienes suerte de que tengo un concepto de mí mismo demasiado bueno.

Enciende el coche y salimos del aeropuerto.

—Será eso —respondo.

—Oye, eso de abandonarme y largarte a Mallorca fue muy cruel. Me diste esperanzas. Y no me has traído ni una mísera ensaimada.

Sabía que me lo echaría en cara si en algún momento volvía a verle. He acertado.

—Me estaba despidiendo —murmuro mirando por la ventana.

—Yo no. Mira, sé que metí la pata, pero voy a demostrarte que eres la única a la que quiero. Creo que te lo estoy demostrando.

—No... no juegues conmigo, Alejandro. —Esta vez me pongo seria.

No soy de piedra, estas cosas no me entran por un oído y me salen por el otro.

—Nunca he jugado, Bambi, ni pienso hacerlo.

Me doy cuenta de que tiene los nudillos heridos.

—¿Con quién te has peleado? —pregunto.

No creo que se haya pegado con nadie, será algún rasguño.

—Con Eric.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclamo alucinando.

—Por ti, Bambi. Tenía que marcar territorio. Eso me recuerda... —
Saca algo del bolsillo y me coloca un fino anillo de oro blanco en el
dedo. Es una alianza.

—¿En serio? ¿Una alianza? No pienso llevarla.

—No está grabada, pero son iguales, mira. Así en nuestra futura
boda ya las tendremos —dice mostrándome la suya.

A veces cuando habla de esa manera no sé si bromea o no, y a mi
se me encienden esas tontas mariposas en el estómago. Resoplo
desaprobando el gesto.

—No vuelvas a pelearte con nadie —le regaño.

—No has hablado con Eric, entonces.

—No.

Por supuesto que no voy a decirle que Eric no me importa, así que
dejo que sufra un poco. Aunque tendré que hablar con él tarde o
temprano.

Llegamos hasta mi casa y bajo del coche con desgana. Antes de
que me dé cuenta, él ya está en la entrada.

—Nos vemos mañana, Bambi.

Y antes de darme cuenta ya me está estrechando entre sus brazos,
juntando nuestros alientos y moldeando mi culo.

«Parte sería de Carla, ¿estás ahí? Tienes que parar o esto se te irá
de las manos», me digo.

—Tengo que irme. —Logro poner distancia y entro en casa aún
con el corazón en un puño.

Corrección, ya se me ha ido de las manos.



Ni en el *Vogue* ni en el *Cosmopolitan*, revista que Caye sigue con devoción, dan lecciones de estilo sobre qué ponerte el día de tu divorcio. Ante la duda, negro, pero mirando en mi armario saco una falda plisada rosa palo, larga hasta los tobillos y una blusa blanca sin mangas junto con unos *stiletto*s fucsias que me chiflan.

— Cariño, es hora de divorciarte.

Caye aparece en mi habitación con un vestido negro sin mangas, muy profesional, y unos tacones de quince centímetros, muy poco profesionales. Así es mi amiga, la contradicción hecha persona.

— No sé si quiero hacerlo —le confieso antes de salir.

— Oye, no me abandones tan pronto, no quiero vivir sola.

— Me refiero a ir a la reunión. Soy débil, Caye —confieso yo.

— La carne es débil, lo sé. Aunque por unos cuantos polvos más no vas a morirte.

— No puedo, si hay consumación del matrimonio no me van a dar la nulidad.

En serio, tengo ganas de llorar.

— Hey, que solo estás casada por lo civil. *Pornoascensor* no tiene contactos en la iglesia.

— Cierto.

— Pero si llevas anillo y todo —comenta, cogiéndome la mano.

— Me lo dio ayer, tengo que devolvérselo.

— Ay, Carla, estás demasiado pillada.

Comenta la evidencia, como si yo no lo supiese también.

— Pues claro que sí, pero ¿quién en su sano juicio haría esto?

— Tu prototipo de tío. Anda vamos.

El despacho de McHeather es psicodélico, demasiado para mi gusto. Nos sentamos en una mesa de madera oscura que tiene en el

centro, yo y Caye en un lado y en el otro Alejandro y Marc. Juro que parece que esté protagonizando una de esas series de abogados cuando negocian antes de ir a juicio. La diferencia es que aquí yo represento a la cliente loca que solo aparece en un capítulo, mientras que la abogada *Ally McBeal* es Caye.

—Tengo una duda, ¿fui yo el padrino? —pregunta McHeather antes de empezar.

—¿De una boda inexistente? —Caye está guerrera, me gusta verla así.

—Demuéstralo, *darling*.

Caye bufa al escuchar eso, pero contraataca.

—Podemos hacerlo fácil o difícil; fácil, si la misma persona que cometió el error lo arregla, difícil, si es por la vía legal.

—Nos gustan los retos. Aquí mi cliente quiere proponer terapia de pareja antes de continuar con el divorcio.

Se me escapa la risa, ¿están montando el mayor espectáculo jamás visto? Porque no pueden hablar en serio.

—Rechazamos tal propuesta —susurra Caye.

—Entonces exigimos convivencia en los tres meses que quedan.

Oh no, eso sí que no. Soy demasiado débil para estar viviendo con él y no caer en la tentación. Solo con imaginármelo saliendo de la ducha se me encienden todas las alarmas.

—Vamos a presentar una demanda de divorcio o podemos hacerlo más fácil, ante notario, con un acuerdo —empieza mi amiga.

—Y más rápido, *darling*. —McHeather le guiña un ojo y Caye pone los ojos en blanco—. Ferreira preguntó por ti.

—No salgo con él ya.

Alejandro y yo observamos la escena expectantes, es como si

sobrásemos. Ninguno de los dos dice nada.

Noto su mirada y se la devuelvo Su sonrisa sincera me sobresalta y como siempre hace, me desarma. Me pregunto por qué tiene ese efecto en mi.

—No me sorprende. ¿Qué tal por Mallorca? —sigue McHeather.

—Ideal sin ti.

—¿No me vas a dar detalles?

—Lo que pasa en Mallorca se queda en Mallorca —responde Caye.

—Creí que eso lo decían de Ibiza. No me fuiste infiel, ¿verdad, Bambi? —pregunta Alejandro, siendo la primera vez que abre la boca.

—No digas tonterías —le suelto—. No quería que me echases en cara la infidelidad.

—Ambos sabemos que ese no es el problema, sino tu falta de confianza. Pues bien, ahora que a efectos legales soy tuyo, ¿cuál sería el problema?

Mierda, ¿por eso ha montado todo este lío?

—Tengo que confiar en ti, no en lo que pueda decir un papel. ¿Aún no te has dado cuenta de que el problema soy yo?

Por supuesto que lo soy, porque no me considero digna de su amor. Por eso, porque no me creo suficientemente buena, pensaba que en cualquier momento se lanzaría en brazos de otra ya fuese Olivia Otegui o Pepita de los Palotes.

Ante un silencio incómodo, y una mirada de desaprobación por parte de Alejandro, Caye rompe el silencio.

—La separación no acarreará problemas, no hay hijos ni bienes en común...

Caye intenta ponerse profesional, pero McHeather la presiona.

—Ven a comer conmigo, *darling*.

—Tengo una cita. —Sonríe, siendo verdad, pues había quedado con el piloto.

Alejandro se vuelve pálido de golpe, dirigiéndose a mí.

—Bambi, ¿te tomas esas pastillas?

Esas pastillas, las anticonceptivas se refiere, ¿no?

—No, ¿para qué? No voy a retener líquidos para nada —respondo.

—Depende de cuáles, cariño —me recuerda Caye.

—Antes de este sujeto —digo señalando a Alejandro—, mi vida sexual era nula, no las necesitaba.

Entonces hago memoria. Alejandro en mi casa antes de las vacaciones. Yo desnudándole. Estaba demasiado cachonda y borracha para pensar en el pequeño detalle del preservativo, y por lo visto él igual.

—¿Bambi? —su voz me hace volver a la realidad.

—Oh, joder —suelto—. No lo sé, no creo.

Según mis cálculos el periodo no tiene que venirme hasta dentro de una semana, no puedo saber si tengo un retraso o no.

—¿Voy a ser tía? Qué fuerte. Oye, van a pensar que te casaste de penalti.

—*Darling*, ten un poco de tacto. ¿No ves que están los dos asimilándolo? —la riñe Marc.

—¿Le hiciste una despedida de soltero? A mi no me dejó.

—A mi tampoco.

—¡Basta! Vosotros dos arreglad de una vez esta tensión sexual no resuelta. Y tú —me dirijo a Alejandro—, tenemos que hablar a solas.

Nos levantamos y salimos de su despacho.

—Bambi...

—Necesito respirar.

Salimos a la calle e intento pensar con lógica. La madre que me parió, solo me faltaba esto, la guinda del pastel.

—No pasa nada. —Me agarra por los hombros.

—Sí que pasa. Soy una irresponsable, no hago mas que meter la pata y encima te arrastro a ti.

La sola idea de estar embarazada me aterra. No estoy preparada para esto, apenas estoy lista para tener una relación con un hombre, la idea de relación madre-hijo de por vida me parece demasiado.

—Soy igual de irresponsable que tú, dos no procrean si el otro no quiere.

—No nos adelantemos, la gente no se queda embarazada así como así. —Por lo que se me quedó de las clases de ciencias naturales, tienen que darse varios factores que deseo que no se cumpliesen en ese fatídico día—. Además, tengo cero síntomas.

—Vamos a salir de dudas.

Después de comprar tres pruebas de esas que la farmacéutica alega que son súper precisas, ante un Alejandro confundido sobre qué marca comprar y yo estando algo descolocada, llegamos a su casa.

—¿Y ahora? —pregunta.

—Tengo que hacer pis —le digo, cogiendo la prueba y metiéndome en el baño.

—Vale, te espero aquí.

No dejaría que entrase de todas formas. Cuando entro en el baño, respiro. Esto es demasiado surrealista para ser real. Mi padre me encerrará en casa y no me dejará salir hasta que tenga cincuenta años, por no mencionar el asesinato que puede cometer con Alejandro.

Con dificultad, y abriendo el agua para que me salga el pis, lo logro. Salgo del baño con la prueba en la mano.

—¿Y ahora? —pregunta Alejandro nervioso.

—Esperar a que salgan las rayas o la raya.

—Una raya, negativo. Dos, positivo —dice leyendo las instrucciones—. ¿Qué preferirías, niño o niña?

Casi lo fulmino con la mirada cuando dice eso.

—Nada, aunque con mi mala suerte seguro que sale todo.

—Yo niña.

Si está nervioso, lo disimula muy bien. O puede que ante mi nerviosismo se haya calmado automáticamente, porque yo ya estoy lo suficientemente histérica por los dos. Pero me irrita que no se lo tome en plan «oh Dios mío, mi vida puede que cambie radicalmente», porque en el fondo estoy segura de que eso es lo que piensa.

—No tienes por qué hacerme sentir mejor, sé que estás aún más asustado que yo —digo.

—No voy a mentirte, me ha pillado desprevenido. Pero eso no quiere decir que no lo quiera. Pensaba que esto pasaría, pero unos años más adelante, no ahora. Míralo positivamente, ya estamos casados.

Frunzo el ceño, lo cierto es que está rozando la treintena, no es un crío como... yo. Sí, me estoy comportando como una maldita cría asustada y él está siendo perfecto. Excepto en la broma esa del matrimonio.

—No entiendo cómo puedes estar tan convencido de que tú y yo...

—Hay cosas que se saben. Sé que eres la definitiva, y lo quiero todo contigo.

Mis piernas ya están temblando y su rostro se inclina para besarme. Que débil eres, Carla.

En mi defensa diré que qué mujer se resiste a sus palabras junto con un posible embarazo del susodicho. También diré que soy tremendamente incorregible, porque precisamente por ser débil y no resistirme a sus encantos he terminado con una prueba de embarazo y ahora voy por el camino de hacer exactamente lo mismo. ¿Seré un poco adicta al sexo? ¿Puedes ser adicto al sexo con solo una persona? Tengo que buscarlo en internet.

Percibo sus manos, que se abren paso por el escote de la blusa y llegan a mis pechos, hundiéndolos en una oleada de placer indescriptible. Su lengua recorre mi boca en cada rincón como si no quisiera perderse detalle, como si fuera la primera vez, cosa que no es. Lucho contra estas malditas emociones contradictorias que surgen en mi interior, pues por un lado temo que no pueda resistirme más, que lo necesite demasiado y que vuelva a romperme el corazón, pero por otro lado, su seguridad y su apoyo son un bálsamo ante este miedo, y la sensación de que este es al hombre que yo quiero prevalecen.

Palpa los pechos hasta tocar los pezones duros por la excitación. Joder, estoy tan caliente que creo que voy a quemarme. Abandona mi boca y se concentra en el cuello, bajando hasta los hombros. Sus besos me desconcentran por completo y ya no me acuerdo ni lo que estábamos haciendo antes.

Su mano entra en contacto con mi vientre y baja hasta encontrarse con mi ropa interior que no duda en quitarme. Recorre los pliegues de mi interior con suavidad, notando mi creciente humedad. Estoy muy lista, demasiado. Sin parar de recorrer mi cuello con sus labios, hunde los dedos en mi interior y gimo. Sus movimientos se incrementan y excavan hasta el final, mientras le muerdo el labio inferior entrecerrando los ojos por ese placer que tanto he echado de menos. El

orgasmo explota y todo a mi alrededor desaparece excepto él.

—Sí, Bambi, córrete para mí —pide mientras recorre mi mandíbula con su lengua.

Me sujeta por la espalda para que no me eche hacia atrás y nos tumbamos en su cama, en silencio. Ahora mismo tengo la mente en blanco.

—La prueba, mierda —recuerdo, e inclinándome, lo recojo del suelo.

—¿Tenemos que pensar algún nombre? —pregunta aún tumbado.

—No —contesto, aliviada.

Muy aliviada.

—Podrías hacerte otro, por si acaso —dice observándome con sus irresistibles ojos verdes.

Tiene razón, es mejor ya que a veces fallan.

—Está bien.

—Mientras esperamos podemos hacer un simulacro para hacer bebés, ya sabes. —Y sin que me dé tiempo a responder, vuelve a besarme—. Esta vez prometo ponerme protección.

—Más te vale.



Padres. Al no convivir con ellos he perdido la costumbre de tenerlos cerca, y cuando vienen a visitarme, su presencia es tremendamente abrumadora. Me prestan demasiada atención, me siento como los bebés recién nacidos que todo el mundo observa, toca y acaricia hasta que se agobian pobrecillos y rompen a llorar. Pero yo, a diferencia de los bebés, no puedo gritar sin más, pese a que realmente me saturan.

Mi padre me abraza y me besa en la frente en cuanto me ve. Está igual, con el traje que solo se quita los fines de semana y para dormir, alto e imponente, con su melena ya con bastantes canas y su sonrisa fácil de arrancar. Mi madre, antes de abrazarme, se ríe al verme, y enseguida sé por qué. No sabe disimular, pero espero y deseo que durante las breves horas que pase en Barcelona no me delate, al menos delante de mi padre.

— ¿Y qué tal el trabajo?

— Empiezo mañana, ya os contaré.

Nos sentamos en la mesa del restaurante, muy clásico

— ¿Y has pensado en judicaturas? — insiste papá.

— Odio el penal, papá. Lo mío es el tributario, deberías sentirte orgulloso, a pocas personas se les da bien.

— Y lo estoy cariño.

— Por cierto, ¿por qué hay tres sillas libres en la mesa? Si solo va a venir Caye.

— Eric está en Barcelona, ¿no te lo ha dicho? — comenta mi padre.

— Oh, ¿sigue aquí? — Mi mueca desagradable llama la atención de mamá.

— Se ha trasladado a Barcelona. Definitivamente, creo. Su madre me dijo que estaba cansado de Madrid, quería volver con sus amigos de aquí. ¿Sabes algo al respecto, cariño? — Me observa incisivamente.

No es una buena noticia, y menos que venga a comer porque, desde el día en que me fui corriendo del bar de copas, no he hablado con él. ¿Le habré dado falsas esperanzas? No quiero que piense eso.

— No. Entonces sobra un sitio — digo.

Pero no.

Me tambaleo cuando en mi campo de visión aparece nada más y

nada menos que Alejandro Blanc, con su traje gris impoluto y sus ojos verdes sonrientes. ¿Qué leches está haciendo aquí? Que hayamos tenido sexo desenfrenado no quiere decir que ya seamos la pareja del año, y menos después de montar semejante lío con lo del matrimonio falso, que aún no ha arreglado.

—Alejandro, qué bien que hayas venido —lo saluda mi madre, como si fueran amigos de toda la vida.

Me irrita que se lleven bien, más que nada porque... bueno muy en el fondo me gusta, pero en estos momentos en los que estoy enfadada con él, no.

—Un placer —la saluda con dos besos y camina hasta donde está sentado mi padre.

Ja, mi padre no es como mi madre, no se deja camelar fácilmente y por supuesto, yo siempre he sido su niña y él, el primer chico que osa venir a una comida familiar.

—¿Quién es este chico? —pregunta frunciendo el ceño.

—Soy el novio —se auto presenta, tendiéndole la mano.

Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan perfecto? Ni siquiera le ha temblado el pulso. Mi padre le da la mano, pero en cuanto se sienta veo que su cara está algo roja. Sí, se ha enfadado.

—No es mi novio —protesto, pero nadie me hace el menor caso.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —le reprocha a mi madre.

—Porque hubieses buscado hasta sus antecedentes, que te conozco. Tienes que conocerlo antes de formarte una opinión, que ya sé que cuando se trata de la niña no eres objetivo.

—Pues claro que no. Si no sé ni como se llama —habla como si ninguno de los dos estuviésemos presentes.

Ya están otra vez discutiendo. No me importaría si no fuera

porque mi madre me cuenta luego los detalles de la reconciliación, y son demasiado explícitos para mis oídos.

—Bambi, estás preciosa —dice, dándome un beso en la coronilla antes de sentarse a mi lado.

—¿Por qué has venido? —me quejo—. Aún no lo hemos arreglado todo.

—Tu madre me invitó, tenía que venir. Además, no podía dejarte sola con Eric.

—Sé manejar a Eric. Y delante de mis padres dudo que haga algo.

—Discrepo en lo primero, en lo segundo puede que tengas razón. ¿Me has echado de menos? Oye, no llevas la alianza, el signo de nuestro amor —se queja.

Por suerte mis padres están demasiado ocupados peleándose para prestar atención a lo que decimos.

—Créeme, no quieres que mi padre se entere de eso —le aseguro.

—Ahora me odia, pero pronto me querrá —dice con su seguridad habitual.

Pero mis padres no terminan allí, porque entonces mi padre empieza a interrogarle.

—¿Cuál es tu nombre, joven?

—Alejandro Blanc.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy director en el área de penal en *Preston & Ford*.

Mi padre arruga la nariz, supongo que se gana la vida con suficiente decencia como para no poder criticarlo en ese aspecto.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete, señoría. Estoy a punto de cumplir los veintiocho.

—¿Eres tauro? Oh, igual que Carla —añade mamá para rebajar la

tensión.

—Sí, ya me lo comentó.

—¿Tienes hermanos? —pregunta papá, volviendo a la carga.

—Soy hijo único. ¿Sabe? Mi padre también es juez.

—¿En serio? —Eso parece gustarle a papá.

«No, no te dejes seducir por él como yo, papá», pienso. Pero hace caso omiso a mis advertencias mentales.

—Está en Valencia ahora.

Un ruido procedente de la entrada distrae nuestra atención y cuando veo aparecer a Caye seguida de McHeather, empiezan a entrarme los calores. Esos dos ya son un peligro por separado, juntos no puedo ni imaginar qué pueden llegar a hacer.

—Siento el retraso familia, no encontraba taxi —comenta Caye—. Se ha autoinvitado, que conste. —Lo señala.

—Ya son dos —no puedo evitar decir.

—Hola, ¿qué tal? Soy el amigo del novio —se presenta a mi padre y a mi madre—. Marc McHeather, abogado también.

Mi cara de, qué está pasando y por qué hay tanta gente comiendo con mis padres, se nota a kilómetros de distancia.

—Voy a ser la única no letrada en esta mesa. ¿McHeather? ¿De dónde eres?

—Mi padre es escocés, mi madre barcelonesa. He vivido aquí siempre, pero pasé los veranos en la casa de campo de mi familia en Fraserburgh.

—Ahora estoy terminando un libro, cuando lo publique empezaré una romántica protagonizada por ti —decide, de golpe.

—¿De veras?

A McHeather se le ilumina el rostro. ¿Quién iba a decirme que a

este tipo le chiflaría la idea? Cayetana lo observa con incredulidad.

—No lo hagas, mami, su ego ya es de por sí desorbitado, no habrá quien lo aguante —se queja mi amiga.

—Caye, no te preocupes, tú serás la chica. —Y le guiña un ojo.

—No, gracias —protesta al escuchar la propuesta de mi madre.

—No va a escucharte, porque no me ha escuchado ni a mí. ¿Eh, mamá?

Pero me ignora por completo.

—Tu novio es encantador, no te avergüences.

—Nunca, jamás, va a ser mi novio —sentencia ella.

Creo que McHeather va a abrir la boca para decir algo cuando aparece Eric y todos nos quedamos en silencio, excepto mi padre que lo saluda como si nada. Creo que está algo intimidado, pero se sienta en la mesa sin quitarme los ojos de encima.

—Creo que todos os conocéis, ¿no? —comenta mamá rompiendo el hielo—. Bueno, ahora que estamos todos, ¿no tienes nada que decir, Carla?

Casi me atraganto bebiendo de la copa de vino al escuchar a mi madre.

—¿Que tengo nuevo trabajo? —respondo, rezando porque no se refiera a lo que yo pienso que se refiere.

—No, lo otro.

Mierda, sí que lo es. Hago que no con la cabeza, rogándole que no insista, pero abre los ojos en señal de o lo dices tú o lo digo yo.

—No sé a qué te refieres —contesto.

Todos me miran expectantes, Caye con terror en los ojos, y yo sin saber cómo sentarme ni mirarlos.

—Pues a tu matrimonio. ¿Qué es eso de no avisar a tu madre? ¿Te

parece bonito casarte en secreto?

—Osea que me caso, ¿y a ti solo te importa que no te haya invitado? ¿No podrías preocuparte un poco? ¿O llamar y no soltarlo aquí en medio? —le recrimino enfadada.

Entonces todo explota y la frágil paz se viene abajo. Mi padre se queda pálido.

—¿Casada mi pequeña?

Eric se levanta furioso.

—¡¿Estás mal de la cabeza?! Voy a matarte, cabrón. ¡Tenía que escoger ella!

—Y yo te dije que no la dejaría a merced de un desequilibrado como tú —responde Alejandro.

Sí, le pega un puñetazo a Alejandro, y empiezan a pelearse en medio del restaurante. McHeather hace el paso de meterse, pero Caye lo sujeta por el brazo. Impidiéndoselo.

—Ni se te ocurra.

—*Darling*, uno no deja a su amigo pelearse solo.

—Me la suda vuestro código macho viril, siéntate.

Mi amiga siempre ha sido de armas tomar, y esta vez no ha sido distinto.

—¿Vas a explicarme por qué Eric se está pegando con tu novio?

Mi madre la ha liado, y juraría que lo ha hecho a propósito. Estoy tan cabreada por todo lo que está pasando, que no filtro, mi cabeza está en ebullición.

—Porque me estuve acostando con él durante toda la carrera, pero no quería nada serio conmigo, y ahora que salgo con alguien dice que me quiere y que quiere salir conmigo. —Sin saber muy bien qué hacer, me levanto de la silla—. Papá, mamá, me voy a casa. No os

preocupéis, no me he casado de verdad. Nos veremos en septiembre.

Dicho esto, salgo del restaurante haciendo caso omiso a todos los que pronuncian mi nombre para que me detenga, pero no lo hago.

Al llegar a casa, lo primero que hago es meterme en la ducha. Quiero dejar atrás este episodio de locura que acabo de presenciar y deseo con todas mis fuerzas no tener que lidiar con ellos otra vez. Busco el pijama y me lo pongo, aunque sean solo las cuatro de la tarde, y me tumbo, aún con el cabello húmedo.

Una fuerte sensación de terror se adueña de mí, estoy tan asustada de que todos se den cuenta de que, en el fondo, es culpa mía, y nunca, jamás, quieran volver a verme. Sé que Caye no estará entre ellos y que mis padres obviamente, aunque decepcionados, no dejarán de hablarme. Pero Alejandro, seguro que sí. En este instante soy la persona más inestable del universo con una familia de locos.

Oigo como la puerta de mi habitación se abre, y mi madre se sienta a mi lado.

—Cuando eras pequeña, todo el mundo te adoraba. Eras una niña preciosa y tenías siempre una sonrisa para todo el mundo. Irradiabas bondad y ternura, y tu luz era contagiosa. —Me acaricia el cabello—. Tienes buen corazón, pero entiendo que está algo fracturado.

Me acurruco en su regazo como si aún fuese esa niña de la que habla.

—Mamá, no quiero que lo odiéis. Aunque yo lo haga, no quiero que vosotros lo hagáis —digo, refiriéndome a Eric.

—Nunca podría, cariño. Pero sí que me duele que te haya hecho daño, aunque fuese sin querer.

Con ese nudo en la garganta se me hace imposible e inevitable que

las lágrimas broten por mi rostro.

—Fui tan tonta, mamá.

—Por supuesto que no. Todos hacemos tonterías cuando estamos enamorados. Si te contara yo...

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—Lo que te diga el corazón. Y si vuelves a equivocarte, pues mala suerte, pero luego no habrá reproches porque era lo que querías. Tienes que ser valiente y deshacerte de ese miedo atroz que no te deja vivir.

—Lo sé.

En el fondo hace mucho que lo sé.

—Ahora voy abajo, tu padre les ha dado una charla sobre la violencia a Eric y a Alejandro y aún no se le ha pasado el cabreo. Deberías bajar y despedirte de él.

Asiento, levantándome de la cama.

Tengo muchas cosas en las que pensar, pero solo una se repite, una idea que no deja de rondar. Esa inequívoca y trascendente idea de que no quiero perderlo.

Después de que mis padres se hayan ido, Caye entra en mi habitación.

—Hola, cariño.

—Hola.

—¿Ya te has vuelto a poner mi pijama? Es horrible, en serio.

—Lo sé, por eso me gusta —admito.

—Solo venía a decirte que ya puedes decir que se han peleado por tu amor, amiga. Ah, y que nos han vetado en el restaurante, estamos en la lista negra.

—Qué horror. Qué vergüenza Caye. ¿Qué les ha dicho papá?

—Ugh, ni idea, no me he quedado tanto rato. McIdiota y yo... —Se queda callada.

—Caye, ¿por qué ha venido?

—No lo sé, porque es un idiota entrometido. Después de que os largarais de la reunión tiró el boli al suelo y se metió debajo de la mesa. Fue el mejor orgasmo que he tenido, lo juro, y ni siquiera me moví de la silla. —Alza los ojos—. Solo de recordarlo me pongo cachonda.

—Caye, al grano.

—Total, que fui a la comida con el piloto igualmente, y pasé de él. Así que hoy ha venido a casa y me ha estado persiguiendo porque, evidentemente, se quedó con las ganas.

—¿Y por eso ha venido a la comida?

—Supongo, yo que sé. Me da igual, no voy a acostarme con él hasta que no diga que está hasta las trancas por mí. Pero no hablemos de él. ¿Tú qué vas a hacer?

¿Yo?

—Voy a aceptarlo. Me he pillado, Caye.

—Alabemos al señor, lo has reconocido, ¡aleluya!

—Y voy a quedarme con él. Ni Olivia Otegui ni la mismísima Adriana Lima podrán quitármelo.

Puede que contra esta última no tenga nada que hacer, pero estoy en plan *Los 100* («esta noche cenaremos en el infierno»), y nada va a detenerme.

—Así se habla, fiero. Bienvenida de nuevo, Carla.

—Necesito un plan.

Y vaya que si lo necesito.

Lista de cosas que hacer

1. Cortarme el pelo.
2. Averiguar el final de la novela de mi madre (en mi fuero interno quiero que Carlos y Alejandra acaben juntos, son los nombres de los protagonistas).
3. Elaborar un plan de conquista.

LA RECONQUISTA



Artículo 84 del Código Civil: *La reconciliación pone término al procedimiento de separación (...).*

—¿Puedes repetirme cuál es tu maravilloso plan? —vuelve a preguntarme Caye mientras se lleva a la boca una galleta rellena de chocolate.

—Que no, ya te lo de dicho demasiadas veces —me quejo.

Sé que lo dice para fastidiarme, y para que recapacite y deje de lado mi plan de conquista, un gran plan, por cierto.

—En serio, no te veo diciendo esas cosas. Bambi siendo *pornoascensor*... no —sentencia sin poder convencerme.

—¿Y qué harías tu? —pregunto, aunque no sé por qué lo hago.

—Pues me pondría un conjunto súper sexy de ropa interior, rojo porque ya sabes que es mi color, unos de tus zapatos de diseño, la gabardina por encima y cuando llamase a la puerta simplemente me la quitaría. Seguro que funciona.

Caye es Caye, y por supuesto que me la imagino haciendo esas cosas. La quiero mucho, en serio, pero si las rupturas son lo suyo, las reconciliaciones definitivamente no lo son.

—Pero que no es una discusión tonta que pueda arreglarse con el polvo de reconciliación —vuelvo a decirle—. Esto es una reconquista con todas las letras.

—Yo no conquisto, solo soy conquistada. Soy Jerusalén y ellos los

templarios con grandes y largas espadas...

—Vale, me lo he imaginado —la interrumpo, viendo como se va por las ramas.

—Entonces, ¿vas a hacerlo? —pregunta con incredulidad.

—Por supuesto que sí.

—Suerte, vas a necesitarla. Si alguien te ve fijo que acabas en el *APM*.

Un programa de televisión muy popular donde salen todas las metidas de pata de la gente, entre otras cosas.

—No me desmotives.

Mi madre tiene razón, debo vencer mis miedos de una vez por todas, no puedo quedarme en la cama, hacerme un ovillo y compadecerme de mí misma. Alejandro había hecho lo imposible para llegar hasta lo más profundo, incluso cuando yo no se lo permití a base de insistir. Vale demasiado la pena para dejarle perder y no estoy dispuesta a renunciar a él, ya no, y más cuando él me quiere y yo le quiero.

Me siento igual que en esas series o películas en las que la protagonista se muere por el otro, pero la inactividad entre ellos suele ponerme de los nervios. No, no voy a ser como ellos.

Tengo un objetivo esta mañana: interceptar a Alejandro Blanc en el ascensor. Cuando me subo a él, me armo de paciencia pensando en que voy a estar un rato largo subiendo y bajando, pero no, en la primera planta ya aparece. Esto, sin duda, tiene que ser la Providencia o el karma o quién sea devolviéndome el favor después de tantas desgracias, y me vengo arriba.

En cuanto me ve, los ojos se le iluminan, pero no dice nada.

—Buenos días —dice finalmente, pero mantiene las distancias.

Lleva un ojo morado, así que estoy tentada a decirle algo, pero no lo hago. Hay que seguir el plan a la perfección, luego ya le preguntaré, aunque sé que ha sido el resultado de la pelea en el restaurante con Eric.

—Buenos días. ¿Nos hemos visto antes? —pregunto entonces.

Se gira confuso, y abre la boca para decir algo, pero entonces comprende mis intenciones.

—No creo —responde él, igual que había hecho yo la primera vez que nos vimos en ese mismo ascensor.

—Yo creo que sí.

En el fondo, haciendo este numerito, me estoy muriendo de vergüenza.

—Tengo una cara bastante corriente.

¿Yo dije eso? Sí, es verdad. Veo que se le escapa una risilla y a mi también.

—Corriente no eres.

Tengo que pasar a la acción, así que me acerco salvando la distancia mínima que nos separa.

—¿Les dices esas cosas a los desconocidos?

Intenta ponerse algo serio, pero sin lograrlo. Madre mía, esos ojos sonrientes me vuelven idiota, y de ellos salen chispas.

—Solo si son como tú —digo, empujándolo hasta que su espalda toca la pared del ascensor.

—¿Alguna vez te ha funcionado esa frase? ¿Se tiran a tus brazos por tanta originalidad?

Este es el momento en el que la tensión sexual es más fuerte que lo que yo puedo aguantar, y pienso que a la mierda la escena, porque yo ya estoy hiperventilando.

—Lo cierto es que todos lo hacen. Tienes ojos de cordero degollado. Yo no muerdo, corderillo.

Puede que le hubiese echado algo de imaginación, pero es que Bambi no le pega, Bambi soy yo.

—Pareces exactamente el tipo de mujer que muerde y se come a los chicos como yo.

Lo que pasa a continuación no es como me lo he imaginado, porque doy un paso, dispuesta a darle el esperado beso, cuando las puertas se abren y una marabunta de japoneses, que han escuchado sus últimas palabras, entran en el ascensor mirándome mal.

Me siento una de esas *femmes fatales*, una dominatrix en potencia, siendo juzgada por inversores extranjeros. ¿Y qué hace Alejandro Blanc? Pues partirse de la risa mientras yo estoy mas roja que un tomate. Bajo en mi planta al trote, sin mirar atrás.

El primer paso de la operación conquista no ha dado un resultado satisfactorio. Le envió a Caye novedades de lo que ha pasado incluyendo mi fracaso, metida en el baño.

Caye: Pues no entiendo porque te han mirado mal, los japoneses compran bragas usadas y tienen sexo con muñecas de plástico tamaño real.

Carla: Eso último es muy difícil de imaginar.

Pensando en positivo, la cosa iba bien hasta que fuimos interrumpidos. Así que toca poner en marcha la segunda operación de conquista.

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

10:30h

Asunto: Personalidad

¿Hemos invertido nuestros papeles?

Alejandro

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

10:35h

Asunto: Cena

Puedo explicarle los detalles cenando hoy, a las nueve en el 99.

Carla

De: Alejandro Blanc

Para: Carla Fortuny

10:40h

Asunto: Cena

Allí estaré, la curiosidad me está matando. Pero espero que eso no sea una cita.

Alejandro

De: Carla Fortuny

Para: Alejandro Blanc

10:45h

Asunto: Cena

No se preocupe, la cena es estrictamente profesional. No se le olvide que soy una mujer casada.

Carla

Qué mentirosa, por supuesto que es una cita. Cuando veo el email que me ha enviado sé que la segunda parte del plan de conquista será mucho más fácil de realizar.

Puede sonar un poco ridículo lo que estoy haciendo, pero leches, he llegado hasta aquí y no precisamente para perder.

Así que, cuando son las ocho y media, me paso por su despacho para asegurarme de que venga a la cena. Está sentado en su silla, revisando el ordenador y con unas gafas puestas que lo hacen parecer muy intelectual.

—Hola, profesor —lo saludo intentando poner mi voz más sensual

y caminando a lo modelo de pasarela, nada fácil con los tacones, ¿eh?

Cuando alza la vista, sé que me está comiendo con la mirada.

—Mi alumna predilecta. ¿Qué te trae por mi humilde planta? —Se quita las gafas observándome y deleitándose en mis curvas.

—Tenemos una cena pendiente —contesto sin abandonar mi postura de seductora nata.

Vale no, seductora nata y un cuerno, dejémoslo en intento de seductora.

—No perdamos más tiempo entonces.

Se levanta de la silla y vamos caminando en silencio hasta el ascensor. Aún no entiendo por qué los ascensores me provocan cierto grado de hiperventilación que se multiplica por mil cuando Alejandro está conmigo. Podría haberse atenuado su efecto, pero no. En cuanto entramos, sus manos me agarraran por la cintura y me levantan hasta que mi cara se sitúa frente a la suya. Deslizo mis piernas alrededor de su cadera y empiezo a besarle. Estoy perdiendo el control, pero no me importa.

—Bambi, no vuelvas a irte. —Me hace prometer cuando nos detenemos para coger aire.

—No lo haré.

Estoy hablando muy en serio. A regañadientes, nos separamos cuando el ascensor llega a la planta baja y vamos andando hasta el restaurante. Nos sitúan en una mesa en la esquina, alejada de la puerta.

—Bueno Bambi, primero me acribillas en el ascensor y ahora me llevas a cenar. Cualquiera pensaría que estás intentando seducirme — comenta juntando las cejas.

—¿Y si lo hiciese? —Me lanzo a la piscina.

—Me estaría encantando. ¿Te apetece *california rolls* y *nigiris*?

—Por supuesto.

Después de pedir nos traen el vino. ¿Cómo había podido pensar siquiera en vivir sin esos ojos verdes que me vuelven alelada?

—Te pegaste con Eric, otra vez. No vuelvas a hacerlo —le regaño entonces.

—Volveré a hacerlo si es necesario. Tú... no vuelvas a llamarlo.

Sabía que habérmelo encontrado en el bar había sido una herida directa a su orgullo. En mi defensa diré que estaba muy cabreada y no pensaba con claridad.

—Mientras tú no vuelvas a verte con Olivia Otegui... —digo pinchando una pieza de sushi con los palillos y untándola en la salsa de soja.

—No te pega nada ser celosa, Bambi.

—Y no lo soy.

—Lo sé. Como también sé por qué estamos aquí. —Voy a abrir la boca para responderle, pero se me adelanta—. Pero quiero que me lo digas tú.

Como no puede ser de otra manera. Cojo aire y lo suelto. Este es el momento, ese instante en el que ya no hay vuelta atrás. En el que debes ser valiente, dejar a un lado tus miedos y atravesar esa barrera, lanzarte a la maldita piscina y obtener el premio.

—Porque te quiero. —Me encojo de hombros tras decir eso—. No soporto estar sin ti, bajar en un ascensor vacío y que tú no estés. No hablar contigo, aunque sea para decirte que he salvado a un caracol de la muerte.

Me observa con incredulidad y algo de ternura.

—¿Salvaste a un caracol de la muerte?

—Ayer, estaba atravesando la carretera y lo dejé en una hoja de un árbol. Una abuela que pasaba me miró mal.

Alza el brazo y cruza la mesa, cogiendo mi mano.

—Te echaba de menos, Bambi.

Después de una noche para recordar, me hace prometer que no me rajaré nunca más, que confiaré en él y, entre otras cosas, me exige que seamos novios. Para mí, es una soberana tontería, pero supongo que, dados mis antecedentes, nunca está de más. No tenemos trece años para ir diciendo, ¿quieres ser mi novia? Que no lo hizo, pero dado mi carácter escurridizo y mi sonata y fuga de la última vez, creo que pensó que era mejor prevenir que curar.

Así que sí, ya tengo novio y es oficial. Creo que mi madre va a saltar de alegría.



La palabra novio se me hace extraña, mucho. Novio y yo en una misma frase. ¿Es posible? No lo he dicho todavía, pero si alguna vez lo hago, decir “mi novio” me va a costar. Pero así es. ¿Raro? Sí. ¿Surrealista? Por supuesto. ¿Bonito? Demasiado para ser verdad.

Así que al día siguiente, cuando me levanto, espero que en cualquier momento esa burbuja explote, que algo malo suceda y lo estropee todo. Pero no pasa nada, el día transcurre con normalidad, con mensajes picantes incluidos y bastante trabajo, besos en el ascensor y poco más. ¿Se puede ser más plenamente feliz? Yo al menos, lo veo difícil.

—Ahora que estás viviendo el sueño *bla bla bla*, hay que establecer ciertos límites —me advierte Caye mientras cenamos.

—Oh vamos, sabes que no soy de esas que abandona a sus amigas cuando tiene novio.

—Lo sé, pero quiero remarcarlo por si acaso.

—¿Y qué quieres?

—Ciertas garantías —dice comiéndose un trozo de pollo a la pancha.

—¿Qué garantías?

—En primer lugar, que no me abandonarás en esta casa, sola, de la noche a la mañana.

—No voy a irme a vivir con Alejandro, es demasiado pronto.

—Bueno, con vosotros dos nunca se sabe. Empezasteis con lo del matrimonio, luego la falsa alarma del posible embarazo y ahora quién sabe.

—Voy a tomarme las cosas con calma, quiero tener una relación normal, como cualquier pareja.

—Por eso no te preocupes, sois tan empalagosos como cualquier otra. También quiero al menos una noche al mes en que serás toda mía.

—Hecho.

—Y cuando necesite terapia de compras, no me dejarás plantada.

—¿Cuándo lo he hecho?

—Nunca, de momento. Ah, y lo más importante, que ni Alejandro ni tú os meteréis en mi vida amorosa, y eso incluye a McHeather.

Caramba, esto no es divertido.

—¿Por qué querría meterme? Seguro que salgo chamuscada, no gracias.

Sé que Caye no se fía de mis palabras por la forma en que me mira, pero, ¿qué puedo hacer yo?

Después de cenar con Caye voy hasta casa de Alejandro. Habíamos quedado en que veríamos alguna película, pero al abrir la puerta me encuentro con que tiene visita. No, no es Olivia Otegui, si no Marc McHeather, sentado en el sofá sujetando un mando.

—Se me había olvidado que hoy teníamos partida —se disculpa poniendo cara de pena—. Perdona, Bambi.

—No te preocupes.

—¿Es tu nueva y flamante esposa? —pregunta McHeather desde el salón.

—Lo es —responde él.

—Quiero hablar con ella.

Me sorprende. ¿Por qué quiere hablar conmigo? ¿Algo relacionado con Cayetana? Me pica la curiosidad y entro.

—No tengo ni idea de qué es lo que planea —me avisa Alejandro.

Así que paso al salón donde tienen puesto uno de esos juegos de la Play de carreras. La verdad es que no entiendo qué ve Cayetana en este tío, es como ver a alguno de los hermanos Weastley en directo. La verdad, yo siempre fui muy fan de Harry, y jugando en una liga superior, Sirius Black que, todo sea dicho, en mi imaginación estaba mucho más bueno que en la película. Tampoco entiendo como a Caye puede traerle Marc McHeather porque toda la vida me estuvo dando el coñazo con Draco Malfoy. Si existiese Hogwarts yo sería de Griffindor y ella de Slytherin, siempre lo hemos tenido claro.

—Hola, Bambi —me saluda mostrando sus dientes blancos.

—McHeather —contesto a modo de saludo.

—Ya que ahora eres la novia de este infeliz, solo quería avisarte de algunas cosas básicas, más que nada para que te prepares mentalmente y no te venga de nuevo.

Alejandro lo observa incrédulamente, levantando los antebrazos con las palmas hacia arriba.

— ¿Qué dices? Si solo hay perfección en mí.

— Corta el rollo, tío. Eres un coñazo a veces, sobretodo cuando te rallas con algo. No dejes que coma *Doritos*, es un devorador y no sabe parar — se dirige a mí con esto último.

— Apuntado — respondo.

— Oh, y el CD que tiene puesto en el coche es solo de los Beatles. Está obsesionado. Y con *Star Wars*, la última película la ha visto cinco veces.

— Hay muchos detalles que las primeras veces no notas — se justifica.

Yo en este momento ya me estoy riendo. A lo mejor no es tan malo para Caye, si tiene tan buena relación con Alejandro.

— Yo lo noto todo a la primera.

— McHeather para, que te conozco.

— Soy McHottie, chico para todo — dice guiñando un ojo.

— ¿Cómo sabes que te llamamos así? — le pregunto.

— A tu amiga se le escapó. También lo de McCachondo y McIdiota cuando me porto mal.

La imagen que se me programa en la cabeza no me gusta.

— No sé si quiero saber algo más. De todas formas, ya que estás aquí, voy a decirte una cosa McHeather, Cayetana es mi persona. — Hago una pausa para darle solemnidad al momento, pero ni él ni Alejandro tiene pinta de haberlo pillado—. Me refiero a que... jo, ¿no veis *Anatomía de Grey*? Es cómo Meredith llama a Christina y viceversa.

— ¿Mejores amigas? — se aventura a decir mi ahora novio.

—Mejores amigas con mayúsculas y en negrita.

Es ese instante sé que McHeather está asustado por lo que le voy a decir. Lo sé porque apenas parpadea, se ha quedado quieto como una estatua y la vena del cuello le palpita, en tensión.

—Ya —responde solamente.

—No tengo prejuicios hacia las personas así que no voy a juzgarte por tu estilo de vida, es tu decisión y eres tú quien debe vivirla a tu manera, ya lo dijo Frank Sinatra y nos lo recordó Bon Jovi. Pero ella no es así, no es como piensas. Ella no es como tú. Está buscando al chico de su vida y nada ni nadie la detendrá. Si no vas a ser tú, díselo y desaparece de su vida, no la busques más. También voy a darte mi opinión, puede que te la traiga al paio, pero voy a hacerlo igualmente. Te importa, Cayetana te importa. Si no, no estarías buscando excusas y persiguiéndola. Todos tenemos nuestros propios demonios, tú tienes los tuyos y ella también. Pero no deberías dejar que te dominasen. —Tras un breve silencio, al notar que nadie dice nada, decido terminar—. En fin, eso es todo.

El silencio impregna la casa, sigue observándome, pero puedo adivinar que su mente está en otro lado. De golpe, vuelve a la realidad.

—Tienes razón —responde, y sin pronunciar otra palabra, camina hacia la puerta y sale.

—¿He metido la pata? Lo siento —le digo a Alejandro mientras me siento en el sofá tímidamente.

—No, está bien que le hayas abierto los ojos. Necesitaba que alguien le dijera algo parecido.

—Cayetana es muy compleja, más que yo y sé que es complicado entenderla a veces, pero tiene sus razones.

—Ya lo supongo.

—Puede que peque de soberbia a veces y que tenga un ego más grande que China, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

—Me tiró un vaso de agua en la cara, sé que es tu amiga, te quiere y haría lo que sea por ti —dice él recordándomelo.

—Ya no me acordaba de eso —respondo riéndome—. También compró un bate de béisbol por si Eric aparecía por casa.

—Oh, entonces el rencor por el agua está desapareciendo, vuelve a caerme bien.

—Lo que intentaba decir es que Caye, pese a tener un carácter fuerte, también tiene sus debilidades. Yo soy más fuerte de lo que aparento, pero ella es más débil de lo que parece. Y lo está pasando mal.

—No lo entiendo, Marc es un capullo, pero se comporta como tal, no finge y estoy seguro de que no le ha prometido ni el sol ni la luna ni nada. ¿Cómo a tu amiga puede gustarle? Porque, lo digo en serio, casi todas las chicas que le han durado más de dos días no han pasado de la semana porque eran ellas quienes dejaban de llamarle.

—Es un misterio. Caye odia a los mujeriegos, para ella son lo peor y sé que cuando lo conoció quiso darle un poco de su propia medicina —admito yo.

—¿Me estás diciendo que tu amiga intentó seducir a McHeather?

—Seducirle no, eso era fácil. Enamorarle.

—Mientras él sí que intentaba seducirla a ella.

—Eso creo.

—Uy, esto es peor que una película de Woody Allen.

—Oh, ¿podemos ver la de *La maldición del escorpión de jade*? Dime que la tienes —suplico.

—Claro, Bambi, ¿cómo puedes dudarlo? Pero acabando la charla sobre estos dos, ¿crees que Caye se ha acabado enamorando de él?

—Evidentemente, pero no se va a dejar seducir, no hasta que él no caiga.

—Pues yo pienso que se está pillando. Eso de que le den calabazas tantas veces es algo nuevo y le gusta.

—Bueno, no son calabazas puras. Es una de cal y otra de arena. Ahora te beso y ahora te insulto, que los he visto.

—Serás cotilla.

—No pude evitarlo, estaban en un lugar público.

Pone la película y nos acurrucamos en el sofá. Es oficial, acabo de meterme en la relación entre Cayetana y McHeather, y no hacía ni media hora que le había prometido lo contrario a mi amiga.



¿Qué pasaría si de golpe un día cualquiera volvierais a casa y os encontrarais en la puerta con la magnífica ex de tu novio? Temblar, maldecir, esconderos... Yo lo intento, pero me ve antes de que pueda huir.

Olivia Otegui está frente a mi puerta, con su magnífico *look* de abogada provocativa y su magnífico cabello moreno y sus ojos verdes, observándome fijamente.

—¿Hola?

No sé qué decirle, la verdad.

¿Qué se le dice a la ex novia de tu ahora novio, cuando tuvisteis una conversación únicamente en un baño de un bar, en el cual ella te decía que eras poca cosa y tú le dejaste vía libre haciendo después todo lo contrario?

—Hola. Venía a disculparme —suelta de golpe, toda seria—. No me gusta hacerlo, pero qué se le va a hacer. Me comporté como una idiota el otro día.

Olivia Otegui disculpándose delante de mi puerta. Veo que tiene el rímel algo corrido y que está un poco más delgada de lo que recordaba.

—No te preocupes, ya está olvidado. —Nunca he sido rencorosa, más bien de perdón fácil.

Será que no tengo buena memoria para las cosas malas y enseguida me olvido.

—Espero que estés con él, porque sino voy a darte una patada en el culo.

—¿Por qué? —La miro extrañada.

—Sois los Romeo y Julieta modernos. No hay más que escucharos. «Es la mujer de mi vida, solo quiero hacerla feliz». Y tú «es una de las personas más especiales que he conocido, me hizo creer en un cuento de hadas». Parece que os hayan puesto un maldito catéter de azúcar a los dos en la vena.

Olivia Otegui es una escéptica y no lo disimula. No puedo evitar preguntarme cómo pudieron estar saliendo. Alejandro, mi Alejandro, el hombre más romántico del planeta tierra.

—Estoy con él, lo siento.

A ver, no lo siento en absoluto, pero ¿qué voy a decirle?

—No lo sientas, en realidad no le quiero. Estaba pasando por una crisis existencial y ya lo dicen, las mujeres en vez de seguir hacia delante tenemos tendencia a ir hacia atrás. Así que supongo que tengo que darte las gracias, volver con él hubiese supuesto volver a entrar en ese universo de arcoíris y plastilina que no recordaba cuánto odio.

—Tengo que preguntártelo, ¿eras así en la universidad?

—Lo era, pero me molestaba en disimularlo. Irme a Madrid fue lo mejor que me pasó, la excusa perfecta para dejarlo con Alejandro.

Justo entonces llega Cayetana y, con su mala leche habitual, le da un repasón a Olivia y sin ni siquiera saludarla, empieza el interrogatorio.

—¿Quién eres?

Olivia ni se inmuta, como si estuviese acostumbrada a lidiar con personas como Caye.

—Olivia Otegui. ¿Tú?

—Cayetana Dantés. Mi amiga y mi casa. —Su cerebro reacciona algo tarde—. Un segundo, ¿no será esa Olivia Otegui?

Asiento. No quiero que haga un espectáculo así que la calmo.

—Tranquila, es legal.

—¿Ahora somos amigas de Olivia Otegui? ¿No la odiábamos de por vida?

—Nadie ha dicho nada de amigas, solo he venido a aclarar ciertas cosas —responde Olivia a la defensiva—. Vuelvo a Madrid en una hora.

—Está bien, voy a darme una ducha muy fría —dice desapareciendo.

Desde que McIdiota ha desaparecido, no es ella misma. Cuando ya ha entrado en casa, Olivia se me acerca un poco más.

—¿Dantés? ¿Tiene algo que ver con *Ríos y Dantés* el bufete?

—Su padre y su hermano trabajan allí. ¿Los conoces?

Su cara cambia de golpe, como si le hubiese enseñado un cachorro recién nacido más tierno que nada.

—Conozco a Rodrigo de la universidad. Me voy, gracias por

escucharme.

— A ti, por aclararlo todo.

Antes de que pueda decir nada más, desaparece de mi vista. Extraño, ¿eh? Y lo más raro es la mención al hermano de Caye. Por lo que sé, no han ido al mismo curso, Rodrigo es dos años mayor que mi prima Elisa, por lo que iban dos años por delante en la universidad. ¿De qué se conocerán?

Podría preguntarle a Alejandro, pero no sé si es una buena idea, al fin y al cabo es su ex, y si hubo algún romance tórrido o unos cuernos de por medio no sería agradable. Así que queda descartado. La segunda opción es mi prima Elisa y la más lógica, pero no estoy segura de que ella tuviese información acerca de ello. En tercer lugar, está McHottie, pero fuera de lugar totalmente dados los últimos acontecimientos. Cuarto, Rodrigo, pero hace demasiado tiempo que no hablo con él y no es plan de hacerlo solo para saciar mi curiosidad, además de que si es algo delicado no quiero meterme en terreno pantanoso. Por último, la propia Olivia. Lógicamente, lo más probable es que no vuelva a verla.

Bueno, al menos he hecho las paces con ella. El karma me lo agradecerá.



Amor en el ascensor ya está en las librerías. Casi mato a mi madre, pero me he contenido. Alejandro está encantado, ha comprado diez ejemplares para la posteridad, dice que así nuestros descendientes recordarán nuestra épica historia de amor. Qué puedo hacer ante esto, pues nada.

Si algo he aprendido es que, en primer lugar, la perseverancia es algo que no se puede subestimar. Así que, si quieres algo, ve a por

ello, porque a golpes de insistir puede que lo consigas. El límite está en la orden de alejamiento, ¿eh? Y eso de casarte está sobrevalorado, también puedo decirlo.

También que el tiempo es importante, el tiempo logra aplacar todos los sentimientos, cura heridas, hace reflexionar y nos permite entender que las cosas a veces pasan por una razón. Me gusta pensar que gracias a mi corazón roto encontré a alguien que supo sanarlo. He vuelto a ser una persona confiada, segura de sí misma y dulce — menos recién levantada y cuando algo me cabrea—, pero en términos generales, aquella acidez que se me había incrustado ha desaparecido.

Eric ha vuelto a Madrid y creo que por fin ha aceptado que no tiene sentido seguir insistiendo. No era el chico para mí, pero es que encontrar el amor a la primera es difícil, o bueno, en realidad lo que es difícil es acertar a la primera. A pesar de todo, le deseo lo mejor. Creo que será bueno que rehaga su vida y que llegue el día en que podamos estar en una misma habitación sin que sea incómodo.

No quiero ser demasiado empalagosa, pero es que estoy terriblemente enamorada. Así es como he terminado compuesta y con novio.

—No sé, Bambi, hay algo en ti que siempre me atrae y no dejaré de hacerlo. —Estoy bebiendo mi café matutino, aún en pijama, mientras dejo que Alejandro prepare unas tortitas.

—Déjate de coqueteos, no hay tiempo si quieres tortitas —me quejo.

—¿Tiempo para qué? —dice haciéndose el tonto.

—Para uno rapidito. —Me acerco a él y le beso dulcemente.

—Siempre podemos dejarlo para el ascensor —propone.

—Eso nunca lo hemos probado...

Qué decir, solo de pensarlo me pongo tontísima.

—Cómete las tortitas que se enfrían.

Las pone en tres platos y empezamos. Caye baja las escaleras ya vestida.

Hace semanas que no es la misma, aunque lo intente. No quiere decirme que pasó cuando McHeather salió de casa de Alejandro disparado.

—Caye, llevas un traje gris sin escote. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Tengo frío.

Es la peor excusa desde la de «no estoy llorando me sudan los ojos» cuando teníamos trece años.

—¿Quieres tortitas? —le pregunta él.

—Vale.

Como un alma en pena se sienta y perezosamente corta un trozo de tortita y se lo lleva a la boca. Mastica lentamente hasta tragárselo, con desgana.

—No quiero más. Me voy al trabajo, llego tarde.

Sin dar ninguna explicación coge el bolso y sale de casa.

—Estoy seriamente preocupada por ella. No quiere decirme nada.

—Si te sirve de consuelo, McHeather está igual. Ignora a las mujeres, jamás había hecho algo así.

Después de vestirnos, Alejandro se adelanta para ir a buscar el coche. Justo cuando estoy cerrando la puerta, aparece McHeather. Está ojeroso, y algo más delgado.

—Oh, hola Marc. Alejandro está en el coche y Caye... ya se ha marchado.

—En realidad venía a hablar contigo.

—¿Conmigo? —pregunto extrañada.

—Ella, ¿está bien?

Sé que se refiere a Caye. Es más que evidente.

—No. No quiere decirme nada —me quejo yo.

—No... no pude decírselo —explica nervioso y descentrado.

—¿El qué?

—Que me importa, que empiezo a sentir cosas.

Realmente se le ve abatido, así que lo animo a que continúe.

—Pero, ¿por qué no se lo dijiste?

Hombres, de verdad. ¿Quién los entiende?

—No estaba preparado. ¿Qué hago?

—¿Me estas pidiendo consejo? —pregunto, para que quede claro que no soy yo la que me inmiscuyo.

—Tú eres su mejor amiga, tú la conoces.

Está bien, ¿qué tendría que hacer para conquistar a Caye? Pues creo sinceramente que hará falta un milagro.

—Si quieres recuperarla, esta vez, hazlo bien. Pero McHeather, ¿realmente piensas que tú puedes ser lo que ella necesita?

Se queda un rato pensativo, y sin preguntar nada más, asiente.

—Voy a serlo.

—Entonces tienes mi bendición.

Lo digo como si yo fuese su madre, aunque casi. O el Papa de Roma.

—Gracias.

McHeather no me cae mal, pero eso de hacer sufrir a mi amiga no me gusta. No estaba preparado, vaya. Pero que tiene, ¿miedo al compromiso? Cierro la puerta de casa y corriendo me subo al coche.

—¿McHeather quería hablar con Caye? —me pregunta Alejandro.

—Peor, quería consejo. Dice que le importa y que está empezando

a sentir cosas.

Alejandro abre los ojos con sorpresa, esos ojos verdes que me vuelven loca y que tantos suspiros me han quitado.

—Creo que la cosa se les está yendo de las manos. Bambi, es hora de intervenir.

—¿Intervenir? No, ni se te ocurra casarlos que te conozco. Por cierto, ¿aún no lo has arreglado?

—Hay tiempo para eso. Centrémonos en lo importante, Caye y Marc —dice evadiendo el tema.

—No los cases, ¿eh?

—No pienso hacerlo, lo prometo. Pero tiene que haber alguna manera para que lo arreglen.

Alzo una ceja, pensativa. Sí, definitivamente deberíamos intervenir, es para un bien mayor.

—Pues no lo sé. Con eso de ser nuestros abogados parecían muy compenetrados.

—Si quieres, puedo casarlos.

—¡Qué no! —Algún defecto tenía que tener, y él en eso de la perseverancia es el rey, pero para todo.

—Un divorcio. Hay que enfrentarlos, sabes cómo se ponen cuando se enfrentan el uno con el otro.

—Eso si que podría resultar...

Mi mente malvada empieza a trabajar.

FIN



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

